

NO TODAS

LAS *princesas*

LLEVAN

corona

Sweet Melibea

Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin el previo permiso del autor. Todos los derechos reservados.

Título original: Sweet Melibea©, No todas las princesas llevan corona.

Diseño de portada: Melibea Ramos

Maquetación: Melibea Ramos

A mi hijo, para que lo lea cuando sea mayor.

Prólogo

¿Qué es el amor? Me encojo de hombros cada vez que leo esta pregunta o una parecida, porque, ¿quién lo sabe? ¿Quién sabe con exactitud lo que es?

Supongo que nadie. Es un sentimiento tan grande, tan ambiguo y tan... efímero, sí, esa es la palabra, que su significado se puede relativizar mucho.

Mismamente, yo, he cambiado mi perspectiva de verlo en algunas ocasiones.

No se mira de la misma forma al primer amor que al amor de tu vida, aunque a veces puedan coincidir. Tampoco tienen la misma importancia personas que simplemente hacen el papel de rolletes sin más en tu vida sentimental, que otras que llegan a tocarte la patata.

Y todo esto, aunque solo sea una pequeña parte de todo lo que se aprende, tienes que estudiarlo en la universidad de la vida, seguramente en tu etapa de adolescente o de adulto joven o primerizo, como lo quieras llamar.

¡Wow! Ardua tarea me parece a mí, ¿no? No sé... ¿acaso la edad determina cuánto se aprende del amor y cuánto se deja de aprender?

A lo mejor sientes la dicha de haber encontrado el amor verdadero a los cincuenta, ¿y?

Es todo un lío muy lioso, como diría mi hija Carmen, a quien se le ha pegado esa expresión de no sé todavía quién.

En fin, que me voy por los cerros de Úbeda de lo ñoño que me pongo.

Como decía, ninguna de las personas que pasan por tu vida sentimental representarán lo mismo, y eso no lo entendí hasta que ELLA apareció en mi vida. Sí, ELLA, porque, de momento, querida lectora, no voy a revelarte su nombre.

Siempre creí que Nerea ocuparía mi corazón hasta los restos, sobretodo porque tenemos a Carmen en común, hasta que comprendí que debía dejarla ir porque yo ya no estaba tan dentro de su corazón como en un principio.

Y empecé a quererla bien, mirando su felicidad por encima de la mía, porque en eso consiste querer a alguien de forma sana, ¿verdad?

Ese fue un paso muy grande en mi vida sentimental, por supuesto, y también en la personal, claro, pues significaba un gesto de madurez.

Pero... Sí, hay un pero, porque en esta vida no todo te sale como quieres ni es color de rosa, así que todavía me quedaba mucho por aprender y, por supuesto, como el destino es así de caprichoso, tuvo que llegar una chiquilla alocada e impertinente a mi vida para enseñarme un par de cosas.

Y qué chiquilla.

Joder.

Andaba siempre con la cabeza metida en los libros y soñando despierta con las historias románticas que leía en ellos, cosa que me hacía suponer que de alguna manera buscaba, como Nerea, a su príncipe azul.

Pero se topó conmigo y, créeme que, aunque mi capa de príncipe se hubiera desteñido varias veces y apuntara maneras a ser un sapo y de los gordos, yo también aprendí a ser un caballero,

pues parecía haberme estado reservando ese privilegio solo para ella: el amor de mi vida.
Mi historia comienza en tres, dos, uno...

Capítulo 1

Él

Odiaba el turno de mañana, aquello era una realidad. A veces pensaba que debería haberme dedicado a la abogacía, que para eso estudié la maldita carrera de derecho.

No obstante, eso de ponermé traje y corbata, hincharme a cafés para aguantar lidiar con los malditos problemas de la gente y defender lo indefendible, como que no iba conmigo. Eso, y que yo necesitaba actividad en las venas. ¿Qué hacía yo todo el día tras una mesa, en una silla de esas de ruedecillas estruendosas, rodeado de papeles y quebrándome la cabeza para encontrar motivos por el que el cliente debería ser inocente?

Gracias, pero no, gracias.

Me movía la actividad, por eso, cuando encontré trabajo en un almacén de muebles, como mozo que carga y descarga los camiones, me quedé ahí.

No, no era el mejor trabajo del mundo, ni tampoco el más cómodo, pero me hacía moverme y la jornada se me pasaba más rápido.

El movimiento me liberaba la mente y me permitía dejar de pensar cuando estaba rayado por haber discutido, otra vez, con Nerea.

Pero, a ver, creo que será mejor que nos pongamos en situación.

Me llamo Daniel, pero todos me llaman Dani. Ya sabes, mi etapa chulita de la universidad.

Y precisamente en aquella etapa me enamoré por primera vez. Nerea, la madre de mi hija Carmen, porque sí, tengo una hija y es preciosa, me robó el corazón, y lo intentamos hasta el final. Por Carmen y por lo que quedaba de ese amor que nos tocó fuerte la patata.

Pero, hay veces que el amor no es suficiente, y esta vez sucedió exactamente eso, aunque me costó entenderlo.

Lo cierto es que al principio llevé todo aquel tema francamente mal, yo quería volver con ella y lo pasaba fatal cuando ella quedaba con otros chicos, buscando el azul de sus capas de príncipe.

Entonces apareció él, Nacho, y cambió las vidas de ambos, pues consiguió que yo me diese por vencido, que no por perdedor, pues Nerea no era ningún trofeo que ganar. Además, ella había encontrado lo que tanto ansiaba: su príncipe azul.

¡Menudo resumen! Pero creo que, más o menos, puedes ubicarte un tanto, ¿no?

Bien, aquel día era viernes y, como te he dicho, odiaba el turno de mañana, más que nada, porque a las seis de la mañana, cuando todavía ni siquiera había sol, mi despertador sonaba, haciendo que me cagase en todo lo cagable. A todos nos pasa, ¿cierto?

Pero era lo que tocaba, así que decidí tomármelo de otra manera, ya que era viernes y, tras aquella jornada, dormiría una siesta, iría al gimnasio y quedaría con Nacho para cenar y tomar algo.

Así, el día aconteció relativamente bien, y cuando llegó la noche estaba bastante animado.

—Esto está que te mueres —apuntó Nacho cogiendo otro trozo de pizza.

Habíamos ido a cenar a un italiano de la Gran Vía de Madrid, y aquello estaba espectacular.

Terminé de masticar el trozo que tenía en la boca y limpié las comisuras de mis labios con la servilleta.

—Flipas —fue lo que único que dije, porque muchas veces era parco en palabras, y tengo que aceptarlo.

Ahora que lo veo todo desde lejos, me hace gracia, pues fui a caer en la red de una de las personas más parlanchinas que he conocido nunca. Pero todavía queda mucho para eso, por lo que disfrutemos de la historia, aunque vaya dejando miguitas de pan sobre ella durante el recorrido.

Nacho asintió con la cabeza, tenía la boca llena.

—¿Crees que Víctor vendrá? —pregunté entonces.

Nacho, Víctor y yo, en nuestros años mozos, como diría mi madre, formábamos un grupo, junto a Nerea, Alejandra, que era la novia de Víctor, y Cayetana, entre otros amigos más.

Y, no te lo vas a creer, pero hacía relativamente poco que habíamos vuelto a mantener el contacto, exactamente desde que Nerea comenzó a salir con Nacho y yo comencé a quererla bien, ya sabes.

Nacho negó con la cabeza, terminando de masticar el trozo de pizza.

—A cenar, no. Luego, es posible. Alejandra terminaba el turno después de cenar en el hospital. Cuando ella llegue, vendrá él, no dejarán a la niña sola.

Asentí con la cabeza.

—Guay, lo pasaremos bien —dije cogiendo el último trozo de pizza que quedaba en el plato.

Segundo ron con cola y Víctor apareció por la puerta. Chocamos nuestras manos, sonrientes y contentos de que hubiera llegado, y se sentó junto a nosotros en la silla que quedaba libre.

—¿Qué tal? —preguntó.

—Me acabaré emborrachando por tu tardanza —le dije de broma.

Víctor chasqueó la lengua contra el paladar e hizo un aspaviento con la mano para llamar al camarero.

—Una cerveza sin alcohol, por favor —pidió sin gritar demasiado, aunque el camarero pareció escucharle.

—¿Y esa chica de allí? Es guapa —dijo Nacho, quien llevaba desde que habíamos terminado de cenar y habíamos empezado con las copas queriendo emparejarme con extrañas.

—Deja ya de beber, se te está yendo esto de hacerme de Celestino de las manos —le dije sonriendo. Suerte que aquella noche cogeríamos un búho o pediríamos un Uber, porque ninguno estaríamos, seguramente cuando nos tuviéramos que marchar, en condiciones de conducir.

—No, en serio, esta noche tienes que irte de aquí con alguna —me dijo, divertido.

—¿De qué va esto? —preguntó Víctor acto seguido de que el camarero se hubiera marchado tras dejar la cerveza que había pedido en la mesa.

—Aquí, tu amigo —dije señalando a Nacho—, quiere emparejarme con una chica de esta sala. Víctor soltó una risotada.

—¿En serio?

—Y va listo, porque no pienso enamorarme —aclaré.

Era cierto, no tenía ninguna, pero ninguna intención de enamorarme, al menos en años.

—¿Quién ha hablado de enamorarse? Solo... una canita al aire —dijo Nacho, para beber después de su copa.

Bufé. A veces casi ni eso me interesaba, aunque está claro que somos humanos, y todos necesitamos el contacto físico con alguien en las relaciones interpersonales.

—¿Qué te pasa? —me preguntó Víctor.

—Que no quiero saber nada de las tías en mucho tiempo. Lo de Nerea...

Víctor miró de reojo a Nacho.

—Lo de Nerea tienes que superarlo ya.

Suspiré y miré a Nacho al tiempo.

—De verdad, tío, no es por ti, ni por ella. Ni tampoco porque estéis juntos —le aclaré—, esto ya tiene que ver conmigo y con este —dije dándome un par de golpecitos en el lado izquierdo de mi pecho.

Claro que tenía que ver solo conmigo y con mi corazón, joder, si todavía tenía que recuperar los pedacitos que había perdido.

No, no quería enamorarme, no quería querer a nadie, porque sentía que todavía no estaba preparado para hacerlo.

Normalicemos que los tíos también necesitemos esa preparación sentimental antes de volvernos a pillar por alguien.

Gracias.

La velada pasó entre risas después de aquel momento intensito y cuando llegó la hora de marcharnos a casa, sucedió.

Algo así como cuando pides un deseo y tu pecho se inunda de ilusión porque se cumpla.

La vi mover el pelo, ondeándolo al aire. Era la chica más guapa que había visto en mi vida.

Capítulo 2

Ella

Cris me estiró de la manta al tiempo que bisbiseaba como si estuviera llamando a un gato.

—Arriba, Bella Durmiente —dijo con alegría.

Era sábado por la mañana y el día anterior había trasnochado un tanto con Valeria, fuimos a tomar un par de copas a Gran Vía.

Me quejé incorporándome un tanto, agarré la manta de nuevo y me tapé la cabeza con ella.

Oscuridad y calorcito bajo la tela, la combinación perfecta.

—¿No piensas levantarte? ¡Hace un día espléndido! —insistió Cris.

Gruñí y él chasqueó la lengua contra el paladar.

—Si es que no se puede beber, hermanita —dijo con sorna.

Volví a gruñir y aquello le arrancó una risotada.

Ese ser sin piedad que no me dejaba dormir en condiciones hasta la hora que me diese la gana, era mi hermano Cristóbal.

No sabía cómo lo hacía, pero conseguía que me sintiese culpable por seguir durmiendo a esas horas de...

¿Qué era hora?

—Qué hora es —dije con una afirmación cuando en realidad se trataba de una pregunta. Todavía mi cerebro no se encontraba en condiciones de pensar con exactitud.

Dejé libre mi cabeza plagada de rizos rojos y cerré los ojos con fuerza por la luz que entraba de las ventanas.

¿Acaso anoche no había bajado yo las persianas?

Seguramente Cris las habría subido para despertarme.

—Las diez y media de la mañana —dijo carcajeándose.

—¿Cómo? —le pregunté atónita. Menudo descarado, me había mentido como un bellaco.

Se rio alto y me lanzó un cojín que había caído al suelo.

Zas.

En toda la cara.

Maldita sea y maldito Cris.

—¿Cómo te atreves? —le espeté de mal humor abriendo por fin los ojos.

Joder, maldita luz, también.

—Tendrías que verte la cara. Es un cuadro...

—¿Cuadro? Cuadro el que voy a darte yo como te pille —le dije levantándome de la cama y dirigiéndome a él a zancadas con mis pies descalzos—, porque te juro que...

—¿Qué? Venga, venga, vacilona —se rio de nuevo—. Anda, date una ducha y lávate los dientes, apestas a alcohol.

Parpadeé varias veces seguidas, sorprendida por lo que me acababa de decir y olisqueé mi propio

aliento. Vaya, lo cierto es que sí que me apestaba un poquitito de nada a alcohol.

—Estúpido.

—Tonta —me sacó la lengua.

—¿Dónde vas? —le pregunté atusándome el pelo y bostezando más tarde.

—He quedado con estos para escalar —me dijo sonriendo.

Obviamente, con “estos”, se refería a sus amigos.

Asentí con la cabeza un par de veces. Qué interesante. Y qué pocas ganas tenía yo en aquel momento ni siquiera de ducharme, eso también.

—No te vienes, ¿no? —preguntó poniendo morritos.

—Obviamente, no —le contesté imitándole.

—Bien, luego nos vemos. No leas mucho —se despidió revolviéndome los rizos, que volví a colocar en su sitio un instante más tarde, si es que a eso se le podía llamar estar bien peinada.

Bueeeeeeeno, creo que esta no ha sido la mejor presentación del mundo, ¿verdad? Yo ahí con la reseca, la resaca conmigo... en fin.

¿Empezamos de nuevo?

¡Genial!

Me llamo Sofía y soy bibliotecaria. Venga, dilo, “qué aburrido, Maripili”.

MIMIMI.

No para mí, ¿vale? Me flipan los libros, me encantan, me apasionan, los amo.

Bueno, creo que ha quedado claro.

Hice la carrera de filología hispánica solo por el placer de estudiar literatura y leer y releer a los grandes. En fin, puede que sea un poco friki, pero soy una friki molona en todo caso.

Sigo contándote, ¿vale? El caso es que nunca ejercí como profesora de lengua castellana, en cambio sí me preparé las oposiciones para este puesto de trabajo en cuanto tuve oportunidad y...

¡Tachán! Es el trabajo de mis sueños. Vale, vale, ya sé que soy un poco intensita, pero, jolín, es que es lo que siento.

El horario era buenísimo, el trabajo de recomendar libros y ayudar a buscar otros tantos entre las cientos de estanterías de la biblioteca, me llenaba, porque una de mis pasiones, como ya te he dicho, es la literatura.

Eso y la música de los ochenta.

Perfecto, ya sabes a qué me dedicaba, dos de mis pasiones, que tengo el pelo rojo como *La Sirenita* y...

¿Qué más?

El amor, supongo. Tema escabroso donde los haya, ¿no es cierto?

¡Nunca he tenido una relación seria! Hale, ya lo he dicho.

Créeme, es cierto, no me he enamorado nunca. Y todavía en aquel momento estaba intentando descubrir si era por miedo, por pereza, por vergüenza o por no querer compartir mi vida y mi casa con otra persona que no fuera Cris.

No lo sé, de verdad, pero mi realidad era esa.

Recapitulando a aquella mañana de sábado resacoso, me dispuse a hacer la cama, porque ya que me había levantado, no iba a volver a acostarme, y a darme una ducha calentita, a ver si se me pasaba un poquito el dolor de cabeza.

Cris estaría toda la mañana fuera y no volvería hasta la hora de comer, así que tenía toda la mañana para hacer coladas pendientes de la semana, poner secadoras, cambiar las sábanas y todas esas cuestiones domésticas que tanto nos gusta hacer. Ironía, por supuesto.

Haría espirales de pasta con tomate y después dormiría una siesta de campeónato.

Sí, sí, contando, además, con el planazo de por la tarde: palomitas y Netflix.

Lo bueno de estar soltera y de tener un hermano deportista y profesor de pádel era eso: soledad, cosa que disfrutaba muchísimo.

Ay, bendita y querida soledad, nos quedaba poco de estar juntas y solas, pues pronto llegarían los quebraderos de cabeza y... ¿alguien más?

¡Sigue leyendo! ¡Te insto a que lo hagas, vienen curvas!

Capítulo 3

Él

No negaré que toda la semana siguiente estuve pensando en ella. O, más bien en su pelo. Fue algo así como una ráfaga de aire fresco, como esas que hacen que un escalofrío recorra tu columna vertebral, a expensas de lo que pueda pasar, sin saber ni siquiera si será negativo o positivo.

Sinceramente, mi primer impulso había sido algo así como “con esa cara y esos ojos, dejaría que me destrozara cuantas veces quisiera”, porque ya sabes cómo de magullado tenía mi corazoncito. No obstante, todo quedó en eso, sin más, la vi ondear su cabello bajo las luces de neón de la discoteca, y yo me marché.

No tenía su número de teléfono, ni tampoco sabía su nombre. Pero sí se me había quedado su imagen grabada y, como ya he dicho, pasó una semana y seguía siendo imborrable en mi cabeza.

Igual que la resaca, que cada año me pesaba más. Ya no tenía dieciséis, sino unos cuantos más, y cuando el Uber me dejó en casa, todo me daba vueltas. ¡Pero si apenas había bebido!

Es lo que tenía llevar una vida sana o, al menos, hacer el intento, que el alcohol me afectaba demasiado y rápido.

Me machacaba en el gimnasio, bebía mucha agua, comida saludable... ya sabes, lo que todos deberíamos hacer. Ahora, no me pidieras que dejara el tabaco porque, aunque lo había reducido, me resultaba imposible desprenderme de aquel vicio.

«Te has desprendido de vicios peores», me recordaba mi cabeza cada vez que ponía la excusita de turno con los cigarrillos.

Por supuesto que sí. Nerea, por ejemplo, había sido un vicio realmente adictivo, como ya sabes, hasta que entendí que estaba mejor sin que yo lo estuviera consumiendo.

Vaya, quizá ha sonado un poquitito mal, pero es una metáfora muy bien traída.

El caso es que yo no quería enamorarme, al menos en muchos años, pero todo mi alrededor se empeñaba en que hiciera lo contrario.

Todavía quiero entender la razón, pero no lo hago, y creo que eso pasa porque no existe ninguna razón concreta por la que quisieran eso, los muy pesados.

Hasta Nerea, cosa que me sorprendió.

—¡Mucho más allá! ¡Mucho más allaaaaaaaaaaaaa!

Carmen canturreaba en el salón de mi casa al tiempo que veíamos juntos la segunda parte de *Frozen*, la princesa del hielo que tanto gustaba a mi pequeña, aunque ella seguía llamándola *Froden*.

Tenía hasta el disfraz de Elsa, por supuesto, y subía las telas vaporosas de purpurina blanca con las que contaba hacia arriba, estirando los brazos hacia el cielo.

Alto, muy alto. Tanto, que pensaba que iba a tocar el techo y lo iba a congelar.

—¿Has visto, papá? ¿Has visto? Pienso congelarte toda la casa, ¿sabes? Toda, enterita.

Aunque mamá me ha dicho que no lo haga.

Me reí. Por supuesto que me reí, me partí la caja, además.

Mi hija Carmen tenía unas ocurrencias que a menudo solían dejarme bastante sorprendido.

Me divertía mucho cuando estábamos juntos y teníamos una relación muy buena.

—Pues claro que mamá te ha dicho que no lo hagas —le dije sonriendo—. Mamá siempre te da buenos consejos, ¿no es cierto? ¿Qué pasaría si lo hicieras? Papá pasaría mucho frío.

Carmen asintió con la cabeza, sonriendo, y yo le revolví los rizos rubios.

—Ajá. Pero en verano sería toda una gozada.

Arqueé una ceja.

—¿Una gozada? —le pregunté al punto.

¿De dónde sacaba esta niña todas esas palabras?

En aquello me quedé pensando cuando tocaron al timbre.

—No sé quién puede ser —le dije a Carmen, que había vuelto a subir los brazos —, cuando lo compruebe te voy preparando la cena, ¿vale?

—Vale, papá. Tú eres Olaf y yo *Froden*.

Bueno, en esa casa, cada loco con su tema. Debía acostumbrarme, yo tampoco es que estuviera más cuerdo que Carmen.

Carmen con Frozen, yo con la chica misteriosa... En fin.

Con tanta cosa en la cabeza, me sorprendió mucho encontrar a Nerea al otro lado de la puerta cuando la abrí.

Arrugué el ceño.

—Hola, Rubia, ¿pasa algo? ¿Qué haces aquí?

Nerea me sonrió, besó mi mejilla y pasó al interior, de camino al comedor.

—¡Hola, mami! —escuché exclamar a Carmen cuando la vio.

—Hola, corazón.

Me acerqué a ellas después de cerrar la puerta y puse los brazos en jarras. No entendía nada.

—¿Qué pasa?

—Me llevo a Carmen.

—¿Qué? ¿Por qué? —le pregunté rápidamente.

Aquel fin de semana me tocaba a mí quedarme con ella; jamás había puesto una pega a nada relacionado con Carmen. Era mi hija y yo su padre, por lo que era mi absoluta responsabilidad, por encima de todo.

¿Qué había hecho mal? No entendía nada.

—Porque sí, Dani.

—¿Cómo que porque sí? No entiendo nada, Nerea.

—Necesitas salir, despejarte... En fin —dijo dejando su bolso sobre el sofá y sentándose.

Parpadeé varias veces, asimilando las últimas palabras que me acababa de decir.

—¿Cómo?

—Mira, yo me llevo a la niña, y Nacho y tú os dais una vuelta.

—¿Cómo? —repetí.

Nerea sonrió, condescendiente.

—Hazme caso —dijo levantándose y recogiendo las cosas que Carmen tenía por el comedor, desperdigadas aquí y allá.

—No, no. ¿Qué pasa? ¿Tú también quieres hacer de Celestina? Yo seré Calisto y... ¿quién será Melibea? ¿A quién vais a elegir entre todos? —pregunté subiendo un poquito el tono de voz.

—Dani, no te lo tomes así. Yo, por mi parte, solo quiero que salgas a divertirte. Llevas un

tiempo pocho.

—Ya me divierto con ella —le dije de forma seria señalando a Carmen, que fingía congelar la lámpara con sus manos al tiempo que hacía ruiditos con la boca.

Nerea puso los ojos en blanco.

—¿No te das cuenta de que esto me agobia? —le pregunté entonces, angustiado.

—¿El qué?

Me senté en el sofá, a su lado. Siempre me había entendido muy bien con Nerea, simplemente lo nuestro no había funcionado. Tantas idas y venidas... las últimas veces lo habíamos intentado por Carmen, pero no porque realmente estuviéramos convencidos de que nuestros caminos debían permanecer juntos. Y aquello no era vida. Aun así, seguía siendo mi mejor amiga.

—Pues... que intentéis gobernar mi vida. No me apetece estar con nadie ahora, Nere. Me apetece estar solo, encontrarme, no sé, estar con Carmen... Poco más.

Nerea me sonrió con ternura y me acarició el brazo con su mano.

—Ya lo sé. Ya te he dicho que yo, por mi parte, no voy a meterme en eso, solo quiero que te diviertas. ¿Vale?

—Pero ellos, sí.

Ella hizo una mueca graciosa.

—¿Desde cuándo te importa lo que diga o piense la gente? Tú solo... Diviértete.

Aquella noche me sentí más Víctor que nunca, cervecita sin alcohol para el cuerpo. Víctor trabajaba como entrenador personal, por lo que hacía mucho deporte al día y no ingería ni siquiera cerveza con alcohol.

Opté por lo mismo, pasaba de que aquel día también me diera todo vueltas.

Además, acordé con Nerea en que al día siguiente recogería a Carmen de su casa para estar con ella, tal y como me tocaba y justamente lo que me apetecía hacer aquel fin de semana.

Di un trago a mi botellín al tiempo que movía mis pies al ritmo de la música.

—Me alegro de que hayas accedido.

—Me habéis tendido una trampa —les dije sonriendo.

Nacho sacudió la cabeza, negando, mientras se reía.

—Habéis mandado a Nerea a mi casa porque es la única que puede convencerme, y lo sabéis.

Víctor se rio.

—Tú solo relájate.

Me relajé, claro que me relajé. Tanto, que me choqué con alguien. Y... menuda casualidad.

Capítulo 4

Ella

Valeria agarró mi brazo y comenzamos a bailar al ritmo de la música. Nos estábamos aficionando a salir los viernes por la noche hasta, como diría mi hermano Cris, churros con chocolate. Era su forma de decir que volvía a casa con el sol luciendo en el cielo.

Exageraba, por supuesto.

No es que aquel pub fuera de mis preferidos, pero mejor eso que nada. Aunque Valeria se había saltado el trato que teníamos, pues la vez anterior habíamos acudido al mismo establecimiento, por lo que aquella segunda vez, me tocaba elegir a mí. Encantadísima hubiese elegido cualquier bareto de música de los ochenta, pero Valeria no era demasiado fan de ella. A ella, bien de *Gasolina* de Daddy Yankee.

No es que no me gustase la música actual, estaba bien para bailar una noche. Pero disfrutaba mucho más de la etapa musical ochentera.

—¡Chupitos! —exclamó ella entonces.

En dos zancadas rápidas nos acercamos a la barra y pedimos lo que queríamos al camarero, que nos miró sonriente.

Había puesto purpurina en mis ojos y mi pelo rizado estaba recogido hacia un lado con horquillas, dejando que cayera como una cascada roja.

Falda vaquera y botín de tacón. Americana negra para el exterior.

—Eres una tramposa —le dije entonces, intentando que mi voz se escuchara por encima de la música.

—¿Tramposa, yo? ¿Por qué? —me preguntó ella, socarrona.

—Me tocaba elegir a mí —le dije un poquito enfadada. Solo un poquito de nada.

—¿Qué? —preguntó acercándose a mí.

—¡Que me tocaba elegir a mí! —exclamé en su oído.

Ella se rio, la muy perra.

—¿Acaso no te lo estás pasando bien? —me preguntó entonces, haciendo una seña al camarero para que pusiera otra ronda de tequila de fresa.

Una delicia ese tequila, por cierto. ¿No lo has probado?

—Sí, pero me tocaba elegir a mí.

Para este tequila no hacía falta ni sal ni limón, solo ganas de sentir la fresita en tu boca, por lo que nos lo bebimos en dos segundos.

—Otro —le pidió Valeria.

—No quiero beber mucho.

—¿Por qué?

—Porque no quiero estar destrozada mañana.

—¿Qué pasa? ¿Te vas de ruta o de escalada con Cris? ¿Te ha obligado? —me preguntó divertida.

Negué con la cabeza, sonriendo.

—Ojalá me obligase a mí —comentó soñadora, con la mirada perdida entre las luces de neón. Valeria siempre había estado loquita por mi hermano, más nunca había pasado nada entre ellos. Cris era algo así como una hoja movida por el viento, por lo que nunca se comprometía con nadie. Algo parecido a lo que hacía yo; solo que yo, más bien nunca me había enamorado. O eso creía. Quizá había idealizado demasiado el amor, con eso de haber leído tanta novela romántica. Pero lo cierto es que no había sentido las mariposas esas estomacales de las que todo el mundo hablaba, ni mi boca se había secado, ni me ponía nerviosa...

En fin. Cero patatero para mi vida sentimental.

—¿Hacemos una cosa? —preguntó entonces mi amiga, sacándome de mis cavilaciones.

—¿Qué cosa?

Nos bebimos otro chupito de golpe. Por mi parte, el último de la noche.

—Un trato.

—Ah, no, yo contigo no hago más tratos.

—¿Por qué no?

—Después te los saltas, así que —le dije encogiéndome de hombros.

—Que no, que no, esta vez no. Hagamos una apuesta —me dijo entonces, mordiéndose el labio. «Pero ¿qué le pasa a esta chica?».

—¿De qué se trata? —le dije cansinamente.

—Tú siempre dices que sabrías ligarte a cualquiera, ¿no?

—Sí.

Era cierto. Ligar para una noche se me daba de locos, pero eso de enamorarme, quizá para más tarde.

—Bien. Mira ese trío de allí.

Giré la cabeza disimuladamente y miré tras de mí, al otro lado de la barra. Tres chicos jóvenes reían y charlaban entre ellos.

Uno tenía caracolitos oscuros en el pelo y era muy atractivo, otro era rubio con una sonrisa perfecta y el tercero...

Me hidraté los labios con la lengua.

El tercero tenía los brazos tatuados y un collar de cuentas pequeñas y oscuras de madera adornaba su cuello. Era... guapo, muy guapo, y sonreía de forma ladeada.

—Muy bien. ¿Qué pasa con ellos?

—¿Has visto al que tiene cara de malote? —me preguntó entonces mi amiga.

Contuve el aliento, justo en el que me había fijado yo. Menuda casualidad.

—Ajá.

—Si consigues ligártelo, la semana que viene me llevas a un pub ochentero de esos tuyos.

—Y ¿por qué no habría de conseguirlo?

—Igual tiene novia, es gay, yo qué sé... Los tíos, a veces, son muy raros.

Me había gustado el reto.

—Pon otro más, tengo una misión —le dije al camarero.

El chico se rio y vertió otro chupito de tequila de fresa para mí.

Me lo bebí de un trago y me re Coloqué la falda.

—A por todas, *Sirenita* —me animó Valeria.

Le guiñé un ojo y me despedí de ella.

Fue fácil, solo tuve que colarme entre la gente, moviéndome al ritmo de la música. Después fingí chocarme con él.

—¡Oh! Joder... Lo siento mucho —me disculpé cuando sacudió su mano manchada un tanto de

cerveza que se había derramado.

Hizo una mueca, pero después me miró a la cara y su rostro se quedó hermético.

—Oye, ¿estás bien? —le pregunté refregando una servilleta que cogí de la barra sobre su camisa de manga corta.

—Eh... sí, sí. Perdona, no me esperaba que te chocaras conmigo.

—Lo siento mucho, de verdad —me disculpé de nuevo.

—Tío, acabamos de ver a... bueno, nosotros estaremos allí —le dijo el chico de caracoles oscuros en la cabeza.

—Pero... —tartamudeó mi ligue.

—Ahora nos vemos —apuntó el chico rubio y le palmeó la espalda.

—Vaya, parece que te dejan solo —le dije sin parar de frotar su camisa.

El chico suspiró.

—¿Estás bien? —le pregunté arqueando una cejita.

—Sí, sí, es solo... Están encantados ahora mismo, ¿sabes?

—¿Y eso? —le contesté divertida. Acto seguido tiré la servilleta sobre la barra.

—Se han obsesionado con que me ligue a alguien de aquí a un corto plazo de tiempo.

—¿En serio? —pregunté sorprendida.

«Mi día de suerte».

—Sí.

—¿Tú qué piensas al respecto? —le pregunté.

—Que la llevan clara —dijo riendo. Dio un trago a su cerveza sin alcohol y me miró.

—Pues... en realidad... me he chocado contigo a propósito —le confesé.

Hizo una mueca, cuestionándose seguramente de qué narices iba diciéndole aquello.

—¿Cómo?

—Mira disimuladamente hacia allí, hacia la derecha. Esa de allí es mi amiga Valeria. Me ha dicho que, si conseguía ligarte, en la siguiente salida elegiría yo el pub.

—¡Anda! Así que, soy el juguetito, ¿no? —preguntó socarrón.

—Y yo el premio de consolación, supongo —le contesté mirando de reojo a sus amigos, que nos observaban unos metros más allá.

—Juntos, su entretenimiento —dijo él.

Asentí con la cabeza. Lo cierto es que razón no le faltaba, al chaval.

Nos reímos y me sentí a gusto.

—O también podemos fingirlo —le dije.

—¿Fingirlo? —preguntó él, confundido.

—Tus amigos se quedan tranquilos por haber conseguido ligue, y yo en la próxima salida elijo pub —dije encogiéndome de hombros.

—A mis amigos que les den —opinó alzando su botellín de cerveza y sonriendo hacia la dirección desde la que nos observaban —. ¿Qué pub te gusta? Yo te llevo la próxima semana.

Me guiñó un ojo justo en el momento en el que las primeras notas de la canción *Let's Love* de Sia y David Guetta comenzaban a sonar.

Dos por uno, conseguido. ¡Menuda ofertaza! Lo que te decía: ligar, mucho; enamorarme, poco.

O no.

Capítulo 5

Él

No sé por qué había salido aquello de mi boca.

A mis amigos que les den. ¿Qué pub te gusta? Yo te llevo la próxima semana.

«Brillante, Dani».

Tampoco me dio demasiado tiempo a arrepentirme. Aquella chica, ondeando su pelo de nuevo frente a mí, me quitaba todo el espacio visual, centrando mis ojos solamente en ella sin poder evitarlo.

Los ojos le brillaban bajo las luces de neón y un deje a fresa llegaba a mis fosas nasales cada vez que abría la boca.

Simpática, decidida, segura de sí misma.

Sincera. Vaya, y tan sincera, me había confesado que todo aquello era por una apuesta con su amiga, por un trato absurdo.

Let's Love, de Sia y David Guetta había comenzado a sonar y sus pies parecieron ir por libre.

Dejé mi botellín de cerveza sobre la barra, en un movimiento instintivo. Y mi intuición no se equivocó, pues me dijo:

—Oh, Dios, vamos a bailar, por favor. ¡Me encanta esta canción!

Como una niña pequeña, tal cual se comportó en aquel momento, y eso me arrugó un poco el corazón.

Había ilusión en su cara solo por bailar aquella canción, y me contagió su energía, por lo que terminamos en el medio de la pista.

Movía sus caderas de forma perfecta al ritmo de la música.

Esa canción imitaba las melodías ochenteras y parecía encantarle.

Agarramos nuestras manos, entrelazamos los dedos. Ella bailaba dando saltitos, yo la imitaba, sintiéndome, sin querer, un poquito más libre.

Movía la cintura, se pegaba a mí y cada vez que lo hacía una corriente eléctrica me inflamaba por dentro.

Sonreía, enseñaba sus perfectos dientes blancos, y me hacía sonreír a mí del mismo modo.

—¡Bailas genial! —me gritó al oído cuando terminó el estribillo.

Solté una carcajada. Una de esas reales, que nacen del pecho. Menuda descarada, me acababa de mentir en la cara. ¿Bailar bien? ¿Yo? ¿Desde cuándo?

Acaricié su cinturilla de avispa cuando se volvió a pegar de espaldas a mí una vez el estribillo comenzó de nuevo, y ella posó sus manos sobre las mías.

Después se dio la vuelta y quedamos cara a cara. Ambos teníamos la respiración acelerada y se entremezclaba la una con la otra.

Mi entrepierna dio un vuelco dentro de mis calzoncillos, y mi corazón, otro.

Tragué saliva. Aquellos labios carnosos y rojos eran demasiada tentación para mí.

Ella sonreía, sus mejillas arrojadas por el baile.

Yo me limitaba a respirar sin abalanzarme sobre su boca.

—¡*Boo!* —exclamó ante mi cara cuando terminó la canción. Me hizo reír —. Una copa por tus pensamientos.

Me hidraté los labios con la lengua.

—No he bebido esta noche —le confesé sonriendo. Me sentía tranquilo, sereno. No lo sé. Era muy extraño.

—Ya veo ya, cervecita sin alcohol. ¿Conduces? —me preguntó.

Asentí con la cabeza.

—¿Nos vamos?

—¿Qué?

—Que si nos vamos —me repitió ella como si fuera lo más obvio del mundo.

—¿Juntos? —le pregunté entonces.

Ella sonrió acto seguido, y dijo:

—Habrá que hacerles creer que se han salido con la suya, ¿no?

Sonreí de nuevo, de lado, como siempre. Menuda chulita.

—¿Es eso lo que quieres?

Asintió con la cabeza y sus rizos rojos se movieron al tiempo.

—¡Eh! —exclamé para que mis amigos me mirasen, aunque tampoco me costó demasiado llamar su atención—. ¡Coged un Uber, yo me piro!

Me despedí con la mano y ellos levantaron sus copas hacia mí en señal de aprobación.

Aquello hizo reír a la chica, quien no tardó en enviar un mensaje instantáneo a su amiga, pues a ella sí la habíamos perdido de vista.

—¿Crees que estará bien? —le pregunté entonces.

—¿Valeria? ¡Pues claro! —exclamó enseñándome la pantalla de su teléfono móvil, dejando a la vista la conversación de mensajería instantánea en la que ponía que su amiga iba en un Taxi en dirección a su casa.

—Estaba muy segura de que te vendrías conmigo —apunté cavilando sobre aquello, al tiempo que me ponía la chupa negra de cuero y salíamos del local.

Una vez fuera, me miró y me sonrió.

—Es que ligar se me da muy bien.

—Ah, ¿sí? ¿Cómo estás tan segura? Tú y yo hemos hecho un segundo pacto, así que no cuento como ligue.

Saqué mi cajetilla de tabaco y, a continuación, me puse un cigarro entre los labios.

—Lo sé, pero estoy segura porque no sé enamorarme.

Capítulo 6

Ella

Si hay algo que me ponga tontorrón hasta decir basta es ver a un hombre conducir.

Mi lígúe de aquella noche, del cual no sabía el nombre por el momento y, para qué mentir, tampoco me importaba demasiado, se puso en el asiento del piloto, a mi lado.

—¿Dónde piensas llevarme? —le pregunté abrochándome el cinturón de seguridad.

Luego lo miré directamente a la cara. Él hacía lo mismo conmigo, me miraba. Y qué mirada. Mentiría si dijera que no me había perdido en ella. En aquellos ojos marrones que para otros serían normales y corrientes, ordinarios y normalitos. Pero a mí, no sé por qué, me decían mucho.

Contuve el aliento.

—¿Eh? —insistí para disimular la turbación que provocaba en mí aquella mirada.

Sonrió de forma chulesca y casi sentí mi bajo vientre convulsionar.

Tenía algo, algo que era capaz de provocar sensaciones en mí, no era como los demás o, al menos, eso me parecía.

—¿Me lo preguntas a mí? —dijo riendo—. Eres tú la cabeza de chorlito que ha tenido la genial idea de salir del local. Juntos. Sin conocernos de nada.

—¿Y no te parece una idea maravillosa?

Pareció meditar un momento la respuesta, incluso alzó la mirada, alejándola de mis ojos, pensativo.

—Tengo que decidirlo todavía. ¿Dónde pues, princesa?

Sonreí y me mordí el labio, él se humedeció los suyos con la lengua.

Tragué saliva.

«Santa Jane Austen, menudo tío».

—¿Puedo elegir de verdad? —pregunté casi ilusionada.

Lo que yo te diga, tonta de remate me ponía.

—Eso es.

Me mordí una uña.

—A ver las estrellas —dije con un deje soñador en la voz que le hizo reír.

—¿Estás de coña? —preguntó con sorna.

—¿No te gustan las estrellas?

Se rio.

—¿Qué? —le pregunté contagiándome de su risa.

Abrió la ventanilla del coche y encendió el cigarrillo que había sacado de su cajetilla al salir del local.

Dio una calada y tiró el humo por la nariz al tiempo que me miraba, esta vez más serio.

—Nada, solamente me ha sorprendido.

—Entonces, ¿vamos? —insistí.

Arrancó el motor de su coche rojo y lo hizo rugir. Quitó el freno de mano y accionó el intermitente de la izquierda.

—Estás loca —dijo al tiempo que nos adentrábamos en la circulación del centro de Madrid.

Sí, tú también puedes llamarme loca, o incluso temeraria. Te lo admito y te daré toda la razón, porque nunca las afueras de la ciudad de Madrid en compañía de un desconocido me hicieron sentir tanto en casa.

Hablamos, hablamos sin parar, de todo y de nada, de nada y de todo.

Y había algo, una especie de conexión que hacía que pareciera que lo conocía desde siempre.

Los latidos acelerados de mi corazón y mi respiración agitada me lo advirtieron.

Aquello era raro, nunca antes lo había sentido, pero en aquel momento sería absurdo calificarlo como amor, ¿verdad?

Porque no era amor, ¿no?

Porque yo no sabía enamorarme y él no quería.

—¿No son preciosas? —le pregunté mirando el cielo oscuro, adornado de aquellos puntitos brillantes que tanto me fascinaban.

Encendió otro cigarrillo.

—Lo son. ¿Y tú sabes que estás fatal y que esto es una locura?

—¿Cuándo vas a dejar de repetirlo? Lo has dicho unas... cinco veces, por lo menos.

Él sonrió y fumó tranquilamente.

—Pero sabes que es cierto. Podría ser un psicópata o algo así.

—Pero no lo eres.

—No, no lo soy. Pero tú sí estás como un cencerro, pelirroja.

—¿Y acaso la vida no se compone de eso? ¿De locuras? ¿De hacer cuanto te apetece para ser feliz y marcar la diferencia?

Arqueó una ceja.

—¿Y trabajas en una biblioteca, has dicho? —preguntó divertido.

—Así es.

—Te pegaría más ser *couch* emocional o algo así. ¿De verdad no te han enviado mis amigos para que me hagas terapia?

—¿*Couch* emocional? ¿Eso existe?

Ambos estallamos en carcajadas por aquel comentario.

—No, en serio, odio los estigmas. ¿Sabes?

—Ajá. Cuéntame más.

Puse los ojos en blanco al tiempo que sonreía y le pegué un golpecito cariñoso con mi puño cerrado en el brazo.

—Que haga locuras no significa que por ello no pueda amar los libros ni la literatura. Y eso no me convierte en una persona aburrida, aunque la gente suele pensar que sí, de ahí a que odie los estigmas —le expliqué.

El chico asintió.

—Tienes razón. Por ti los rompería todos, entonces.

Le miré acto seguido, justo después de sentir el vuelco que me había dado el corazón dentro del pecho.

«Cuidadito, cuidadito».

Vi su nuez subir y bajar cuando tragó saliva. Parecía turbado y yo no lo entendía.

O quizá sí, quizá le pasaba lo mismo que a mí y sentía que, aun siendo dos perfectos

desconocidos, bailábamos en la misma sintonía.

—Perdona —carraspeó—, ¿ves? He parecido un psicópata. Te repito que no lo soy.

Embobada o con cara de pánfila, llámalo como quieras, pero la cara de gilipollas que se me quedó no me la quitaba nadie.

—No, no lo eres —dije en un hilo de voz.

Me aproximé a él casi sin querer, por inercia, por necesidad.

Él hizo lo mismo y nos quedamos cara a cara, mirándonos, conteniendo el aliento y yo, por mi parte, con unas ganas terribles de comerle la boca.

Posicionó su mano detrás de mi nuca, aplastando mis rizos rojos.

Tragué saliva.

—Sigo pensando que estás loca.

Asentí con la cabeza.

¡BOOM!

Capítulo 7

Él

Fuego, llamas que parecían nacer de su pelo y que lamían todo mi cuerpo hasta calentarlo por entero.

No debí cogerla de la nuca de aquella forma, tampoco debí acercarme a su preciosa cara y desear sus labios.

No puedo echarle la culpa al alcohol, porque aquella noche iba más sereno que nunca, pero quizá sí que me emborraché de ella.

Y fue algo que no pude remediar.

Estaba loca, y aquella locura me embriagaba hasta decir basta.

Estampé mis labios contra los suyos y mi mordida fue suave pero voraz al tiempo. Me correspondió, desde luego que lo hizo.

Se había desabrochado el cinturón de seguridad cuando habíamos estacionado en aquel lugar apartado del bullicio de la ciudad y del tráfico.

Quería ver las estrellas. Ella quería ver las estrellas y acabó por llevarme a mí hasta ellas.

Yo rompería los estigmas, no mentí cuando se lo había dicho.

Y lo remarcaría siempre.

Porque aquella noche jamás se podría borrar de mi memoria.

El orden y el desastre juntos.

La chica de rizos rojos se posicionó encima de mí, a horcajadas, y con premura eché el asiento del piloto hacia atrás.

Desabrochó los botones de mi camisa y sentí sus labios deambular de forma suave por mi pecho.

Solté un jadeo y ella levantó la mirada de nuevo.

—¿Paro? —preguntó.

—¿Estás loca?

Soltó una carcajada y la imité. Solo nosotros entenderíamos el significado de aquella frase a partir de aquel momento.

Solo nosotros sabíamos a lo que nos estábamos exponiendo si seguíamos.

—Si paras me muero —le confesé con toda la confianza del mundo.

Asintió con la cabeza.

—De perdidos al río —dijo.

—De perdidos al río —repetí deshaciéndome de su camiseta para poder admirar sus pechos una vez hube apartado la copa del sujetador.

—Después tú a tu casa y yo a la mía.

Le guiñé un ojo como respuesta y volví a besarla.

La chica sin nombre, la chica que me estaba llevando a las estrellas.

Esa con la que tenía aquella conexión que no sabía definir.

La misma que acababa de conocer hacía apenas unas horas y que ya parecía haber puesto mi mundo patas arriba.

No tardé en entrar en el calor de su abrigo, apretándome con sus muslos mientras pellizcaba a mano abierta sus nalgas.

Sus gemidos en mi oído, el aroma de su pelo en mis fosas nasales y mi polla dando sacudidas en su interior.

Suerte que llevaba un preservativo en la cartera.

Se dejó ir apoyada sobre mi pecho, yo lo hice con ella y acaricié su espalda con las yemas de los dedos más tarde, mientras recuperábamos el resuello.

Sentí cómo nuestras respiraciones se relajaban y se acompañaban al tiempo. Guardábamos silencio y cuando decidí que ya era demasiado, reaccioné.

—Ey —le dije en voz bajita.

—¿Mmm?

Solté una carcajada.

—¿Te has dormido?

—¿Qué dices? —preguntó irguiéndose de nuevo con ojitos somnolientos.

—Estabas sobada —dije, y no fue una pregunta, sino una afirmación.

—Pamplinas —dijo un tanto malhumorada, volviendo a su asiento.

—¿Estás bien?

—Claro.

—Guay.

—¿Me llevas a casa? —me preguntó haciendo un pequeño mohín.

—¿Acaso pensabas que no iba a hacerlo?

Negó con la cabeza, sonriendo de forma dulce.

—Ponte el cinturón, anda. Nos vamos.

Que se joda todo lo demás de Alice Wonder acarició nuestros tímpanos mientras recorríamos en el vehículo la ciudad, y yo solo podía pensar en cómo habíamos jodido en ese mismo asiento.

Todavía tenía el sabor de su boca en la mía y no podía evitar mirarla de reojo mientras intentaba poner en orden todo lo que sentía en mi interior.

Había sacado una mano de uñas pintadas por la ventanilla y la ondeaba al aire de forma suave, como si estuviera bailando al son de una melodía que sonaba solamente en su cabeza.

La brisa de verano le acariciaba la cara y hacía que llegara hasta mí el aroma de su perfume, tan familiar a esas alturas de la noche.

—Puedes dejarme aquí, no vivo lejos —me dijo una vez estuvimos cerca de Colón.

—¿Estás segura? Me quedaría más tranquilo si te dejara en casa.

La vi sonreír con dulzura. Después se desabrochó el cinturón de nuevo.

—Estoy segura. Mi casa está a un par de calles.

Asentí, aunque no muy seguro de dejarla allí.

—Bueno...

—Hasta luego, chico que está aprendiendo a hacer locuras.

—Eh...

No podía hablar, lo juro. Un memo rematado parecía.

Ella pareció darse cuenta y arqueó una ceja.

—¿Estás bien?

—Sí, sí... Es solo...

—Sofía, me llamo Sofía —añadió guiñándome un ojo.

—Daniel —acerté a decir una vez hubo cerrado la puerta del coche y empezado a caminar calle abajo—, aunque todos me llaman Dani.

Capítulo 8

Ella

Volví a tocarme los labios con la punta de los dedos. En la otra mano tenía un ejemplar de *Drácula* y lo estaba colocando en su correspondiente estantería.

No, no te montes películas en la cabeza, nada tenía que ver aquel ejemplar del vampiro más famoso del mundo con el hecho de que yo me tocara los labios por enésima vez en la mañana del lunes.

Aunque admito que me hubiese gustado que ese chico me chupase la sangre hasta dejarme pálida como una muerta.

¿Por qué con él me costaba tanto hacerlo? ¿Por qué me costaba tanto dejar de pensar en él? Era la típica que no repetía con los chicos con los que tenía algo, bien fuera un beso, bien fuera algo más.

No quería compromiso de ningún tipo, más que nada, porque no sabría cómo comportarme llegado el caso. Nunca había tenido una relación larga y seguramente no estuviera a la altura de las necesidades de mi pareja.

Por no hablar del saber querer y, muy importante, saber querer bien, de una forma sana.

Fijo que parecería una adolescente tóxica y martirizaría a ese supuesto futuro marido mío.

Hablando de bodas, tía Juana... ¿En qué estaba pensando?

Ni siquiera sabía su nombre, pero sentía que le conocía.

Ni siquiera sabía su nombre, pero besaba de locos y follaba como Dios.

Resoplé al tiempo que coloqué el libro y después acaricié el lomo, una vez puesto en la estantería.

Nunca me había pasado, nunca había estado acordándome de mi último ligue durante días, y aquella vez ya llevaba dos en los que me iba a volver loca.

Yo y mi estúpida manía de no pedir ni siquiera el número de teléfono, siempre huyendo del compromiso como una *cobardica*.

Como una *cobardica* o, visto de otro modo, como una chica previsora, no fuera a destrozarle el corazón. Bueno, el suyo y el mío, ya que estamos, que fijo la cagaba.

Deambulé por la biblioteca. Todo tranquilo, todo en silencio, reinando los libros y las páginas llenas de historias en aquel lugar.

Era principios de septiembre, por lo que estaba bastante vacía, aunque pronto se llenaría de estudiantes buscando información para realizar trabajos. Otros también hincarían los codos en las mesas y se esforzarían por pasar los exámenes.

También estaría llena la sección infantil de pequeños y pequeñas correteando en busca del cuento más mágico que pudieran encontrar entre tantos para elegir. Y volverían las obras de teatro, aquella actividad que ofrecíamos todos los viernes por la tarde que consistía en un teatro de marionetas basado en los cuentos clásicos.

Pronto la biblioteca tendría la vida que le faltaba fuera de los libros y no solo dentro de ellos. Me senté en mi silla, en el mostrador, y navegué por Internet para matar el aburrimiento. Aquellos primeros días eran tediosos, porque no circulaba demasiada gente por allí.

Volví a pensar en él. En su boca, en sus ojos, en aquel collar de cuentas de madera negras que le daba ese aspecto desenfadado. En sus manos apretando mis nalgas mientras...

«¡Basta!»

Casi sentí el corazón salir por mi boca, desbocado, cuando mi teléfono móvil vibró sobre la mesa.

Era Valeria, me preguntaba si podíamos comer juntas.

Sí, por favor, algo de entretenimiento, aunque sabía que me aturullaría con sus preguntas acerca del viernes, ya que por teléfono tampoco había querido darle demasiadas explicaciones.

La llamé porque, total, tampoco tenía nada mejor que hacer.

—¿Comemos, pues? —preguntó ella al otro lado de la línea.

—Sí, claro —contesté sonriendo, aunque no podía verme —, pero todavía me queda como una hora de trabajo. Bueno, de estar aquí, ya sabes, la biblio está vacía estos días.

—Ajá. Si te apetece podemos quedar por La Latina y picamos algo.

—Genial, pues luego te veo.

—Adiós, perrilla, tienes mucho que contarme.

Puse los ojos en blanco al tiempo que sonreía.

—Que sí, pesada.

Lo sabía, mira que lo sabía. Pero, a decir verdad, ¿qué amiga no se interesaría por la otra, sabiendo que había ligado no hacía ni una semana?

Yo también querría saber todo todito acerca del chavalito en cuestión. Y tú, también, no mientas, ya te tengo calada.

Me despedí de Valeria y volví a levantarme de mi silla.

Sola, completamente sola en aquel lugar tan grande.

Mi compañera tenía turno de tarde y yo de mañana, pero las dos sufríamos aquella soledad por separado.

Necesitaba que aquella hora que me quedaba de trabajo se me pasase lo más rápido posible, así que me puse a organizar las marionetas del taller del que te he hablado antes y también a apuntar el orden de los cuentos que representarían.

No te mentiré, él siguió cruzando mi mente en algunas ocasiones más, pero cuando me quise dar cuenta me vi fuera de mi puesto de trabajo, de camino al metro para llegar a La Latina y soportar el interrogatorio de mi amiga Valeria.

—¿Me puedes traer otro? —Valeria señaló su botellín de *Bitter Kas* al dirigirse al camarero. Real como la vida misma. Yo hice una mueca.

—¿En serio? ¿Cómo puedes beberte eso? ¡Es *Bitter Kas*!

Valeria parpadeó un par de veces, como si no hubiese entendido lo que acababa de decir.

—Claro, es *Bitter Kas*. ¿Y?

—Pues hija, que eso está malísimo. Además, es de señoras.

—Creo que esta conversación ya la hemos tenido muchas veces —comentó.

—Es verdad, pero es que, Val, chica, menudas cosas bebes.

—Lo normal —dijo al punto que cogía su nuevo botellín rosa.

—Creo, además, que estás eludiendo la conversación que me debes hablando de cosas irrelevantes.

Arqueeé una ceja.

—¿Crees que coger pepinillos en vinagre y comértelos de dos en dos es irrelevante?

—Pero ¿cuándo he hecho yo eso? —preguntó divertida.

—¿Siempre? —dije yo como si fuera lo más obvio del mundo.

—Ahora mismo, no.

—Bueno, pero estás bebiendo eso —dije señalando su copa.

Valeria puso los ojos en blanco.

—Que sí, que vale, que soy una señora y bebo *Bitter Kas*, ¿qué pasa? ¿Cuéntame cómo la tenía y estaremos en paz!

Abrí mucho los ojos por la sorpresa e intenté apaciguarla moviendo mis manos ante ella arriba y abajo.

—¿Quieres bajar la voz? No quiero que se entere media Madrid.

Valeria puso morritos, sabiendo que había metido la pata, pero aun así no dejó de fruncir su entrecejo.

—Habla por esa boca o subiré la voz. ¿Quieres más cerveza? ¿Necesitas más? A lo mejor así se te suelta la lengua. Me tienes en ascuas, chica.

Resoplé.

—Pues la tiene... ¿Y eso qué importa?

—¿Cómo dices? —preguntó mi amiga sin entender.

—Pues... pide otra de bravas, anda, necesito tener el estómago lleno para esto.

Mi amiga, un tanto preocupada, hizo lo que le pedí y pronto tuvimos otro plato de patatas con aquella salsa deliciosa delante.

—¿Y bien, bestia parda? Ya tienes tu comida, estás calmadita. Habla. ¿Cómo que no importa eso? ¿Desde cuándo? ¿Qué ocurrió esa maldita noche? —dijo mi amiga dando un golpecito en la mesa al formular cada pregunta y acercándose más a mí cuando cuestionó la última.

—Te contaré la verdad.

—Hombre, tampoco esperaba menos.

—Hice un pacto con él.

—¿Un pacto?

—No me parecía justo que por ligarme a un pavo pudiera elegir yo el próximo pub. Además, yo me ligo a quien quiero, Val, no a quien quieras tú.

Valeria hizo una mueca.

—Pues tienes razón.

—Y él también estaba en un aprieto —continué obviando lo que me acababa de decir, pues era algo que ya sabía.

—¿Por qué? —preguntó mi amiga interesada.

—Sus amigos están empeñados en que conozca a alguien de aquí a poco tiempo.

—¿Y él qué dice?

—Que pasa de enamorarse, por lo que, de un modo u otro, era perfecto. El chico me cayó bien, así que le propuse hacerlos creer que habíamos sucumbido a vuestras tonterías —le dije soltando una risita.

—¿Qué brujos.

Froté mis uñitas en el lado derecho de mi blusa y después soplé de forma graciosa.

—Bueno, ¿y qué pasó? ¿Os acostasteis?

—Hablamos sin parar, pero sin parar, Val, ¿sabes?

—Sí, sí, pero ¿te enrollaste con él?

—Y le pedí que me llevara a ver las estrellas y él me llevó y...

—¡Sofía!

—Y ahora no puedo dejar de pensar en él, y ni siquiera sé cómo se llama.

Valeria iba a meterse una pinchada de patatas en la boca, pero dejó el tenedor suspendido en el aire; un segundo después lo dejó sobre el plato.

Se acercó a mí y posó la palma de su mano sobre mi frente, aunque yo me aparté al instante.

—Uy, uy, uy, tú estás fatal, amiga. ¿Qué pasa? ¿Qué tiene ese tío?

—No lo sé. Pero fue... Joder, no me lo puedo sacar de la cabeza.

—Eso es grave en ti.

—¿Grave? Es raro.

—Raro de la hostia, nena.

Asentí con la cabeza, tenía toda la razón del mundo y yo me sentía perdida, no, lo siguiente.

Entonces me atreví a contarle todo lo que pasó aquella noche y mencionarle cada palabra que me caló de aquellas conversaciones que tuvimos, como también lo que pasó después.

—Bueno, mira el lado positivo, no sabes su nombre, ni dónde vive, ni nada de él, en realidad.

—Sí sé cosas.

—Sí, pero no datos concretos para buscarle. Además, no quieres buscarle.

—No, no quiero buscarle. Ese era el trato, pasar un buen rato y daros esquinazo. Después cada uno a su casa y, si te he visto, no me acuerdo.

Valeria asintió con la cabeza.

—Entonces, tranquila, hay muy pocas probabilidades de que os volváis a encontrar. Madrid es grande.

Asentí con la cabeza, un poco más tranquila. Valeria tenía razón, Madrid era grande y no tenía por qué encontrármelo nunca más.

Ay, querido cosmos, destino, karma, yo qué sé... lo que no sabía es que una vez más me la ibas a jugar porque, daría igual lo grande que fuera Madrid, si algo había de suceder, sucedería, y nada ni nadie podría evitarlo.

Capítulo 9

Él

«Sofía, pelirroja, trabaja en una biblioteca de un tranquilo barrio de Madrid».

Me llevé las manos a la cara y me refregué los ojos con los dedos. Mentiría si dijera que no me dolía el coco de tanto pensarla.

Aquel pensamiento que se me había cruzado hacía un momento parecía un anuncio de esos que se pegaban en las farolas y en los tabloneros publicitarios. Algo así rollo: SE BUSCA.

Joder... estaba fatal, estaba perdiendo el juicio.

Un tranquilo barrio de Madrid, genial. ¿Cuál?

«Ese no era el trato, Dani. Tú a tu casa y ella a la suya».

Encendí un cigarrillo y paseé la mano por mi pecho de forma tímida, casi podía sentir todavía, un par de semanas después, el reguero de dulces besos que había dejado sobre mi piel.

Di una calada y sentí mi entrepierna despertarse.

Bufé y me levanté, todavía no sabía para qué exactamente, pero unos instantes después me puse a pasear por mi apartamento.

Las palmaditas en la espalda que me dieron mis amigos por mi triunfo aquella noche en la discoteca no me valieron de absolutamente nada, pues estaba pasando lo que tanto miedo me daba, lo que no quería que pasase.

¿Así se sentía un flechazo? No quería enamorarme, no. No podía, tampoco podía, porque no sabría hacerlo. Estaba seguro de que todavía no estaba preparado para amar de nuevo, pero, si al menos hubiera podido verla...

No, si al menos hubiera podido saber de ella, pero Madrid era tan grande y, ¿cómo buscarla? ¿Con ayuda de quién? ¿Dónde?

Pasé la mano por detrás de mi cabeza, tenía el pelo recién cortado, pasado a máquina, y rascaba un poco.

Un instante después sonó mi teléfono móvil y por un momento me ilusioné pensando que podía ser ella.

Después hice una mueca. Estaba pirado, era imposible que fuera ella.

Me acerqué al salón y cogí el teléfono.

—Dime, Rubia.

—Hola, cabezón. Necesito que me hagas un favor.

—¿Qué pasa? ¿Estás bien? —le pregunté a Nerea, preocupado.

—Sí, sí. Resulta que tengo reunión de padres el viernes por la tarde, ya sabes, la primera reunión del curso.

—Sí.

—Carmen quería ir con una amigueta a una obra de teatro que hacen en la biblioteca de Príncipe Pío y no voy a poder llevarlas, claro. Me había comprometido con su madre, porque ella

trabaja también. Ni siquiera me acordaba de la reunión, soy un desastre. ¿Tú podrías llevarlas? Se lo diría a Nacho en el caso de que no, pero él también tiene reunión con su grupo.

Sonreí.

—No, no, claro que puedo llevarlas yo. Tengo turno por la mañana, así que tengo la tarde libre.

—¿De verdad? Si tienes planes o lo que sea, lo dejamos para otro día, al fin y al cabo, este fin de semana me toca a mí quedarme con ella.

—Tranquila, Rubia. Yo me encargo —le dije resolutivo.

—Vale, gracias, cabezón. Oye, ¿estás bien?

Cómo me conocía, la muy listilla.

Me mordí el labio inferior.

—Tengo cosas que contarte, espero que podamos vernos pronto a solas, con calma, y hablamos.

—Vale, pero ¿estarás bien?

—Sí, sí, solo que entre tu novio y Víctor me van a volver loco.

«Sofía tampoco se queda atrás».

—¿Qué te han hecho ese par? Nacho me dijo que la noche que saliste con ellos, fue genial.

«Liármela bien parda».

—Ya te contaré.

—Vale. Gracias por lo de hoy. Un besito.

—De nada. Mándame ahora un mensaje con la dirección y la hora en la que tengo que buscar a Carmen.

—Recógelas del cole, ¿vale? Ahora te mando la dirección de la biblioteca. Te dejo.

—Vale, venga, hasta luego, Rubia.

Nerea colgó el teléfono y un par de minutos más tarde tenía la dirección de la biblioteca donde tenía que llevar a las niñas.

*Calle Quintana, 9 28008 Madrid
Biblioteca Pública José Acuña*

Sin saberlo, sin siquiera imaginármelo, estaba un paso más cerca de Sofía; unos cuantos más, a decir verdad.

—Hola, papi —me saludó Carmen cuando la recogí del colegio el día acordado—. Hoy se viene María con nosotros.

Sonreí y me agaché para estar a la altura de Carmen. Había crecido mucho, contaba con solo cuatro años de edad, pero ya hablaba perfectamente y era fanática de los cuentos, algo que a Nerea le fascinaba.

La abracé y le di un besito en la mejilla. Después le revolví el pelo.

—Hola, princesa. ¿Cómo estás? ¡Sí! Hoy vamos a hacer algo súper guay los tres. ¿Estás preparada, María?

La amiguita de Carmen me miró con timidez y sonrió de la misma forma, asintiendo con su cabecita.

—¿Vamos en el coche?

—Negativo, princesa. Iremos en transporte público, así caminamos también. ¿Jugamos al *veo*,

veo mientras llegamos?

—¡Sí! —exclamaron las dos niñas al tiempo.

Fue un trayecto de lo más entretenido y pronto llegamos a una pastelería en la que merendamos un batido de chocolate junto a algunos donuts.

—¿Y qué es eso de la obra de teatro? Mamá no me ha explicado demasiado.

Carmen asintió, súper dispuesta a comenzar su verborrea, y María hizo un gesto con su manita para que hablase. Reprimí una carcajada.

—Son obras de teatro de cuentos.

—De cuentos —repitió María.

—De cuentos —la imité yo, todavía no entendía de qué iba aquello. Siempre intentaba estar al día de todo lo que concerniera a Carmen, y eso también incluía canciones infantiles, lo último en películas Disney y todas esas cosas vitales para mi hija. Solía molestarse si no sabía de qué me hablaba—. ¿Qué cuentos?

—Pues... *El patito Leo*...

—¿*El patito Leo*?

—¡Sí! Ese que estaba pocho, pero después era un pato con el cuello suuuuper largo.

Me reí.

—*El patito feo*, Carmen.

—¡Oye, papá! Pobre patito...

—Es que se titula así el cuento.

María asintió con la cabeza.

—¿Y cuáles más?

Carmen se llevó la uñita a la barbilla, pensando.

—La princesa que se durmió. También... La princesa pez, la princesa...

—¿Todos de princesas? —preguntó María emocionada.

—¿Cuál es el de hoy?

—La princesa pez.

Arqueeé una ceja. Suponía que hablaba de *La Sirenita*.

—*La Sirenita*.

—Esa, papá. ¿Qué más da? Siempre haces lío, lioso de todo.

—Eres una gamberra —le dije alborotándole los rizos rubios que poblaban su cabeza—.

Vayamos ya, habrá que coger asiento en primera fila, ¿no?

—Jolín, papá.

—¿Qué?

—Molas mogollón.

Y con aquello me sobraba. Cuando Carmen me decía cosas así, mi corazón se inflaba de orgullo y de amor y no necesitaba más.

No era un padre modelo, había tenido muchos fallos, pero intentaba cada día superarme y hacerlo bien para que estuviera orgullosa. Ser el mejor para ella, porque era lo mínimo que mi hija se merecía.

Si pudiera bajarle la luna, lo haría sin dudarlo.

La sala infantil de la biblioteca estaba muy concurrida, pero por suerte pudimos coger buenos sitios para ver la representación de títeres de forma cómoda.

Carmen y María estaban muy emocionadas y hablaban y reían sin parar, al igual que los demás niños que, eufóricos, esperaban el cuento.

Llegaron más niños y observé cómo los padres se apartaban del espacio reservado para ellos, por lo que yo me dispuse a hacer lo mismo.

Al fin y al cabo, era algo de lo que debían disfrutar los pequeños.

—¿Dónde vas? —me preguntó Carmen.

—Los papás se están retirando un poco más atrás, ¿ves? Estaré allí mismo, no te preocupes —le dije para después besar su mejilla.

—¡Papá, mira! —exclamó de repente—. Es ella.

—¿Ella? ¿Quién?

—La princesa pez.

—Hala, Carmen, tiene el pelo como ella. Es súper mega guapa —dijo María.

—¿La ves, papá?

—No digas tonterías, es imposible que sea la sirena de...

Fue entonces cuando me incorporé y la vi.

Tragué saliva. Sus ojos se posaron en los míos y sentí de nuevo el fuego en mi interior.

«No es posible».

—Es ella, ¿verdad, papá?

—Es la bibliotecaria, Carmen.

En ese instante, los niños empezaron a aplaudir, pues las cortinas del pequeño teatro se abrieron un segundo después de que las luces se apagaran.

La perdí de vista, pero mi instinto fue salir tras ella después de decir:

—Pasadlo bien, estaré justo ahí.

Capítulo 10

Ella

Llámame cobarde, pero salí corriendo. Fui una cobarde en ese momento. No me quise enfrentar al aleteo que sentí en el estómago, al vuelco que lo precedió.

Tampoco a los latidos de mi corazón, que aumentaron su ritmo.

No me quise enfrentar a su camiseta de manga corta de color negro ajustada a su cuerpo, machacado en el gimnasio, que contrastaba con su chaqueta vaquera de manga larga.

Ni a sus profundos ojos, abiertos por la sorpresa al descubrirme, casi necesitados de volver a retener en su retina mi imagen.

Las luces se apagaron y salí por patas, como la cobarde que era, pero pronto me vi descubierta de nuevo entre estantes llenos de libros.

No quería girarme, pero la insolente necesidad de que él me hubiera seguido hasta allí me instó a hacerlo y le vi de reojo.

Caminaba de forma lenta tras de mí y me metí en un recoveco, una estantería arrinconada de novela turca.

No tardé en topármelo de frente, ni siquiera yo misma sabía qué diantres estaba haciendo ni por qué me había metido ahí, precisamente en aquel recoveco sin salida.

—Sofía —susurró con voz ronca.

—Hola —le dije en un hilo de voz, muerta de vergüenza.

—¿Qué haces? —preguntó a punto de sonreír—. ¿Huyes de mí?

—No, no, bueno, sí. Lo cierto es que sí.

Se acercó más a mí, tragó saliva y vi bailar su nuez arriba y abajo.

Contuve la respiración, estaba demasiado cerca y mi pulso se aceleraba cada vez más.

No era el momento, pero sí sentía que era él. Lo que te digo, estaba loca de remate.

—¿Por qué? —preguntó. Parecía incluso dolido.

—Porque soy una estúpida, supongo.

Arrugó el ceño, no me entendía. Normal.

—No voy a comerte —dijo riendo, pero después se puso serio.

«Ojalá lo hicieras», pensé de forma involuntaria.

Nos miramos fijamente a los ojos.

—Yo —intentó decir tras carraspear— no he parado de...

—Yo tampoco —confesé. Cerré los ojos con fuerza por haber dicho aquello, pero no había podido evitarlo.

Estaba ahí. Potente. Extremo. Incontrolable. El magnetismo que se creaba entre nosotros cuando estábamos próximos el uno al otro parecía de otro mundo.

Se mordió el labio y quise morir cuando mi bajo vientre me dio un latigazo de placer.

—Sigo sin saber cómo te llamas —le dije.

—Dani —me susurró muy cerca, aproximándose todavía más—. Sé que no quedamos en esto, pero...

Fue irremediable. Me lancé a sus labios como quien se lanza a un arroyo cuando la sed es desesperante. Saborear de nuevo su boca me insufló energía y era perturbador.

Feroz.

Voraz.

Sensual.

La forma de besar de Dani era completamente perfecta y me creaba una necesidad insólita, nueva para mí hasta el momento.

Agarró mis nalgas de nuevo, apretándolas con fuerza sobre mi falda de lápiz negra. Después subió una de sus manos hasta mi pelo y le quitó el lápiz con el que me había hecho aquel recogido improvisado, soltando mis rizos al aire y desperdigando el aroma de mi crema de peinado en aquel espacio reducido.

No tardó en meter la mano bajo mi falda y alcanzar mi sexo con los dedos.

—Estás empapada —susurró pegado a mi boca, introduciendo un dedo dentro de mí.

—Eres un descarado —le dije entre dientes, pero muerta de placer al tiempo.

Era el lugar, que me excitaba.

Era su mano, que me estaba llevando al límite.

Era él, que me estaba volviendo loca.

Mordió mi labio inferior de forma lenta y placentera y descubrí que me mataba cuando hacía eso, porque yo necesitaba más.

—Me moría por volver a verte —me dijo en voz bajita al tiempo que besaba mi cuello aquí y allá.

—No sabía cómo buscarte, ni siquiera tu nombre —le dije yo llevando mi mano hacia su entrepierna.

—Ahora ya lo sabes —me contestó.

Acto seguido liberó su entrepierna de mi mano.

—No es el lugar, déjame complacerte a ti.

Aquello me sorprendió. Los tíos el noventa por ciento de las veces no se preocupan por el disfrute de la mujer en las relaciones sexuales. Quizá Dani perteneciera a ese diez por ciento restante.

Volvió a comerme la boca y me dejé ir sin remedio, ahogando mis gemidos en sus labios.

Después, fuimos al baño juntos, yo debía volver a peinarme y demás tareas higiénicas que requería mi cuerpo; él quería lavarse las manos.

—Somos unos descerebrados —le dije una vez terminamos.

Sonrió de lado, macarra, socarrón. Menudo *chulazo*.

—Y lo dice la experta en locuras.

—Es mi lugar de trabajo —le contesté indignada.

—*Touché* —contestó levantando las palmas de las manos hacia mí.

—La función está a punto de acabar, pero esto —di dos golpecitos con mi dedo índice sobre su pecho de acero— no puede volver a pasar.

Volvió a reírse.

—Volvamos, pues.

—Eso. Además, nos debemos una conversación —dije recolocándome la falda.

—Pero antes...

Me atrajo hacia sí de nuevo, sin yo esperarlo y volvió a besarme.

—La despedida.
Me guiñó un ojo y nos volvimos a separar.

Capítulo 11

Él

—¿Podemos coger el cuento de *La Sirenita*? No quiero que nadie se lo lleve, papi —me preguntó Carmen cuando la función terminó.

Estaba muy emocionada, le había encantado.

—Claro.

Buscamos el cuento todo lo rápido que pudimos, pues Carmen tenía mucho miedo de que otro niño o niña se lo llevase.

Sofía se encargó de pasar el código de barras del cuento por el escáner para registrar la prestación en el ordenador. Contuve una carcajada, estaba realmente turbada y nerviosa, pero todo lo que había hecho, no lo había podido evitar.

La pelirroja para mí era una tentación demasiado grande.

Pegó una nota adhesiva dentro y me pregunté de qué iba aquello.

—Aquí lo tienes, pequeña —le dijo a Carmen cuando se lo tendió.

—¿Eres Ariel? —le preguntó Carmen con los ojitos brillantes.

Ella sonrió con dulzura, después me miró.

—Sí, he podido subir a la superficie.

—¿Lo ves, papá? Lo sabía —me dijo entonces mi niña, dándome la mano para salir de la biblioteca.

Sofía me miró e hizo un mohín encantador.

—Hasta luego —dijo Sofía, sonriente.

Carmen y María se despidieron de ella con la manita y yo la miré una última vez.

—Mira dentro del libro —pude leer en sus labios.

Asentí con la cabeza y le guiñé un ojo.

—¿Lo leerás esta noche con mamá? Vendrá a buscarte en un rato y llevará a María a casa —le dije a Carmen una vez hubimos llegado a mi apartamento.

La niña asintió sonriente y me dejó el cuento en las manos, yendo corriendo a jugar con María a su habitación.

Fue mi momento, abrí el cuento y observé aquella nota adhesiva. Había garabateado un número de teléfono y un “Tenemos que hablar”.

«Pues ya la hemos liado».

Tuve sentimientos encontrados en aquel instante. Por un lado, estaba contento de tener un medio con el que contactar con ella, aunque ya sabía dónde trabajaba.

No obstante, tampoco quería parecer ningún acosador, aunque estaba claro que, como me había escrito en aquella nota, nos debíamos una conversación, y más después de lo que acababa de pasar.

Pero, por el otro lado, me daba miedo aquella conversación. Como he dicho, no podría definir con exactitud qué era lo que me había pasado con Sofia, pero, desde luego, era algo fuerte.

Nerea no se demoró demasiado en llegar y, puesto que las niñas estaban muy entretenidas jugando en la habitación de Carmen, le ofrecí tomar una cerveza y charlar un poco.

Ella declinó el ofrecimiento, porque tenía que conducir, Nerea era muy responsable; aceptó un refresco, sin embargo.

—¿Qué tal lo han pasado las pequeñajas? —preguntó.

—Han disfrutado mucho, Carmen ha querido coger prestado de la biblioteca el cuento de La princesa pez, digo... *La Sirenita*.

Nerea soltó una carcajada y yo la imité. Éramos muy buenos amigos, ella era alguien esencial en mi vida.

—Quiere que esta noche se lo leas —añadí.

—Por descontado, ya sabes que me encanta que a Carmen le gusten tanto los cuentos. De mayor, estoy segura, será una gran lectora.

—Lo tengo claro —contesté para dar un trago a mi cerveza un instante después.

—¿Qué hay de ti?

Carraspeé.

—¿De mí?

—Querías hablar, ¿no?

—Sí, sí. Lo cierto es que me ha pasado algo... muy loco, Rubia.

Ella se sorprendió.

—¿Cómo que algo muy loco? ¿Cómo de loco? No me asustes.

Resoplé y me froté la cara con la mano, sin saber muy bien por dónde empezar.

—Es sobre esa chica, ¿verdad? Nacho me contó que te fuiste con una chica la última vez que salisteis hace dos semanas y que fue muy bien.

—Joder, Nacho...

Nerea se rio.

—No se lo tengas en cuenta, me lo cuenta todo.

Puse los ojos en blanco. Todavía me costaba un poco aceptar en algunas ocasiones que mi ex pareja estaba saliendo con uno de mis mejores amigos, pero era algo que sabía que debía normalizar, por la salud mental de todos y el bienestar de Nerea y Carmen.

A eso me refiero con el rollo de querer bien y de forma sana, Nerea no era para mí, pero sí parecía ser para Nacho. Se entendían, se querían, se complementaban, y eso los hacía felices por muy mal que me lo tomara al principio.

—¿Qué pasa con ella?

—¿Crees en los flechazos? —le pregunté directamente.

Ella suspiró, seguramente estaba pensando la respuesta. Aunque, anda que yo, a quién había ido a preguntarle acerca de flechazos...

—Claro que creo en los flechazos. El amor... puede ser sorprendente.

—No, no, yo no he hablado de amor. Estoy harto de que todos os emperréis con que me comprometa con alguien ya. Yo necesitaba primero quererme a mí mismo un tiempo, curar mi corazón desde lo tuyo con Nacho.

Ella hizo una mueca.

—No te lo tomes a mal —le dije acercando mi mano a la suya.

—No, no —dijo ella levantando las manos y moviéndolas en el aire—, es la realidad. No lo

puedo negar y, si me lo tomo a mal, sería una cínica, tú también tienes sentimientos.

—Por supuesto que los tengo —le dije un poco ofendido.

—Solo queremos que pases página.

—Bueno, entiendo que queráis que haga eso porque de algún modo os sentís un poco culpables.

Ella arrugó el ceño, me miró, pero no dijo nada.

—Lo siento, Rubia, estoy... La verdad es que estoy nervioso. No sé qué me pasa. El caso es que Sofía...

—Sofía es la chica —dijo omitiendo todo lo demás.

Asentí con la cabeza.

—Ya sé dónde trabaja, justo en la biblioteca donde hemos ido esta tarde.

—¿De verdad? ¡Menuda coincidencia! Eso es el destino, cabezón. Son señales. Y, si no, pregúntale a Alejandra y Víctor, ellos saben mucho de eso.

—Me ha dejado esta nota adhesiva pegada en el cuento que se ha traído Carmen —le dije sacando mi cartera del bolsillo del pantalón, donde la había guardado rato antes.

Nerea la cogió entre sus dedos y leyó la caligrafía de Sofía.

—¿De qué querrá hablar?

Me encogí de hombros.

—No lo sé. Bueno... supongo que será para aclarar las cosas. En fin, el trato era que pasábamos un buen rato y después no volvíamos a vernos más.

Nerea sonrió.

—¿Pero?

—Pero se nos está yendo de las manos. Ha sido encontrarnos y... Joder, Rubia, no hemos podido evitar, ahí en un rincón de la biblioteca...

Me llevé las manos a la cabeza, pensativo.

Nerea abrió mucho los ojos, sorprendida.

—Estás de coña, imagino.

—No, tía, no estoy de coña para nada.

Se levantó acto seguido, la nota adhesiva todavía entre sus dedos.

Después la escuché reírse y la miré. Ella me devolvió la mirada también.

—Pero ¿por qué eres tan guarro? —me preguntó entre risas.

—Déjame —le dije levantándome y estirándole de la coleta de forma cariñosa.

—Mamá, ¿el papi no se lava? —preguntó Carmen entonces, que había aparecido como un duendecillo de la nada.

—¿Por qué dices eso?

—Como dices que es guarro —dijo encogiéndose de hombros.

Rompimos a reír de nuevo.

—Carmencita, guapa, el papi está más limpio que un jaspe.

—¿Qué es un chasque?

Me reí de nuevo.

—Jaspe, Carmen, jaspe.

—Anda, chicas, nos vamos —dijo Nerea cogiendo las chaquetas finas de las niñas. — María, te llevaré a casa. Y tú —añadió mirándome a mí de nuevo —toma esto y habla con ella. Aclara las cosas, es importante, te estás volviendo tonto.

—¿Y qué quieres que haga?

—Decidir, Dani. Decide lo que te apetece hacer en este momento según lo que sientas.

—Siento muchas cosas, Nerea.

«Con ella siento más de lo que me gustaría».

—Mamá, ¿papi está intenso?

Nerea miró a mi hija con una sonrisa, después me miró de nuevo y alzó las cejitas repetidas veces, haciéndose la interesante.

—Entonces siente, y deja de preocuparte de si estás preparado o no.

Asentí con la cabeza, no muy convencido.

«Que sienta, dice. No he dejado de hacerlo desde que la llevé a ver las estrellas».

Capítulo 12

Ella

Una conversación.

Un diálogo en el que aclarar nuestra situación. Sí, nuestra. De los dos. De Dani y de Sofía.

Nuestra.

Dani.

Joder, con Dani.

Joder, con sus besos, con sus manos sobre mi falda, apretando mi cuerpo, mojándome entera, con su dedo dentro de mí.

Joder, joder y joder, que hice aquella locura durante mis horas laborales, en un sitio público, concretamente mi puesto de trabajo.

¿Desde cuándo hacía ese tipo de cosas, ese tipo de tonterías absurdas que ni siquiera pensaba hasta que ya las había hecho?

Desde que lo había conocido, por supuesto. Así que todo era culpa suya, del muy maldito, que era irresistible.

Aquella noche recibí un mensaje suyo, le había dejado mi número de teléfono en aquella nota adhesiva de color amarillo chillón, de ese que duele mirarlo.

Me mordí el labio cuando lo leí, porque incluso a través de sus palabras conseguía erizarme la piel.

—¿Qué haces? ¿Estás teniendo un orgasmo silencioso y no me he enterado? —me preguntó mi hermano Cris.

Me sobresalté, claro, porque ahí estaba yo toda calentorra recreando en mi cabeza el tórrido momento que habíamos vivido en la biblioteca.

Di un respingo sobre mí misma, sentada en un taburete de la barra americana de la cocina, y trastabillé. Casi me caigo, esa es la verdad.

Cris reprimió una carcajada.

—¿Qué te pasa?

—¿Qué te pasa a ti? ¡Me has asustado! ¿Eres tonto o qué? —le reprendí malhumorada y avergonzada a partes iguales.

—Eh, tranquilita. ¿Qué ocurre?

—Nada, joder...—murmuré por lo bajo.

En el fondo tengo que admitir que por muy tonta que me pusiera el estúpido de Dani, también conseguía que me enfadase conmigo misma por no saber controlar el vuelo de sentimientos que se estaba alzando en mi interior.

Sensaciones desconocidas para mí hasta el momento que acabarían por volverme loca si no comenzaba a ponerles nombre a la de ya.

Pero ¿cómo? ¿Cómo podía bautizar sentimientos que nunca había sentido? ¿Cómo saber cuáles

eran?

Sí me notaba distinta, claro, pero de ahí a saber qué sentía, pues...

—¿Estás bien, Sofía?

Suspiré.

—Sí, solo... Oye, Cris, ¿cómo es enamorarse?

Él parpadeó varias veces, seguramente anonadado por aquella pregunta que, desde luego, por mi parte, jamás se esperaría o, al menos, no en aquel momento.

—¿Disculpa?

—Olvídalo, no importa —le dije haciendo una mueca con la intención de quitarle importancia, no fuera a preguntar más de lo debido y tuviera que dar explicaciones.

Desde luego, si es que ¿quién me mandaría a mí preguntar ese tipo de cosas? Y a Cristóbal, encima.

Si es que de verdad.

—No, no. Además, anda que preguntarme a mí acerca del amor —dijo poniendo los ojos en blanco.

Debíamos tener algún gen atrofiado, porque Cris tampoco solía tener pareja estable.

—¿Nunca te has enamorado? —le pregunté.

Dejó la mochila de deporte, pues venía de dar sus clases de pádel, sobre el suelo, y después se sentó frente a mí, en el otro taburete que acompañaba la barra americana de la cocina.

—¿Yo? —preguntó suspirando.

Le contesté con un asentimiento de cabeza.

—No.

—¿Por qué? —pregunté extrañada, aunque yo tampoco lo hubiera hecho.

Se rascó apenas unos segundos la frente, después volvió a mirarme.

—Sabes que soy inestable. Es decir, voy de aquí para allá. Nómada, no tengo un lugar fijo.

Volví a asentir con la cabeza; era cierto. Cristóbal no paraba quieto. Siempre estaba viajando de mochilero o haciendo voluntariados.

Era su modo de vida, apenas gastaba dinero en nada porque lo guardaba para sus viajes y los voluntariados. Bueno, para eso y para sus chismes de escalada.

Por supuesto, había tenido sus ligues y sus historias, pero nada más allá de eso, jamás una relación seria.

Pues tenía razón, no sé por qué le había preguntado a él semejante cosa.

—Sí, lo sé, pero, entonces, ¿huyes de él?

—¿De quién? —preguntó al tiempo que abría una lata de bebida isotónica.

—¿De quién va a ser? ¡Del amor! —exclamé como si aquello fuera lo más obvio del mundo.

—Joder, Sofi, estás diciendo unas cosas muy extrañas. No, no huyo del amor, ni de nadie, tan solo no lo busco. No es lo que entra en mis planes ahora.

«Tampoco entraba en los míos y mira por dónde ha salido», pensé, pero no lo dije.

—Dicen que no se busca, que aparece cuando tiene que aparecer —añadí, por el contrario.

Cris asintió.

—Y seguramente sea cierto, pero no me apetece descubrirlo en estos momentos de mi vida. ¿Por qué me lo has preguntado? ¿Acaso tú...?

—No, no. Solo... ¿qué crees que se sentirá? —le pregunté con la mirada perdida y una sonrisa bobalicona en mis labios. Modo soñadora total, oiga.

Cris arrugó el ceño, apuró lo que quedaba de líquido en la lata de un trago y se puso de pie.

—Pues... ¡Yo qué sé! Mariposas o algo de eso, ¿no?

—Mariposas —repetí como un autómata.

Cris me miró y resopló.

—Estás chalada, hermana.

Se marchó y volví a quedarme sola. Centré de nuevo mi atención en el teléfono móvil y concerté una cita con Dani para el sábado; tenía que aclarar aquello cuanto antes.

La chaqueta vaquera es una de esas prendas perfectas para el entretiempo. Me abroché los dos últimos botones de abajo y apreté un poco el paso, pues las piernas de Dani eran más largas que las mías y su zancada más grande.

Habíamos quedado en dar un paseo por El Retiro. Me encantaba aquel lugar, era como un remanso de paz en el que escapar de todo el bullicio del centro de Madrid, como un núcleo de vegetación y aire limpio y puro al que siempre podías acudir cuando necesitabas la tranquilidad que el centro de la ciudad no podía darte.

Gente haciendo footing o yoga en las zonas de césped, niños corriendo y jugando, gente paseando y sentada en los bancos leyendo un libro...

Cualquier actividad era compatible con el espacio verde.

Cuando Dani me vio llegar, no nos saludamos con demasiada parafernalia, apenas dos besos de forma avergonzada, pero con una sonrisa feliz en nuestras bocas.

Era extraño, nosotros habíamos empezado la casa por el tejado, habíamos hecho el camino de forma contraria a como empieza la gente a conocerse, ¿verdad?

Nos habíamos descubierto el cuerpo, lo físico, todo aquello que nos excitaba. Nos conocíamos en ese ámbito como si lleváramos años descubriéndonos, aunque pudiera parecer algo de locos.

Sin embargo, en el terreno de lo emocional, seguíamos siendo desconocidos, a pesar de que hubiéramos hablado durante horas aquella noche.

Como bien dijo él en su coche, cuando la oscuridad nos envolvía, bien podía ser un psicópata, que yo estaba tan tranquila.

O bien podía serlo yo, que también podía ser probable.

—Vas a reñirme, ¿verdad? —me preguntó entonces, poniendo cara de niño bueno.

Sonreí, no lo pude evitar.

—Lo cierto es que debería. Me provocaste, y era mi lugar de trabajo.

—¿Que te provoqué? ¿Yo?

—Sí, tú —le dije toda digna.

—Di, más bien, que nos provocamos. O, bueno, es que realmente no pienso que nos provocáramos, la verdad —dijo de forma sincera.

—¿No?

—No.

—¿Entonces?

Lo escuché suspirar, ya que no lo estaba mirando porque tenía la vista fija en mis zapatillas.

Paró en seco y me miró fijamente. Yo hice lo mismo.

—¿Qué? —insistí al ver que no decía nada.

¿Por qué no decía nada? Me estaba poniendo más nerviosa de lo que había acudido a aquel encuentro.

—Eso pasó porque tenía que pasar —dijo entonces emprendiendo de nuevo el camino.

Arqueeé una ceja.

—¿Tanto drama para esto? —le pregunté.

—¿Drama? —dijo él un poco ofendido.

—Sí, drama. Menuda mierda de frase, Dani. “Eso pasó porque tenía que pasar” —le imité poniendo mi voz más grave, algo que le hizo reír.

—Eres pava.

—Sí, soy pava, pero te gusto —le dije sin pensar.

«Y tú me gustas a mí».

Volvió a parar en seco.

—¿Vas a hacer eso todo el rato?

—Eso... eso no es verdad... —dijo volviendo a caminar, un poco nervioso.

—Oye, ¿por qué te pones así? Se supone que hemos quedado para tener una conversación adulta y civilizada —le recordé sonando sin querer un poco repelente—. Para, jolín.

Agarré su brazo de forma suave y conseguí que se girara hacia mí. Me percaté entonces de los dos aritos que colgaban de una de sus orejas, teniendo uno de ellos un pequeño colgante de una luna plateada.

Suspiró y me pareció el ser más guapo del universo en aquel momento. No sé por qué, pero su nerviosismo y su casi vulnerabilidad palpable me hicieron verlo más atractivo todavía.

—No te gusto —dije. Y no fue una pregunta, sino una afirmación.

Casi me entristeció por alguna razón decirlo en voz alta.

—Yo no he dicho eso —dijo él.

—Pero te da miedo reconocerlo en voz alta.

Arrugó el ceño.

—¿Por qué dices eso?

—Porque es justo lo que me pasa a mí contigo —contesté para después intentar tragar una saliva que no tenía, pues la boca se me había quedado seca.

Capítulo 13

Él

Ahí sí que me quedé completamente mudo. Había reconocido, sin hacerlo realmente, que le gustaba. Sofía había dicho entre líneas, que sentía algo.

No, no, no. Aquello no podía suceder.

—¿Cómo dices? —pregunté para ganar tiempo.

—No me hagas repetirlo. Ven, sentémonos, esto es nuevo para mí y me tiemblan hasta las piernas.

La seguí hacia un banquito y me senté a su lado.

—Esto no debería estar sucediendo —dije entonces.

Ella suspiró.

—Lo sé, pero, no se elige, o eso dicen. No sé, no soy la más indicada para hablar, la verdad.

La miré, pero no dije nada. Entonces ella hizo una mueca y añadió:

—Nunca me he enamorado, lo sabes. Así que no sé lo que se siente. Pero tú, sí, ¿verdad?

Asentí.

Por supuesto que sabía lo que se sentía; además, todavía me estaba recuperando de los efectos secundarios de la vez anterior.

—Se nos ha ido de las manos. Este no era el trato.

Asentí con la cabeza otra vez, tenía toda la razón del mundo, nadie se lo podía negar. Se nos había ido completamente de las manos.

Ambos teníamos razones de peso para no querer ir más allá entre nosotros, de ahí a que pactáramos que una noche loca podía tenerla cualquiera, pero que después de aquello, jamás volveríamos a mantener contacto.

—Pero creo que —carraspeé— todavía estamos a tiempo de poder controlarlo.

—¿Tú crees? Es que, joder, te prometo que lo haría fatal. Nunca he estado en una relación, ni corta ni larga. Me estoy sintiendo tan rara...

—Lo creo. Además, yo no estoy preparado para nada más allá que un par de polvos.

Asintió con la cabeza.

—Lo sé.

—Pero, para eso, hemos de ser sinceros el uno con el otro en cuanto a lo que sentimos y, sobretodo, pelirroja, con nosotros mismos.

—¿Qué quieres decir?

—Que me digas lo que sientes.

Ella arqueó una ceja, no la veía yo demasiado dispuesta a abrirse ante mí, sentimentalmente hablando.

—No sé lo que siento, Dani —me dijo tristemente—. No sé cómo catalogarlo. Solo... solo sé que —tragó saliva— me encantaría verte cada día y pasar todo el tiempo posible contigo. Eso y

que me pones muy burraca, tío.

Solté una carcajada que me salió del alma. Sofia era así, la iba conociendo poco a poco y era muy de extremos. A veces podía ser dulce y delicada, y otras soltaba las cosas así, a bocajarro, aunque te cayeran como un jarro de agua fría en la cabeza.

Era así para todo, y era algo que me gustaba mucho de ella.

—Yo no te he podido sacar de mi cabeza desde que te conocí, desde que me convenciste para marcharme de aquel pub y llevarte a ver las estrellas —le confesé sonriendo.

—¿Crees que es amor? —me preguntó asustada, pero ambos estábamos tomándonos a coña todo aquello, éramos adultos y, pese a que ella dijera que jamás se había enamorado, estaba seguro de que sabría cuándo sí, llegado el momento.

Me encogí de hombros.

—Eso solo puedes saberlo tú, nena —le contesté.

Ella asintió con la cabeza, aunque estaba seguro de que la conversación que estábamos teniendo no la dejaba más tranquila.

—¿Para qué querías que nos dijéramos lo que sentíamos? —preguntó entonces.

—Para tenerlo claro —le contesté sin más.

—Oh —dijo ella pareciendo decepcionada.

—Para estar seguros de que podemos ser amigos y no complicarnos la vida. Ni tú lidiar con sentimientos que nunca has sentido, ni yo enfrentarme a un nuevo enamoramiento. Mi corazón necesita descansar.

Un latido.

Dos latidos.

—Ajá.

Un pequeño vuelco. No, la verdad es que él no estaba de acuerdo en las palabras que acababa de decirle a Sofia.

Y no, no estaba preparado para un nuevo enamoramiento, lo más seguro es que no. Pero él ya sabía que era demasiado tarde para ser amigos, sin embargo.

Por supuesto, yo estaba casi convencido de que podía controlar mis instintos y mis sentimientos con Sofia.

Iluso de mí.

Animalico.

—¿Tú crees que es factible? —le pregunté.

Pareció meditarlo un momento, hasta que finalmente, dijo:

—Creo que sí.

—Perfecto, entonces. Tomemos una cerveza —le dije levantándome del banco.

—Oh, sí, por favor. Necesito liberar tensiones —dijo ella moviendo el cuello a un lado y a otro, como si una piedra se hubiera apostado en sus cervicales y estuviera tensa.

—Si quieres, puedo quitártelas yo —le dije. Después le guiñé un ojo, chulito.

Ella me miró, seria.

—Así no vamos, ¿eh? Así, no.

Solté una carcajada y la contagié.

—Tienes razón, princesa.

—¿Ahora soy una princesa?

—Ajá, no todas las princesas llevan corona.

Una cerveza, dos, tres, y la dirección de su casa. Yo quería llevarla a *Eclipse*, un pub del que

sabía que su especialidad era la música de los ochenta y que estaba ubicado cerca del centro, ella quería cambiarse de ropa y ponerse algo más apropiado.

—¿Quieres subir? —me preguntó mientras se desabrochaba el cinturón de seguridad, una vez paré el coche frente a su portería.

Una proposición indecente si lo piensas, pero decliné la oferta. Necesitaba pensar, por lo que la esperaría en el coche.

—Te espero aquí.

—Vale —dijo asintiendo con la cabeza —, no tardaré.

Sonrió y cerró la puerta del copiloto tras bajar del coche.

Se marchó y me quedé solo, escuchando la canción que sonaba en aquel momento en la radio del coche.

Tú no eres mía, yo tampoco soy tuyo, todo se queda en la cama, al amor yo le huyo.

Suspiré, dando pequeños golpecitos con el puño sobre el volante, pensando en todo lo que habíamos hablado Sofía y yo.

Quizá me estaba auto engañando y no podía ya verla como una amiga. La atracción que sentía hacia ella, el pensarla a cada hora, no era cosa de amigos, pero al menos quería intentarlo.

Aunque no lo consiguiera.

Aunque cayera de nuevo entre sus brazos más pronto que tarde.

Tal y como había prometido, Sofía no tardó en bajar, impresionantemente guapa.

Se había pintado los labios de rojo y había cambiado su chaqueta vaquera por una negra de cuero. Apenas un top tapaba su precioso cuerpo.

Tragué saliva.

Su pelo de fuego cayó sobre su pecho cuando volvió a subir al coche y cogió el cinturón de seguridad para abrocharlo.

Contuve el aliento.

—¿Listo? —me preguntó sonriendo, enseñando sus blancos dientes.

Asentí con la cabeza, sonriendo.

—¡Genial! Lléveme usted, mi príncipe —dijo haciendo una reverencia, la muy tontita.

Me reí y arranqué el motor del coche, dispuesto a transportarla a los ochenta, musicalmente hablando.

Lo que no sabía, es que para mí aquello sería una tortura, y no precisamente porque lo pasara mal.

Capítulo 14

Ella

Un nuevo pacto o, bueno, un intento de pacto entre Dani y yo: el de ser amigos.

Ja, ja, ja.

Me reía yo de eso, la verdad. ¿Acaso yo era la única que se daba cuenta del magnetismo que había entre nosotros?

Seguro que no, Dani era de todo menos estúpido, por lo que, lo que yo creía es que estaba tan acojonado de volver a enamorarse como yo de hacerlo por primera vez.

Pues vaya cosa.

Quien no tiene problemas se los busca, esa es la verdad.

Él quería llevarme a aquel pub de música de los ochenta del que me había hablado desde que nos habíamos conocido, yo me quería cambiar de ropa, pero una vez lo hube hecho y me vi con él en el interior de aquel lugar, aluciné.

Las luces de neón que bailaban de aquí a allá nos impactaban suavemente en la cara, y las letras de los Hombre G penetraban nuestros tímpanos.

—¿Qué quieres beber? —me preguntó al oído, haciéndose escuchar por encima de la música.

—¿Tú vas a beber esta noche?

Se encogió de hombros.

—Mañana es domingo y no trabajo, no importa si tengo que volver a por el coche por la mañana.

—Entonces, acompáñame —le dije guiñándole un ojo.

Llegamos a la barra y esperamos un poco a que la camarera, ataviada a la moda de los ochenta, cosa que no me sorprendió en absoluto y que esperaba, terminara de atender a un par de chicas un poco más allá.

—¿Has probado el tequila de fresa? —le pregunté a Dani entonces.

Él negó con la cabeza.

—¿En serio? Qué poco sabes de la vida.

Él puso los ojos en blanco, divertido.

—Claro, tú sabes más, siempre estás rodeada de libros, Doña Sabionda —me dijo en tono burlón.

Me reí por su tontería y entonces vi acercarse a la chica.

—¡Hola! —nos saludó—. Ey, me encanta tu pelo. ¿Qué pongo por aquí?

—Ay, muchas gracias —le contesté sonriendo—. ¿Puedes creerte que este chico de aquí no ha probado el tequila de fresa?

La camarera ahogó un grito, siguiéndome el rollo, y se llevó una de las manos al pecho con fingida aflicción.

—¡No! Esto ha de remediarse en seguida —dijo la simpática muchacha buscando dos vasos de

chupito que no tardó en llenar con aquel cremoso líquido de color rosa.

—¿Esto está bueno? —me preguntó Dani cuando tuvimos delante los vasos, esperando el tequila a ser bebido por nosotros.

—¿Que si está bueno? Pruébalo, pruébalo y me cuentas —le dije riéndome.

Aquella bebida me encantaba, era muy suavcita y entraba de lujo, con un par de chupitos o tres estaba servida para toda la noche, no me gustaba beber demasiado.

—Venga, juntos —me animó Dani cogiendo su vaso.

Nos miramos y sonreímos antes de bebernos el tequila.

Canelita en rama, nena. Deberías probarlo.

Uno más, y dos, y la risa floja no tardó en aparecer.

Nos fuimos al medio de la pista, *Devuélveme a mi chica* de Hombre G rebotaba en los altavoces.

Dani, que no solía escuchar música de los ochenta, se lo pasó como un enano, aunque ¿quién no conoce *Devuélveme a mi chica*?

—¡Cuando se besan lo paso fatal! —cantamos los dos a voz en grito, simulando que nuestros puños cerrados eran un micrófono.

Y cuando llegó el estribillo, justo en el *Sufre, mamón, devuélveme a mi chica*, Dani me dio una vuelta sobre mí misma, agarrándome de la mano, y me pegó más a él.

Estaba disfrutando, estaba disfrutando como hacía mucho tiempo, y eso no se podía pagar con nada.

En aquellos momentos poco me importó si lo que sentía se llamaba amor o no, o si realmente me estaba enamorando y me consideraba inexperta en el terreno, simplemente me limité a disfrutar a su lado y bailar hasta no poder más.

Maquillaje de Mecano, y un par de canciones de Loquillo después, salimos del local a que Dani fumara un cigarrillo.

—¿Quieres uno?

Negué con la cabeza.

—No he fumado nunca —le contesté apoyándome en la pared y respirando el aire puro del exterior.

Bueno, puro, estábamos en Madrid y ya sabes: contaminación a punta pala con tanto coche.

—Lo mejor que puedes hacer —me dijo sonriendo, con el pitillo ya en la boca.

Le di un pequeño puñetacito cariñoso en el brazo.

—Pues no has tardado en ofrecerme.

—Educación, más que nada —me contestó.

Puse los ojos en blanco y apoyé la cabeza en su hombro.

—Me lo estoy pasando increíble —le confesé mientras él, con un pie apoyado en la pared, fumaba tranquilo, mirando al infinito, a pesar de que había algunos transeúntes recorriendo aquella zona.

Acarició mi cabeza con su mejilla de forma casi involuntaria. Era todo tan extraño.

Aquellos gestos de cariño que nacían desde el pecho incontrolablemente, como si tuviéramos toda la confianza del mundo, como si nos conociéramos desde años atrás.

—Yo también.

—A ti no te gusta la música de los ochenta —le recordé alzando la vista para mirarle directamente a la cara.

Me devolvió la mirada y dijo:

—No, me gustas tú.

—Joder, Daniel, el trato.

—¿Cuál de los dos? —me preguntó chulito.

—Yo qué sé.

Claro, y yo qué sabía, yo ya no sabía nada, yo ya solo sabía que quería pasar tiempo a su lado, que me lo pasaba teta cuando estábamos juntos y que ojalá más noches ochenteras bailando a su vera.

Pero no sabía nada de pactos ni de tratos ni de nada, porque cada vez que hacíamos uno, lo quebrantábamos.

—¿Te das cuenta de que no hacemos más que romper los tratos? —le pregunté entonces.

—Me he percatado, sí.

Suspiré al tiempo que me ponía frente a él, estirando los brazos hacia arriba.

—Somos un desastre —le dije resoplando.

—Lo somos —admitió él, mirándome de frente.

—¿Soluciones? —pregunté mordiéndome el labio inferior.

Se encogió de hombros, eso me ponía nerviosa. No sé si sería él el más sensato de los dos, pero, desde luego, más idea del amor que yo, tenía. Por eso el hecho de que se encogiera los hombros y no supiera qué hacer, me estresaba.

—Ninguna si te muerdes el labio así —dijo al tiempo que cogía mi mano con la suya para atraerme hacia él.

—Así, ¿cómo?

Volvimos a estar muy cerca, casi pegados.

—¿Sabes que alguien que se muerde el labio es porque tiene ganas de dar un beso?

La mezcla del tabaco y su perfume llegó a mis fosas nasales.

—¿En serio? ¿De dónde has sacado esa chorrada? —mentí.

Porque era cierto, completamente cierto, me moría por besarlo a pesar del trato de ser amigos, de no ir más allá porque se nos había ido de las manos, pero ¿y qué?

—¿Y tú eres la que devora literatura romántica? ¿Dónde está tu romanticismo ahora mismo?

—No me pongas nerviosa —le pedí con las piernas, de pronto, como flanes.

Pero ¿qué me hacía ese chico?

—¿Te pongo nerviosa, Sofía? —me preguntó con un ronroneo.

—Mejor, vamos a bailar.

—No has contestado a mi pregunta —dijo un poco serio.

—¿De qué va todo esto, Dani? ¿De qué vas tú? No, mejor, ¿de qué vamos los dos? —le pregunté seria, aunque sin acritud.

El tragó saliva.

—Va de que me he dado cuenta de que no voy a poder.

—¿El qué no vas a poder? —le pregunté, aunque sabía perfectamente a lo que se refería.

Dani no iba a poder ser mi amigo, al igual que yo tampoco podía verle de aquel modo, más que nada, porque era la persona con la que más atracción había tenido en mi vida.

Chasqueó la lengua contra su paladar.

—Tenerte delante y... —me atrajo más hacia él, pues me había separado un poco — no hacer esto, por ejemplo —dijo deslizando su mano por mis piernas.

Un escalofrío me recorrió todo el cuerpo, incluso cerré los ojos, dejándome guiar por aquella sensación que me afectaba desde la cabeza hasta los pies.

Tragué saliva, abrí los ojos. Ahí estaba, mirándome, mordiéndome su labio, provocativo. Una de sus paletas blancas asomando entre la jugosidad de su boca.

—¿Qué más?

—¿Me estás pidiendo más, pelirroja? Sabes que no podré volver atrás si continúo.

Asentí con la cabeza, aunque lo que más deseaba era suplicarle que me besara de una maldita vez y que me empalara, si era necesario, en el baño del pub.

Subió sus manos hasta mi cintura, pasándolas suavemente por mis glúteos y haciendo que un latigazo de placer golpeará mi vértice.

Me acercó todavía más a él, cayendo yo un tanto hacia delante.

Juntamos nuestras narices, piel con piel. Cerré los ojos.

—Hemos sido idiotas, solo deberíamos preocuparnos de una cosa.

—¿De qué?

—De sentir.

Mi pelo cayó hacia un lado, él no tardó en acercar su boca a la mía.

Su sabor... Ahí estaba, ese que para mí se estaba convirtiendo en familiar. El que tanto me agradaba a pesar de que hubiera fumado unos minutos antes.

Sus labios carnosos, su forma voraz de besar, pero tierna al tiempo.

Dani era pasional en ese terreno, de eso ya había podido cerciorarme.

Le correspondí, por supuesto.

Y mordió y atrapó mis labios entre los suyos.

Y su lengua exploró mi boca.

Y yo me sentí derretir.

A quién le importa, de Alaska. Aquella fue una de las canciones que más disfrutamos aquella noche, nos llenó los pulmones de aire cuando la cantamos a pleno grito, como si quisiéramos que nuestra voz sonase por encima de los muchos decibelios a los que sonaban los altavoces.

Dhuncan Du, La Unión, Nacha Pop, Miguel Bosé, Radio Futura, Los Secretos, Seguridad Social.

Aquella noche, desde luego, fue una de las mejores de mi vida.

Y no me importaba lo que vendría después. Como había dicho Dani, lo importante era sentir.

Capítulo 15

Él

Churros con chocolate. La nariz de Sofía manchada de cacao por mi culpa.

Su boca abierta soltando aquella carcajada que le nacía de dentro, persiguiéndome, recorriendo las calles de Madrid, riéndonos, trastabillando de vez en cuando y volviéndonos a reír.

Qué fácil era todo cuando te dejabas llevar, ¿verdad?

Ahora imagínate esa escena a cámara lenta. Su pelo suelto ondeando al viento mientras corría, yo con el corazón en la garganta de anticipación y nervios por aquel juego inocente.

Llegó a mí y la cogí entre mis brazos, levantándola del suelo.

Dimos algunas vueltas sobre nosotros mismos, su risa haciendo eco en aquella calle vacía.

—¡Voy a echar la pota! —exclamó entre carcajadas.

—No me jodas, tía. Y yo que quería comerte la boca ahora mismo —le dije después de haber parado, mientras recuperaba el aliento.

—Has parado —me dijo. A continuación, le dio un bocadito a la punta de su churro.

Puse los ojos en blanco y la rodeé con mi brazo mientras caminábamos más despacio ahora.

—¿Vamos a mi casa? —le pregunté.

No pensé en ello, la verdad. Aquella pregunta me salió sola y no pude evitar formularla.

Ella paró en seco entonces, y me miró.

La miré.

Nos miramos.

—Solo si tú quieres —añadí entonces.

Ella sonrió y vi algo en sus ojos que en ese momento no supe identificar, pero que más tarde descubriría que era amor.

Le brillaban. Le brillaban y ni siquiera era consciente de ello.

Entonces rodeó mi cuello con sus brazos y nos quedamos cara a cara, cerca. Puse mis manos en su cintura.

—Claro que quiero. Dudo que seas un psicópata —dijo reprimiendo una carcajada.

Le di tres besitos castos seguidos en su preciosa boca.

—No, no lo soy. Aun así, haría todo lo posible por no hacerte daño nunca —le dije muy en serio, con una sonrisa.

Entonces ella restregó su nariz contra la mía, en un besito de gnomo.

Supe que estaba perdido, perdido entre todo lo que me hacía sentir.

Sus manos recorrieron la piel de mi torso, mis brazos y mi abdomen.

Yo tumbado sobre mi cama, ella sobre mí, con tan solo unas braguitas vistiendo su cuerpo.

Su alma sobre la mía, sin darnos cuenta, cada vez que nos besábamos y nos tocábamos.

Su piel suave recibía con ganas mis caricias, y su cuerpo, hambriento de mí, me acogía con premura.

Introduje en su interior dos de mis dedos mientras la besaba y me tragué sus gemidos.

No tardé en saborear su centro, tan jugoso y apetitoso, preparado para mí, para nosotros juntos, para unirnos en uno.

Sus pliegues aceptaban mi lengua con gusto y Sofía apretaba las sábanas en un puño.

Coloqué el preservativo un rato más tarde, me colé dentro de ella y apreté sus manos con las mías, una a cada lado de su cabeza.

Su pelo rojo desparramado por la almohada, mis empujadas haciéndola suspirar, haciéndome disfrutar.

—No pares —me pidió en un jadeo.

¿Cómo iba a parar yo? Si me moría por regalarle el cielo, si hacerla gozar era para mí un mandamiento casi religioso.

Si moriría por despertarme todos los días a su lado.

Sofía me había vuelto loco en todos los sentidos, y sé que ya no tenía salida, no tenía cura para lo que había hecho en el centro de mi pecho.

Mi corazón tendría que apañarse con los sentimientos que iba despertando la chica pelirroja.

—¿Te gusta así? —le pregunté hundiendo la cara en su cuello.

Ella elevó las piernas hasta entrelazarlas detrás de mi espalda.

Coloqué las palmas de mis manos bajo sus nalgas, proporcionándome esa postura más facilidad para entrar en ella.

—Me encanta —me confesó al oído.

Aumenté el ritmo de mis empujones y ella el de sus gemidos. Jadeaba en su oído, sudando de amor y excitación por ella.

—Me voy —la avisé.

—Y yo contigo.

Y aquello fue la gota que colmó mi vaso.

Los primeros rayos del sol, mortecinos entre un cielo de nubes violáceas, iluminaron un tanto mi habitación.

Abrí un ojo, el otro guiñado, todavía con sueño. Me los froté con una mano, pues la otra la tenía muy ocupada en pasarla por encima del cuerpo de Sofía que, desnudo y enredado entre las sábanas de mi cama, descansaba sobre mi pecho.

Hice circulitos con mi dedo índice sobre la piel de su hombro y ella gimió un poquito.

Sonreí y besé su cabeza.

—Buenos días —le susurré.

Ella gimió de nuevo y se apartó de mí para darse la vuelta y darme la espalda.

—¿Resaca?

—No, sueño —dijo con un deje de mal humor en la voz.

Me reí un poquito y me levanté.

—Es prontísimo —comenté levantándome y descorriendo las cortinas de la ventana del dormitorio.

Completamente desnudo. ¿Cuánto tiempo hacía que no me levantaba así?

Y no me refiero a con el cuerpo desnudo, sino con la plenitud de estar haciendo lo que sentía.

Mucho, desde luego.

—Por eso, por eso —dijo con la voz pastosa.
—¿Tienes hambre?
—Ajá.

Un café cargado con tostadas. Y fue el mejor desayuno en mucho tiempo, sobre todo por haberlo ingerido con Sofía sentada sobre mis rodillas, con tan solo sus braguitas y mi camiseta de manga corta blanca.

Entonces, al terminar, me apeteció hacer algo de forma imperiosa, algo que me haría vivir aquel momento mágico más todavía.

Cogí mi guitarra española, con la que a veces practicaba canciones de mis cantantes favoritos.

Por supuesto, no me consideraba un profesional ni mucho menos, pero era un hobby que me gustaba mucho.

Mataba mi aburrimiento y me entretenía al tiempo que me distraía y calmaba mis nervios en mis días malos.

—¿Qué vas a hacer? —me preguntó Sofía, sentándose en el sofá del salón, descalza, con una pierna sobre el asiento y la otra colgando hacia el suelo.

Hizo un semirrecogido en su cabello con una goma elástica y me miró volver con la guitarra.

Me senté sobre el sillón, con tan solo un pantalón de paño liviano como vestimenta, y la afiné.

—¿Tocas la guitarra?

Entonces me humedecí los labios con la lengua, la miré y le guiñé un ojo.

Quiero, de Álvaro de Luna, porque describía a la perfección lo que sentía en aquel momento.

Perderemos el control cuando nos llamen locos por huir de aquí.

—Estoy flipando —dijo ella en un susurro, mirándome con devoción.

Y cómo agradecía esa mirada.

Mis manos, nerviosas, tensando las cuerdas de mi guitarra, iniciaron los acordes del estribillo.

Quiero que se me arrugue la cara, que se me nuble la mirada.

Quiero observarte de perfil.

Contar lunares en tu espalda, y dibujar cada mañana un día nuevo para ti.

Quiero que seas para mí.

La miré a los ojos y ella, de alguna manera, llámalo conexión, por ejemplo, supo que no estaba simplemente interpretando aquella canción, sino que era un mensaje. Un mensaje destinado a ella, en el que plasmaba lo que sentía, lo que quería, lo que necesitaba.

Cuando todo sea un desastre, cuando tus piernas fallen, caminaré por ti.

Cuando el viento nos reclame, seremos estrellas fugaces iluminando el cielo gris.

Porque quiero, porque quiero, porque quiero.

La vi morderse el labio, sus mejillas un tanto sonrojadas. Dejé la guitarra a un lado y me senté en el sofá, a su lado.

Ella me abrazó, y me sentí en casa.

—¿Qué ocurre? —me preguntó cuando la miré directamente a los ojos.

—Creo que —me humedecí los labios con la lengua—, paso de pactos y de autoengaños.

Ella parpadeó varias veces, pero se mantuvo en silencio, a ver si yo seguía hablando, hasta que al comprobar que no, que estaba esperando a que le contestara, preguntó:

—¿A qué te refieres?

—A que nos gustamos, a que tenemos una química especial. ¿Por qué no intentarlo?

—¿Qué? —preguntó con ilusión y temor al tiempo.

—Quiero intentarlo contigo, Sofia —le dije de forma contundente.

Ella frunció los labios hasta que se tornaron blancos, formando una línea fina.

—Pero dijiste que tu corazón necesitaba estar preparado.

—Mi corazón ya ha admitido la derrota de latir por ti, el que tiene que hacerse a la idea, creo que soy yo.

La vi tragar saliva, un tanto apurada.

—Solo tienes que estar de acuerdo.

—Nunca he estado con nadie. Nunca he tenido una relación de pareja estable. ¿Y si no lo sé hacer?

Me reí.

—¿Y si resulta que consigues hacerme el hombre más feliz del mundo?

—Sabes que es una locura, ¿verdad?

—¿Tú no decías que en eso consistía la vida? Marquemos la diferencia, pues.

Capítulo 16

Ella

—Tengo que hablar con vosotros.

Cinco palabras. Solo de cinco palabras se componía esa frase. ¡Y cuánto me costó formularla delante de Cris y Valeria!

Tanto, que tardé una semana en decidirme a hacerlo. Una semana de encuentros clandestinos con Dani que me supieron a gloria.

—*Tortu, tortu, tortu. Tortu, tortuguita, eres muy bonita.*

Puse los ojos en blanco y torcí la boca en una mueca, intentando controlar mis nervios y el impulso de coger a Valeria de su cabellera rubia para que dejara de hacerle tonterías a mi perra.

Aunque, no sé yo cuál de las dos era más tonta, si Valeria por canturrear esa frase y después algunas más inteligibles, o mi perra por dar saltitos a su alrededor con la lengua fuera y algún que otro ladrido estruendoso.

—¡Ay, qué chiquita! ¡Ay, ay, ay! —exclamó intentando cogerle la lengua con los dedos.

Cris se llevó las manos a la cara, aguantando la risa por aquella imagen.

—¿Tú esto lo ves normal? —le pregunté entonces.

Él negó con la cabeza, sonriendo.

—Ay, ya se fue. Qué mona.

Gracias al cielo que *Tortuga* se cansó antes de Valeria que al revés, porque sino, me hubiese tirado horas para poder hablar.

Cuando mi amiga se ponía a jugar con mi perra, sí mi perra, que no una tortuga, era incansable.

Ahora bien, te preguntarás por qué una perra tiene ese nombre.

Pues te lo explico en seguida, mi animal favorito de la vida son las tortugas, pero tengo una perra como mascota.

Fin.

Eso es todo.

Sigo con lo que quería decirte que es muy importante.

Mi historia con Dani.

Bueno, más bien, contar a Cris y Valeria la existencia de mi historia con Dani, algo de lo que no tenían ni pajolera idea por mucho que Valeria supiera de nuestros primeros líos.

—Bueno, ¿vas a hablar? —me apremió Cris.

Asentí con la cabeza al tiempo que tragué saliva, lo cierto es que aquella situación me ponía bastante nerviosa. ¿Cómo se lo tomarían?

Respiré hondo, intentando tranquilizarme.

—Chica, ¿qué vas a confesaros? ¿Has matado a alguien? Te tiemblan las manos —me dijo Valeria.

Tras eso, las zarandé para calmar los nervios, pues tenía razón.

—Es que es algo que no esperaba en absoluto, pero ha sucedido.

—¡Estás embarazada! —exclamó Valeria entonces, llevándose las manos a la boca y con los ojos desorbitados.

—¿Qué? —pregunté extrañada, arqueando una ceja.

—¿A qué venía eso?

—¿Qué? —preguntó mi hermano Cris, mirándome seriamente.

—¡No! —exclamé yo.

—Ah, joder... —Cris pareció aliviado y tenía toda la razón, porque lo último que necesitaba en ese momento de mi vida era ser madre.

Bastante trabajo me costaba ya ocuparme de *Tortuga* y de mí misma.

No, no podía ser. Además, Dani ya era padre de Carmen, aquella bonita niña que me confundió con *La Sirenita*.

Anda que... casi me reí al recordarlo. Bendita inocencia.

Me pregunté entonces si hubiera cambiado algo tan importante de mi vida como podía ser una cola por unas piernas. Y todo por el príncipe del cuento, Dani en mi caso.

Aunque él me había dicho muchas veces que había sido siempre un sapo. Yo lo veía como un príncipe encantador, sin embargo.

—Pues qué susto, chica. No descarto el asesinato, entonces.

—Estás pirada, Val, no se trata de nada de eso. Es... tengo novio, ¿vale?

—¿Novio? —preguntó ella incrédula.

—¿Novio? —repitió Cris.

—Novio —reconocí yo con la boquita pequeña y sintiendo las mejillas arder de vergüenza por aquella confesión.

Pero ya estaba dicho, y era necesario porque Dani quería intentar tener una relación conmigo, y yo con Dani más de lo mismo, aunque estuviera cagadita.

Porque nunca una decisión me dio tanto miedo.

—¿Quién? —preguntó mi hermano para poder entender bien mi situación.

—Se llama Dani.

Valeria abrió mucho los ojos.

—¿Me estás vacilando? —preguntó ella.

—¿Por qué? ¿Quién es?

—No, no te estoy vacilando. Ha sido un flechazo, no sé, no tengo experiencia con estas cosas.

—No te estoy creyendo —dijo mi amiga sentándose en el sofá, parecía aturdida por la información que acababa de darle—. Sofia con novio. Increíble.

—¿Nadie va a decirme quién es ese tal Dani? —preguntó entonces Cris, con los brazos en jarras.

Suspiré.

—Sí, Cris, perdona. Es un chico que conocí hace unas semanas, cuando salí con Valeria de copas.

—Pero...

—Ya, ya. Yo nunca me enamoro, yo nunca tengo novio. Entiendo todo eso, pero en algún momento de mi vida tendría que llegar, ¿no?

—Sí, pero, no sé, tampoco le conoces mucho, ¿no? —apuntó mi hermano.

—Ha sido un poco complicado. Digamos que todo empezó con un pacto que hice con Val.

—No, no, a mí ahora no me cargues al muerto —dijo ella un poco enfurruñada.

—El caso es que pacté con ella que, si me ligaba a Dani, podría elegir el local al que acudir

en la próxima salida que hiciéramos juntas.

Cris asintió, comprendiendo.

—Pero cuando me acerqué a Dani, me confesó que estaba agobiado porque sus amigos estaban intentando emparejarlo con chicas continuamente, por lo que hice un segundo pacto con él. Haríamos creer a todos que se habían salido con la suya, pero en realidad no pasaría nada. Quizá un par de besos, poco más, después cada uno regresaría a su casa y a su vida y no volveríamos a vernos.

—Bien, hasta ahí, genial —dijo Cris.

—Cuenta, cuéntale —me apremió Valeria, que sabía lo que pasaría más tarde, pues ya había mantenido una conversación con ella en La Latina, confesándole mi caca mental—. Anda, mira, como la canción. *Que la conocí bailando, cuéntale, que soy mejor que él. Cuéntale, que te traigo loca...*

Puse los ojos en blanco y pasé de ella. Val soltó una carcajada, mirándonos indistintamente a Cris y a mí, pero después guardó silencio cuando comprobó que ninguno de los dos le seguía el rollo.

—Perdón —dijo poniendo morritos.

—¿Qué tienes que contarme? —preguntó Cris arrugando el ceño—. Y tú, ¿por qué lo dices? —Se dirigió entonces a Valeria, pero ella fingió que cerraba su boca con una llave invisible y después la tiró al mar.

Cristóbal resopló y me miró.

—Dime.

—Me llevó a ver las estrellas, Cris.

—¿Cómo? —preguntó frunciendo el ceño y mirando a Val. No entendía nada en absoluto, y no le culpó, todavía no me entendía ni yo.

—Está fatal, Cris. Fatal.

—¿Qué estrellas, Sofía? ¿Te encuentras bien?

—Que sí, joder. Que sí —contesté a la defensiva.

De alguna manera me fastidiaba que no entendieran mis sentimientos, esos que por fin estaba sintiendo y entendiendo, aunque fuera por primera vez.

Me molestaba que no se me tomara en serio, pero después pensaba que era normal, que ni ellos ni nadie podría comprender cómo había sido encontrarme en el camino de mi vida con Dani.

Nadie podría entender cómo latía mi corazón en su presencia, con cada mueca que hacía con la cara y que me volvía loca, con cada sonrisa, con su forma lenta y sensual de fumar.

Nadie podría entender que había hecho algo dentro de mi corazón, no sabría explicar exactamente el qué, pero obviamente no podía negarlo, mi corazón había cambiado.

Mi sentido del egoísmo, también, pues el levantarme por las mañanas era diferente al tenerle a él como primer pensamiento.

No, nadie podía comprenderme a la perfección. Nadie, salvo Dani, porque le había pasado lo mismo que a mí a pesar de que su corazón todavía no estaba preparado para latir por una persona diferente, para soportar el día a día de una relación.

Su corazón no estaba preparado para querer bien, de forma sana, y el mío simplemente no es que no estuviera preparado, es que no sabía, por lo que con Dani estaba aprendiendo.

Y qué forma más bonita de aprender. Creo que quizá nadie me hubiera podido enseñar mejor a sentir que él.

Porque él decía mucho, ya sabes, bla bla bla, que si pactos, que si amigos que si bla bla bla, pero a la hora de sentir, se le veía a leguas que sentía de forma intensa, enérgica y potente.

Porque Dani era mucho corazón y poca mente. Un corazón roto puede sanar con tiritas y tiempo, pero lo que se ha sentido, por muy mal que haya salido en un futuro incierto, habrá sido puro.

—Solo... —tragué saliva—. Solo me estoy limitando a dejarme llevar por lo que siento, ¿vale?

» Sé que os choca, porque nunca he estado con nadie en una relación seria, ni siquiera lo había intentado. Pero, Dani es...

—¿Diferente? —preguntó Cris.

—¿Un Dios follando? —preguntó Valeria.

—Eso también, pero, sí, es diferente o, al menos, todo lo diferente que se puede ser para conseguir que yo le quiera.

—Creo que no quiero saber esos detalles, hermanita. Los de tu vida sexual, digo.

—Ni yo que lo sepas, podrías asustarte —le guiñé un ojo.

—*Cuidao, cuidao*, con la bibliotecaria.

Entorné los ojos y negué con la cabeza. Mi amiga Val no tenía remedio ninguno.

—Bueno, ¿qué decís? ¿Qué os parece? La verdad es que me ha costado la vida contaros esto —admití mordéndome el labio inferior.

—Que seas tú misma, Sofi, y que me alegro de que estés haciendo lo que sientes. Pero como te haga daño le corto las pelotas —me dijo Cris cogiendo su mochila de deporte, pues tenía que marcharse al trabajo.

—Ya salió el gallo machito —comentó Valeria poniendo los ojos en blanco—. Anda, anda, vete. Vete, que tú no has pegado a nadie nunca y al igual el chaval te rompe la boca.

Cris se rio a mandíbula abierta y observé a Valeria mirarlo con cara de boba. Valeria siempre ha estado coladita por mi hermano, pero jamás se ha atrevido a decirle nada.

Conozco a Valeria desde el instituto, por lo que ya son muchos años pisando mi casa e integrándose con mi familia.

Ha estado calladita todos estos años porque sabía que Cris era un alma libre, que nunca tenía nada estable, ni siquiera los trabajos, porque siempre andaba haciendo lo que más le gustaba, recorrer mundo y viajar de aquí para allá. Ella sabía que ese era el modo de vida del chico, pero no el suyo. Además, ¿qué sentía Cris por ella? Seguramente un amor de hermanos, a mí jamás me había confesado nada acerca de Valeria.

También, Val tenía a su novio, aunque últimamente no se encontraban en el mejor momento. Siempre había mirado con los mismos ojos a mi hermano, sin embargo.

—Pero dile que se venga algún día y le conocemos, Sofi —dijo justo antes de irse.

Después se despidió con la mano y cerró la puerta de casa.

—Tu hermano tiene razón.

—Tú siempre le das la razón a mi hermano —le dije cogiéndole un mechón de pelo rubio y tirándoselo a la cara para hacerle rabiar.

—No, Sofi, que se venga un día. Tomamos unas cervezas, charlamos, no sé. Déjale entrar más en tu vida y menos en tu...

—¡Vale! —exclamé riéndome.

«Dejarle entrar más en mi vida. Sí, claro».

Capítulo 17

Él

—Tengo que hablar con vosotros —comenté, harto de que en aquella velada me hicieran demasiadas preguntas.

Que si por qué estaba tan raro.

Que si por qué sonreía de aquella forma.

Que si por qué no quería hablar de aquella chica de la discoteca.

Que si por qué... por qué... por qué...

Aquel día había quedado para tomar un par de cervezas en mi casa con Víctor y Nacho, y Nerea no tardó en llegar para traerme a Carmen, pues era viernes por la tarde, y aquel fin de semana me quedaría con ella.

La niña se había puesto muy contenta de verme, como siempre, y después se había ido a jugar a su habitación.

—Estoy rendida —suspiró Nerea cuando se dejó caer en el sofá.

—¿Una cerveza, Rubia? —le había ofrecido yo.

—Sí, por favor. ¿Qué te pasa? Estás... raro, ¿no? —había dicho ella.

—No, qué va.

Dicho aquello me marché a por su botellín de cerveza. Para cuando volví, Nerea estaba compartiendo con Víctor algunas palabras sobre Alejandra, quien finalmente había decidido cogerse una excedencia en el hospital (era enfermera), para atender a la hija que tenían en común, quien tenía un añito ya de vida en aquel momento.

—Dani, ¿estás bien? —insistió Nerea tras haberle tendido la cerveza.

Todavía no quise decir nada. No sé decirte el motivo exacto por el que decidí guardar silencio, pero lo hice.

No obstante, cuando sentí que tenía que soltarlo, pronuncié aquellas palabras que hicieron que mis amigos guardaran silencio tan pronto las escucharon.

—¿Qué pasa? —me preguntó Víctor, preocupado.

Carraspeé. Entonces Nerea se preocupó más.

—¿Estás enfermo?

—Tío, no me jodas —dijo Nacho pasándose una mano por la cara.

—¿Estáis todos locos? —pregunté con sorna—. Estoy —me puse de pie y me señalé mi cuerpo trabajado en el gimnasio— como una manzana.

Nerea me tiró una bolita que había hecho con su servilleta y me acertó en el pecho.

—Qué subnormal —comentó Víctor poniendo los ojos en blanco.

—¿Qué es? ¿Quieres dejar de hacerte el interesante y soltarlo, parguela? —dijo Nacho entre risas.

—Bueno, pues... estoy... estoy con alguien.

Nerea parpadeó varias veces y Víctor y Nacho compartieron una mirada.

Guardaron silencio, sin embargo.

—¿No decís nada?

—No. Sí. Claro —contestó Nerea de forma nerviosa. La noté turbada, incluso—. Es... ¿Quién es?

—Bueno, pues se llama Sofía, es la chica de la que te hablé.

Nerea asintió.

—La chica de la discoteca —añadí mirando a Nacho y Víctor indistintamente.

—¿En serio?

—Pero, ¿así? ¿Tan pronto? ¿O solo es un rollete? —preguntó Nacho, que era el más romántico de los tres.

—No, no, nada de rolletes. Es más complicado de lo que parece. Hicimos un pacto, nos sentíamos presionados tanto ella como yo por nuestros amigos —al decir aquello, los dos chicos hicieron una mueca—, así que fingimos que habíais ganado y nos marchamos juntos de la discoteca.

»Estaba claro que nos gustábamos, por supuesto, que una química especial había surgido entre nosotros sin esperarlo.

Decidimos hacer una locura. Me pidió que la llevara a ver las estrellas y eso hice. Después cada uno se marcharía a su casa para seguir con su vida, y no volveríamos a vernos nunca más.

—¿Pero? —preguntó Víctor.

—¿Pero? —repetí yo.

—Está claro que hay un pero, acabas de decir que estáis juntos —dijo.

Tenía razón, pero estaba tan nervioso. No sé por qué.

—Cierto. Vale, continúo. Pero no podía sacármela de la cabeza. Ella es... especial, ¿sabéis? —sonreí de forma idiota y ellos se dieron cuenta. —Está como una cabra, vive la vida de forma súper intensa. Hicimos un segundo pacto, el de ser amigos, porque volví a encontrármela en su puesto de trabajo, es bibliotecaria.

—¡Vaya! —exclamó Nacho sorprendido.

—Qué interesante. Pero ¿por qué de pronto amigos? —comentó Víctor.

—Sigue —me apremió Nerea sonriendo.

—Porque volví a comerle la boca en un rincón de la biblioteca. Bueno, eso y más cosas. En fin, tuvimos un encuentro íntimo. Entonces, ella escondió su número de teléfono en un cuento que Carmen se llevó prestado. El de *La Sirenita* —sonreí.

—Y tuvisteis una conversación —dijo Nacho tras dar un trago a su botellín.

—Sí, y acordamos ser amigos, cada uno por un motivo. Ella, porque nunca ha tenido una relación seria, nunca se ha enamorado. Y yo, porque todavía necesitaba recuperarme de la última vez que lo hice.

Eso último lo dije en voz más baja, con la boquita pequeña. Para nada quería que Nerea se sintiera incómoda ante ese comentario.

Me miró y asintió despacio, comprendiendo.

—Pero ese segundo pacto os ha importado una mierda —comentó Víctor guiñándome un ojo.

Me reí.

—Sí. Porque no lo podemos evitar. Si siento lo que siento, ¿por qué tengo que frenarlo?

Nacho asintió con la cabeza, parecía estar de acuerdo.

Tragué saliva.

—Pienso que no estoy preparado, pero cuando la tengo delante...

—Se te olvida —dijo Nerea. Después me sonrió.

—Exacto. Se me olvida porque siento cosas fuertes, ¿sabéis? No le encuentro explicación, pero así es.

»Sofía es intensa y me hace sentir sensaciones de la misma índole. Y mi corazón trota y... joder, la estaría besando toda la vida.

Mis tres amigos me miraban con los ojos muy abiertos, expectante a todas y cada una de las palabras que estaba diciendo en ese instante, sabedores de lo que estaba pasando en mi interior por mucho que no tuviera explicación.

Me estaba enamorando, eso estaba claro. La incertidumbre residía en cómo acabaría aquella historia, la mía con Sofía.

La nuestra.

—Bueno y, ¿cuándo nos la presentas? —preguntó Nerea.

—Pues... no había pensado en eso, la verdad.

Ví la desilusión en sus caras. Seguramente, después de tanta insistencia y de haberles confesado la verdad, tendrían muchas ganas de conocerla.

Y yo de que la conocieran, para que vieran lo maravillosa que era.

Quería que Sofía formara parte de mi vida, y yo de la suya.

Quería que se quedara.

La quería a ella.

—Pero pronto. Será pronto, por supuesto —añadí sonriendo.

—¡Por Dani y Sofía! —exclamó Víctor levantando su botellín.

«Por Dani y Sofía. Por ella más que por mí, por sus ojos y su sonrisa».

Choqué el culo de mi botellín contra el de mis amigos y sonreí, dichoso.

Capítulo 18

Ella

Podía decir que era feliz, sí. Trabajaba en lo que me apasionaba y para toda la vida, pues era funcionaria. Además, había conocido a una persona increíble como era Dani.

Creía que mi vida era plena a pesar de sentirme un poco torpe en algunos aspectos como, por ejemplo, al que nos enfrentaríamos aquel fin de semana.

Para Dani era importante que Carmen lo supiera; y que lo supiera por él mismo, más todavía, así que se nos ocurrió llevarla al Parque de Atracciones y una vez allí, que Dani se lo contara.

Carmen estaba encantada de que Ariel, o sea yo, fuera a pasar aquel sábado junto a ella y su papá, pero aquello era una cosa y que Dani le contara que estábamos liados y que manteníamos una relación, era otra.

Para colmo, se enteraría de que Ariel, la sirena con piernas, pues no era, vaya.

Paseamos por aquel lugar enorme, vimos un par de espectáculos infantiles que dejaron a la niña eufórica y montamos en las atracciones adecuadas para ella, porque solo tenía cuatro años.

Dani y yo nos mirábamos a menudo, soñando con montar a alguna de aquellas atracciones tan atractivas y de infarto que teníamos alrededor, pero Carmen no iba a quedarse sola ni un minuto si de nosotros dependía.

Aun así, la verdad es que estábamos disfrutando muchísimo de aquel día.

Decidimos comer en uno de los restaurantes que había dentro, concretamente en uno de hamburguesas, y mientras Dani pedía nuestras comandas, Carmen y yo nos quedamos sentadas en una de las grandes mesas de madera de las que constaba la terraza de dicho lugar.

—¿Te lo estás pasando bien? —le pregunté colocándole bien la gorrita rosa que llevaba puesta.

Lo cierto es que hacía un día espléndido de octubre en Madrid y el calorcito era agradable, pero llegaba a molestar si no protegías la cabeza con algún sombrero y la piel con crema solar, al menos para Carmen.

—¡Sí! —exclamó ella contenta.

Sonreí.

—Me alegro mucho. ¿Tienes hambre? No creo que papá tarde en traer nuestra comida.

Carmen asintió con la cabeza y me quedé mirándola. Lo cierto es que era una niña preciosa y muy muy simpática. Le veía bastante parecido con Dani, o quizá fueran cosas mías, porque la verdad es que me tenía pillada hasta decir basta.

—Pienso comerme mis patatas y las suyas.

Solté una carcajada.

—¿En serio? ¿No crees que él se quedará con hambre si haces eso? —le dije divertida.

Se encogió de hombros.

—Bueno, primero me comeré toda mi comida y, si necesito más, le pediré.

—Claro, eso está mejor. Mira, ahí viene —le dije.

En efecto, Dani llegó con dos bandejas, una en cada mano, repletas con nuestros tres menús de comida y bebida.

Estaba famélica, los tres lo estábamos.

—¿A que no he tardado nada? Pensaba que sí, había gente en la cola, pero atienden bastante rápido.

—Otro punto a favor para este día tan guay. ¿Verdad, Carmen? —apunté quitando la parte de arriba de mi hamburguesa para añadir salsa de ketchup.

—Súper estupendo —me contestó llevándose una patata frita a la boca.

Dani sonrió y me miró con ternura. Mi chico sentía tremenda devoción por su hija, me hacía cargo de que era su persona favorita en el mundo. Y no me extrañaba. Me pregunté entonces cómo sería ser madre, cómo sería hacerse cargo de un ser al que tú mismo habías dado vida.

Me parecía fascinante el amor que se podía llegar a sentir por una persona tan chiquitina.

Era increíble.

—Carmen, ¿sabes que tengo que contarte algo? —le preguntó Dani entonces.

—¿Sí? ¿Qué es? Pero no me cuentes dramas, papá, en serio —dijo gesticulando con las manos, pues se había dado cuenta de que un dedo se lo había manchado de mayonesa.

Se lo limpió acto seguido con la servilleta y miró a su padre.

Ambos reprimimos una carcajada, Carmen era muy graciosa.

—¿Cómo que dramas? —dijo Dani ofendido falsamente.

—Papá, haces drama siempre.

—Cómete la hamburguesa, anda, haz el favor —dijo Dani un poco avergonzado, al tiempo que cogía con sus manos la suya.

Yo me limitaba a observarlos divertida mientras daba cuenta de mi menú.

—Pero ¿no ibas a decirme no sé qué? —preguntó ella un poco indignada.

—Sí.

—¿Qué es?

—Bueno, ya conoces a Sofia, ¿no? —le preguntó, desviando la mirada hacia mí.

—Claro, Ariel. Súper guapa.

Ambos nos reímos.

—Sí, se parece a Ariel. Pues yo quería contarte que hoy ha venido con nosotros porque, bueno, es mi novia, ¿sabes?

Dejé mi hamburguesa sobre la caja de cartón, en la que había venido protegida y cerrada, lentamente.

Terminé de masticar el último bocado que me había metido en la boca, y los miré con cautela y expectación, esperando la respuesta de la pequeña.

¿Por qué me había puesto tan nerviosa de repente? Casi sentía mis manos sudar y una pequeña taquicardia se había adueñado de mi corazón.

Dani carraspeó.

—Pero tú no eres el príncipe Eric, papá.

Él sonrió de forma dulce, mirándola.

—Claro que no, princesa, porque Sofia no es la verdadera sirenita. Solo se parecen, ¿sabes?

Carmen asintió con la cabeza, pero hizo una mueca y tuvimos miedo de que se lo hubiera tomado mal.

No obstante, después de estar unos segundos guardando silencio, rodó los ojos hacia arriba y dijo:

—Papá, ya sé que no es ella. ¿No ves que no tiene cola?

Entonces solté el aire que estaba reteniendo en mis pulmones y, de algún modo, me sentí aliviada.

Dani se carcajeó, supe que aliviado al igual que yo, por cómo me miró.

—Claro. Y, bueno, ¿qué opinas de lo otro?

—¿El qué?

—Que sea mi novia.

Cogí lentamente una patata frita solo para hacer algo con las manos y no estirarme de los pelos. Me importaba la opinión de Carmen muchísimo, claro, porque para Dani era primordial.

—Pues que es súper bella y que de mayor quiero tener el pelo como ella —dijo; después se llevó las manitas a la boca y se rio como un pequeño ratoncito de dibujo animado.

Me reí. Me reí para liberar aquellos nervios absurdos que me habían atenazado el pecho por un momento.

—Sí, la verdad es que su pelo mola mucho, ¿verdad? —le preguntó Dani.

Carmen asintió con su cabeza, volviendo a fijar su vista en sus nuggets de pollo y sus patatas fritas.

—Sí. Además, no me parecía justo que mamá tuviera novio y tú no. La verdad es que me daba pena.

Dani parpadeó varias veces, sorprendido por esas últimas palabras de su hija.

—¿Por qué te daba pena? —le pregunté yo ahora.

Me había sentido con la suficiente valentía de hacerlo, pues ya tenía claro que había pasado la prueba de su hija y con nota, además. Nunca mi pelo me había dado tanta suerte.

Se encogió de hombros.

—Estaba solito —dijo haciendo una mueca.

En ese momento Dani la atrajo hacia él y besó su mejilla repetidas veces.

—Sabes que eres lo más bonito del mundo, ¿verdad? Lo más precioso.

Carmen se rio, le hacía cosquillas con la barba.

—Ay, me pinchas con tu barba, papi —se quejó con aquella dulce voz.

—Te quiero, princesa —le susurró antes de dejarla de nuevo en su sitio.

Un padre así; mejor persona.

Excelente amante. Novio, de momento, ejemplar.

No, no podía pedir más. Solo que mi forma de querer fuera válida, fuera sana.

Capítulo 19

Él

—Está perfecto. Cóbreme, por favor —dije al tiempo que echaba mi mano derecha al bolsillo trasero de mi pantalón, justo donde tenía guardada mi cartera.

La empleada de la floristería sonrió, satisfecha de que estuviera contento con el ramo de flores que le había encargado para Sofía.

Se lo haría llegar a la biblioteca, justo cuando no se lo esperase.

Porque sí, sin motivo, sin explicaciones. Me apetecía, sin más.

Me sentía feliz y muy a gusto junto a ella. Me hacía vibrar, me hacía reír, era muy divertida.

Y no importaba el plan que hiciéramos, desde ir a una discoteca de música ochentera, pasando por los domingos de sofá, Netflix y palomitas y terminando por un día agotador a la par que extraordinario en el Parque de Atracciones con mi hija Carmen.

Se adaptaba a mí y yo me adaptaba a ella.

Y, para nuestra sorpresa, tampoco estaba siendo tan difícil; suponía que el secreto estaba en dejarse llevar realmente por las sensaciones y los sentimientos que te despertaba la otra persona.

En mi caso, ella. En su caso, yo.

Sofía lo estaba haciendo muy bien, y yo deseaba fervientemente estar a la altura y no decepcionarla una y otra vez como hice con Nerea en el pasado. Aunque, he de admitir, que me esforcé en cambiar y, bueno, aquí estaba el resultado, aunque dudaba mucho que mi parte capulla y desastre se hubiera eliminado del todo.

Por eso cuando Sofía quiso presentarme a su hermano Cristóbal y a su mejor amiga Valeria, eso de cumplir las expectativas a rajatabla me puso un poco nervioso.

Aquello fue el mismo día en el que recibió mi ramo de flores en la biblioteca. Ilusionada, no, lo siguiente, me llamó por teléfono desde el trabajo y me dijo que estaba loco.

Claro, claro que estaba loco, pero esa locura que sentía por ella, a ella le encantaba.

Me di cuenta en seguida que los detalles románticos siempre acertaban con ella, le hacían una ilusión increíble.

Y, joder, era el principio de nuestra relación, por lo que a mí también me hacía feliz hacerlo.

El caso es que el domingo por la mañana de aquella semana, después de haber pasado el sábado a solas, paseando por Gran Vía, cenando en un restaurante buenísimo y con un trato increíble de la misma zona y, más tarde, en mi casa, haciendo el amor, teníamos una cita a cuatro para hacer escalada.

Como lo lees. ESCALADA. Ella no estaba muy segura, y decía que su amiga Valeria estaba cagada de miedo, pero a mí incluso me apetecía, hacía años que no la practicaba.

Me sonaba que la última vez que lo hice había sido con Víctor, años atrás.

Mi amigo Víctor era entrenador personal y, como podrás imaginar, un loco de los deportes. Encima, al muy cabrón todos se le daban bien.

El deporte me parecía algo muy beneficioso, a mí personalmente me ha ayudado mucho

siempre, pero no practicaba ninguno en concreto, me limitaba a machacarme en el gimnasio con las barras y demás.

—Yo no tengo ni idea de escalada —había dicho Sofía cuando me lo propuso.

Me reí.

—¿Nunca te has ido con tu hermano? Pues vaya.

Yo ya sabía que Cristóbal era profesor de pádel y que le gustaba mucho practicar deporte al aire libre.

—Sí, claro, pero eso no quiere decir que haya puesto atención.

Solté una carcajada.

—Eres de lo que no hay, pero me muero por verte con unas mallas ajustadas —le dije con voz ronca.

—Eres idiota —me contestó ella con voz melosa—. Ya sabes, el domingo por la mañana tenemos una cita deportiva.

Pero fue de todo menos deportiva, y no lo digo en el mal sentido.

Cris me estrechó la mano cuando Sofía nos presentó.

La verdad es que no se parecían en absoluto. Cristóbal era rubio y llevaba el pelo en una melenita con pequeñas ondas.

Alto, con brazos torneados y muy, muy simpático. Aquella sonrisa parecía estar dibujada con permanente en su cara.

—Encantado —le dije.

—Debes ser excepcional —comentó.

—¿Yo? Más quisiera.

—Insisto, algo tienes que tener para que mi hermana haya caído rendida a tus pies.

Al instante, Sofía le dio un codazo e hizo una mueca con la cara para que no hablase más de la cuenta.

Me reí.

—Bueno, creo que la excepcional es ella —dije de forma modesta, desviando la mirada de su hermano y posándola sobre Valeria—. A ti ya te conozco.

Ella asintió y sonrió.

—Sí, bueno, todo es culpa mía —comentó haciendo aspavientos con las manos y chasqueando la lengua contra su paladar, haciendo alusión a que fue ella quien le dijo a Sofía que se acercara a mí en aquella discoteca.

—Tengo que darte las gracias, entonces —le dijo guiñando un ojo.

—Uy, uy, uy, Sofi, tú decías que era sexi, pero esto...

Me reí a mandíbula abierta.

—Dani, ¿nos vamos? —me preguntó Cris entonces.

—Claro. Tengo ganas de volver a practicar, hace años desde la última vez.

—¿En serio? Flipante, entonces.

Me adelanté con Cris para ir al coche y Sofía se quedó con Valeria detrás, a quien escuché reprender a su amiga.

—Bien, ¿listos? —preguntó Cris achinando los ojos por el sol. Se le habían olvidado las gafas de sol y lo estaba pasando un poco mal.

Aquel domingo hacía un día espectacular y todos llevábamos puesto el equipo de protección

para comenzar nuestra sesión de escalada.

Arneses, poleas, cascos, chalecos acolchados a modo de protección.

Todo a punto.

Todo, menos Sofia, cuyas piernas temblaban como un flan recién hecho.

Habíamos ido a la sierra y Cris y yo elegimos una pequeña montaña sin demasiada dificultad, más que nada porque el único con experiencia allí, era él.

—¿Ves? Mi arnés está amarrado al tuyo —le dije para tranquilizarla.

Ella tragó saliva y asintió débilmente con la cabeza.

Valeria iría con Cris, delante de nosotros, y justo antes de comenzar a subir, miró a Sofia y le guiñó un ojo.

—¡Vigila dónde pones tus pies! —le gritó a su amiga, preocupada.

—¡Descuida, *my dear*, está todo controlado!

Cris y Valeria comenzaron a subir y todo fue bien hasta que hubieron ascendido lo suficiente para que a Valeria le diera vértigo.

—Dios mío, caeré y me abriré mi excelente cabeza, me quedaré boba —se lamentó cerrando los ojos con fuerza, inmóvil al lado de Cris, que no sabía cómo hacer que siguiera ascendiendo.

Nosotros íbamos tras ellos y estaba consiguiendo que Sofia subiese sin problemas, demostrando su confianza en mí, que no permitiría por nada del mundo que le pasara nada.

—Cálmate, Val, ya casi lo tenemos —la animó Sofia.

—No, yo no tengo nada —dijo ella.

—Tampoco está tan alto —dijo, pero después miró hacia abajo y giró la cabeza de forma rápida, quedando su cara a escasos centímetros de la montaña—. Joder, que sí que está alto.

—Que no. No te dejes llevar por su pánico —intenté tranquilizarla.

—Cris, no puedo subir. Ya lo siento, chico, con lo que yo te quiero —comenzó a decirle Valeria.

—Oh, Dios, que no se ponga a hablar.

—Valeria, por favor, no nos queda nada. Terminamos y bajamos —intentó animarla el hermano de Sofia.

Pero Valeria estaba bloqueada.

—Que no, Cristóbal, que te digo que no. Que me quiero bajar ya de ya.

—Vale, vale —claudicó él.

—Ay, Dios, que me da algo —se lamentó ella a punto de llorar, abanicándose con la mano.

—No te va a dar nada. Escúchame, despégate de la pared de la montaña, impulsándote hacia fuera. Yo te cogeré e iremos bajando poco a poco.

Valeria asintió con la cabeza, tragando saliva.

—Vale, venga, lo intento, lo intento.

Cris asintió y esperó a que ella actuara.

Valeria hizo lo que Cris le había pedido, pero no colocó sus pies correctamente y, después de ladearse colgando del arnés, chocó de espaldas contra la montaña.

—¡Valeria! —exclamó Cris.

—Joder...

Sofía ahogó un grito y la instó a bajar nosotros también.

—Tranquila, te tengo —le dije cuando comenzamos a descender.

—¡Madre mía, la que me he dado! —gritó Valeria llorando en los brazos de Cris, mientras el chico hacía un doble esfuerzo, cargando con el peso de los dos bajando hacia el suelo.

Las piernas de Valeria no parecían funcionar en absoluto, pero creía firmemente que estaba

siendo presa del pánico y no podía hacer uso de ellas.

El casco le había protegido la cabeza y el chaleco acolchado que llevábamos a modo de protección, la espalda.

Por lo que suponía que tan solo era un ataque de pánico.

Suerte que tampoco estábamos tan alto y no tardamos demasiado en bajar.

—¡Inválida! ¡Inválida, Sofía! ¡Me he quedado inválida! —gritó llorando Valeria cuando estuvo sentada en el suelo—. Quítame el casco, no puedo respirar.

Cris y yo nos miramos, y Sofía dijo:

—Val, el casco es abierto, no te está cogiendo la cara.

—Me he quedado inválida, Sofía, puedes al menos quitarme el casco para que no muera asfixiada. Deberías ser más comprensiva.

Sofía arqueó una ceja y Cris y yo contuvimos una carcajada.

—¿Y en los brazos tienes algún problema que te impida quitártelo tú? ¿O ahora eres tetrapléjica? Valeria, por favor, no estás inválida —la reprendió agachándose junto a ella. — ¿Sientes esto? —le preguntó pellizcándole un muslo.

—¡*Auch!* ¡Maldita Neanderthal! ¡Haces daño! —exclamó.

—¿Lo ves? No estás inválida. Cálmate, me estás poniendo histérica.

—¿No estoy inválida? —preguntó entonces contenta—. ¿Crees que podré levantarme?

En ese momento se giró sobre sí misma, puso las palmas de las manos en el suelo de tierra y se levantó con piernas temblorosas.

—Estoy de pie —susurró más para sí misma que para nosotros—. Estoy de pie, Sofía. ¿Sabes lo que eso significa?

Sofía puso los ojos en blanco.

—¿Qué estabas haciendo un drama innecesario? —le preguntó ella con condescendencia.

—No, tía. Que me he dado un buen golpe, pero no estoy inválida. Soy la elegida, aún tengo que hacer muchas cosas en la vida.

—¿Y la cabeza te la has golpeado? —le preguntó Cris, risueño.

—No, llevaba el casco. ¿Cuándo almorzamos? Muero por tomarme un *Bitter Kas*.

Los cuatros nos reímos y decidimos que era suficiente escalada por aquel día, por lo que nos deshicimos de los equipos de protección y subimos al coche, dispuestos a encontrar algún bareto cercano para tomar unos bocadillos, aunque teníamos claro que hasta que no llegáramos a las afueras de la ciudad, no hallaríamos ninguno.

Aquel día disfruté mucho, muchísimo. Hacía tiempo que no hacía ese tipo de cosas. Disfrutar de mi pareja en compañía y, quisiera admitirlo o no, lo había echado de menos.

Sofía era encantadora tanto a solas como cuando otras personas nos acompañaban.

Su amiga Valeria estaba como una chota, pero era muy buena persona y muy maja.

Y con Cris había congeniado muy bien.

Como te decía, estaba siendo todo muy fácil y me sentía pleno. Ahora solo deseaba presentarle yo también a mis seres queridos, a mis amigos, a Nerea, a mis padres...

Quizá, cuando se termina una relación, dé pereza empezar a hacer ese tipo de cosas, pasar por esos trámites y esos momentos de las presentaciones por ambos lados, pero cuando uno está ilusionado y enamorado, pasar por ese trance parece algo maravilloso.

Sí, querida lectora, enamorado.

Dani se había enamorado.

Dani se intentaba poner su capa de príncipe todos los días.

Dani había encontrado a su princesa.

Dani era feliz.

Dani, o sea yo, estaba encontrado mi camino.

Capítulo 20

Ella

No era la primera vez que Dani me insistía para que conociese a sus amigos. Y, de verdad, no es que no quisiera, solo que, entiéndeme, era mi primera relación seria y quería ir poco a poco, sin presiones.

Aun así, estábamos a principios de noviembre y llevábamos varias semanas juntos. Carmen ya me conocía y aceptaba nuestra relación, y Cris y Valeria estaban encantados con Dani.

Habíamos quedado varias veces más después de aquella mañana de intento de escalada, y digo intento porque mi amiga Valeria no sabía ir a ningún sitio sin montar el espectáculo.

Pero fijo que te has reído, yo me rio cuando me viene a la mente ese recuerdo, fue divertido en parte.

Incluso Dani conocía al novio de Valeria.

Así que, por mucho que me agobiara un poco conocer a todos sus amigos y a la famosa Nerea, suponía que era lo que tocaba. A Dani le hacía ilusión, además, y eso tenía que verlo como algo positivo, pues si no quisiera presentarme a su gente, no iría en serio conmigo o no me querría lo suficiente como para querer vivir su vida junto a mí.

—Me pondré guapa —le había dicho.

—Siempre vas guapa —me contestó él.

Después colgué el teléfono y me preparé para la cena de aquella noche.

Un vestido negro ajustado, una americana de cuadritos muy pequeñitos en colores ocre, amarillo y naranja.

Unos salones de tacón negros en los pies. Bolso de mano negro, labios naturales, con brillo. Un poco de máscara de pestañas. Pelo suelto en ondas.

Un nudito de nervios en el estómago.

«Tranquila, Sofi, todo va a salir bien», me dije a mí misma al tiempo que bajaba hacia mi portal, donde Dani me esperaba dentro de su coche, estacionado en mi calle.

Y todo salió bien, por supuesto, aunque solo fuera al principio.

No sé por qué, el apartamento de Dani cambió ante mis ojos aquella noche. Siempre que había estado allí habíamos sido solos dos, tres como mucho, cuando Carmen nos acompañaba.

Pero aquel día estaba repleto de gente, chicas y chicos, personas hablando alto, contentas de conocerme, haciendo bromas para intentar que me sintiera cómoda y entablar conversación conmigo.

La famosa Nerea, tan guapa como me había imaginado, casi con un aura angelical sobre su cabeza, como si jamás hubiera roto un plato en su vida.

Sus amigas, Alejandra y Cayetana, una con el pecho fuera, dándole leche a demanda a su bebé de un año, llamada Estrella.

La otra, con su media melena castaña perfecta, y su manicura impecable, copa de vino en mano, contando chistes de humor negro.

Carmen revoloteando por allí, como una mariposa danzarina que agradaba a todo el mundo, besando a su madre, besando a su padre.

Su madre, Nerea, esa madre perfecta, dulce y cariñosa que, para colmo, tenía una relación perfecta y, cuando digo perfecta, es perfecta, con su expareja y padre de la niña, Dani.

Dani, mi novio.

Dani, para quien yo sabía que era impensable sacarla de su vida, sobretodo porque tenían un lazo demasiado fuerte, demasiado grande: Carmen.

Víctor y Nacho, muy majos, muy a su rollo.

La mesa que había preparado Dani era perfecta. Canapés, aperitivos, botellas de vino, cestitas con pan.

Encima, como ya sabía, se le daba bien la cocina.

Sí, todo parecía en sintonía. Todo en perfecta armonía, perfección por todos lados.

La único que desentonaba, era yo.

Una copa de vino, dos, una tercera.

—¿A qué has dicho que te dedicabas, querida? —me preguntó Cayetana.

Sonreí de forma forzada y bebí de mi copa.

Carraspeé.

—Bibliotecaria —contesté con otra sonrisa de mentira.

No me malinterpretes, me estaba viendo sobrepasada.

Todos nos felicitaban.

Todos, de alguna manera, nos presionaban por el hecho de haber comenzado algo juntos.

Sentía en el aire como una necesidad imperiosa de estar con Dani sí o sí, porque era el que faltaba del grupo, porque todos estaban emparejados en aquella cena menos Cayetana, que no había acudido con su novio aquel día.

—Me parece un aburrimiento —soltó Cayetana entonces.

Aquello me hizo fruncir el ceño.

—¿Por qué eres así? No le hagas ni caso, Sofia. Está amargada —dijo entonces Nerea.

—A mí me parece un currazo —añadió Alejandra al tiempo que guardaba su pecho y ponía a su niña sobre su hombro para sacarle los gases.

—Sí, para quien le guste —le contestó Cayetana mirando sus uñas por enésima vez aquella noche—. ¿Habéis probado los canapés de salmón? Un espectáculo.

—Exacto. Y a mí me encanta —le contesté un poco cortante.

—Me parece maravilloso que aprobases la oposición. Dicen que son muy difíciles.

Sonreí a Alejandra.

—Sí, la verdad es que lo son.

—Yo creo que no me vería capaz.

—¡Tienes una carrera de enfermería! Por supuesto que eres capaz.

Ella sonrió, agradecida.

—Yo tampoco me vería capaz —confesó entonces Nerea.

—Tú has tenido una suerte que no te la crees, maja. Porque los maestros, sin oposición, os coméis los mocos. Suerte que te pillaron de la bolsa. Y tú, estás en un privado, pero para la sanidad pública imagino que también pedirán cosas parecidas.

Alejandra y Nerea se miraron, después me miraron a mí. Nerea hizo un gesto con la mano para quitarle importancia al comentario que acababa de soltar Cayetana. Luego puso los ojos en

blanco, como si su amiga no tuviera remedio.

—Sí, ya sé que tengo la carrera de enfermería, pero una oposición... Uff, te admiro, Sofia. Además, ahora, con la niña.

En aquel momento el angelito soltó el gas y Alejandra casi lloró de la emoción.

—Ay, qué gasecito tan lindo, mi niña. No, no, pero no me llores tú, corazón de mamá...

Menudos pulmones tenía la criatura... madre de Dios.

—¡Mamá, mamá! ¿Me estás mirando? ¿Eh? ¿Has visto lo que he hecho? ¡Sofía, mírame tú también! —exclamó Carmen corriendo como un torbellino.

Cayetana se bebió de golpe su copa de vino, y yo la imité.

—Es difícil, amiga. Muy difícil... —comentó oteando su alrededor—. Menos mal que has llegado, ya no me siento tan sola entre tanta formalidad.

—¡Dani! ¿Para cuándo otro churumbel? —le preguntó entonces Víctor.

Dani se rio y bebió de su copa. Después me miró y me guiñó un ojo.

—Lo que faltaba —susurró Cayetana descruzando sus piernas y cruzándolas de nuevo, pero intercambiando la que permanecía en el suelo.

Suficiente. No necesité más.

—Voy al servicio, en seguida vuelvo.

Cayetana asintió con la cabeza, aunque no le dio demasiada importancia, pero Nerea sí me persiguió con la mirada hasta que llegué al aseo.

Palpitaciones. Sudor en las manos.

Joder, no debería haber bebido tanto vino, pero ¿qué hacía? ¡Si es que era mi forma de matar el tiempo!

Me abaniqué la cara con las manos y mojé mis muñecas con un poco de agua.

Después observé mi reflejo en el espejo.

«No sé qué mierda hago aquí».

Unos golpes de nudillos en la puerta del baño me sobresaltaron.

—¿Sofía?

Era Dani.

—¿Sí?

—¿Todo bien?

—Sí, eh... sí, todo perfecto.

Tragué saliva y me mordí el carrillo por dentro.

—Genial, te espero fuera.

—Bien.

Dani se marchó y yo saqué mi teléfono móvil del bolso con manos temblorosas.

Pulsé el botón de llamar y mi salvación respondió al instante.

—Cris, ven a buscarme.

Capítulo 21

Él

Sofía me mintió, me mintió desde que puso una excusa tonta que ni recuerdo para salir de mi casa.

Y me siguió mintiendo los días que siguieron a aquella cena.

Me dijo que todo estaba bien, que no había ningún tipo de problema.

Sin embargo, durante toda la semana siguiente no pudo verme, o no quiso, aunque tampoco quise darle una importancia absoluta, pues entre semana no solíamos vernos. Ella tenía turno partido en el trabajo y yo compaginaba el mío con el gimnasio.

De normal hubiéramos hablado por teléfono por las noches, pero aquello tampoco sucedió, por eso empecé a pensar que me estaba mintiendo.

—¿Qué ocurre? —le pregunté cuando me decidí a llamarla después de unos tres días sin compartir línea telefónica por las noches y de aguantar mensajes esquivos por WhatsApp. Ni siquiera le dije hola, saludarla era algo irrelevante para mí cuando la notaba más rara que a un perro verde.

—Hola, Dani. No sé a qué te refieres —me dijo con voz neutra al otro lado de la línea, pero volvió a mentirme, claro, porque sabía perfectamente a qué venía aquella pregunta.

—¿De verdad?

—Sí, no sé de qué me estás hablando.

—Saliste por patas de mi casa, ni siquiera recuerdo la estupidez que me dijiste para irte.

— Ya te dije que está todo bien.

—Y una mierda, Sofía.

Ella guardó silencio al otro lado de la línea y yo me llevé una mano a la nariz, pellizcando mi tabique.

—Perdona. Perdona, yo...

Me disculpé en seguida. Porque era un bocazas de mierda y los nervios por saber qué diantres había hecho mal, me estaban matando.

—No, tranquilo. Te noto nervioso. ¿Estás bien?

—Estoy rayado. Tía, sé que te pasa algo.

—¿No me crees cuando te digo que no? —Su voz sonó molesta esta vez.

—No te creo cuando me evitas.

—¿No te estoy evitando! —exclamó un poco airada.

—Y cuando te alteras cada vez que te pregunto.

—Quizá si no me lo preguntaras tanto...

—Está bien —dijo dándome por vencido—, lo que tú digas. Cuando vuelvas a ser la tía que me volvió loco en aquella discoteca, llámame.

Colgué la llamada. Lo hice porque no pude soportarlo más.

Sabía que era un desastre, sabía que muchas veces la cagaba y no hacía las cosas bien, pero

¿qué había podido hacer mal esta vez?

¡Si había intentado ser el príncipe que toda mujer se merece!

«A lo mejor no todas las mujeres necesitan a uno», pensé entonces.

Sofía no llamó, no al menos aquel día, pero yo me volví loco esperando que mi móvil sonara y fuera ella y llamando a Nerea.

—¿Pasó algo en la cena que yo no sé? —le pregunté casi desesperado.

—¿Algo en la cena? Que yo sepa, no. Solo sé que cuando se marchó al baño tenía la cara un poco descompuesta.

—Justo después de salir del baño es cuando se marchó —dije razonando en voz alta.

—Sí, así es. Dani, ¿pasa algo? ¿Acaso ella te ha dicho algo? —me preguntó Nerea. La cuestión es que la noté preocupada.

—Ese es el problema.

—No entiendo.

—Que no me dice nada, Rubia. Que sé que desde aquel día le pasa algo y no consigo sacarle qué es. No sé qué he hecho mal esta vez.

—¿Has pensado que quizá te esté diciendo la verdad? —me preguntó entonces Nerea.

—Claro que lo he pensado, pero sé que no. Mira, puede parecer increíble, pero la conozco, ¿vale? Sé que hay algo que no está bien y necesito saber qué es.

—Dale un tiempo. Me dijiste que ella nunca había tenido una relación seria, ¿no?

Suspiré, cerrando los ojos.

—Sí, es cierto.

—Pues quizá esté abrumada, no lo sé. Déjala estar, ¿vale? Llegará el momento en el que, si ella necesita decirte algo, lo hará.

Asentí con la cabeza a pesar de que Nerea no me podía ver.

—¿Mejor?

—Dime que puedo llegar a ser un buen novio. Mejor que tú nadie lo sabe.

Se rio dulcemente por la otra línea.

—Has madurado, Danielo. Seguro que eres el mejor novio para Sofía. No tengo dudas.

Sonreí.

—Gracias, Rubia.

Colgué aquella segunda llamada y me dejé caer como si fuera un saco de patatas en el sofá. Quizá Nerea tenía razón y yo estaba montándome una película en la cabeza que realmente no existía.

Quizá no había nada que temer, quizá Sofía solo estaba de mal humor o necesitaba tiempo a solas.

Podía haber mil posibilidades, pero qué pena que de esas mil, yo acabase teniendo razón.

Capítulo 22

Ella

—Me entró el pánico —le dije a Valeria angustiada.

Llevaba varios días evitando a Dani.

Vale, dilo, lo reconozco, dilo: ERES UNA COBARDE.

Sí, soy.

Ya está.

No iba a seguir engañándome a mí misma con todo esto.

Y no, no era una cobarde por agobiarme, era una cobarde por evitar a Dani y no decirle la verdad.

¿No tenía tanta confianza? ¿No era como si nos conociéramos de toda la vida? Entonces, ¿por qué me costaba tanto decirle que me sentía como en una lata de sardinas, como si estuviera encerrada en una jaula?

Obviamente, él no tenía la culpa de eso.

—Sofí, no pasa nada, a todos nos ha pasado en algún momento, en alguna relación. ¿Qué te dijo Cris? ¿Se lo contaste?

—Claro, vino a buscarme a su casa, le mandé un mensaje desde el baño —le dije llevándome una mano a la frente.

Era lo peor. Era lo puto peor del mundo. Dani había organizado aquella perfecta cena para presentarme a sus amigos, a Nerea... y yo... salí corriendo.

—Me dijo que quizá él también se agobiaría. Somos personas muy independientes, creo. Es mi primera relación y, joder, Val... había muchos niños y muchas... madres y...

—¿Muchos niños y muchas madres? —preguntó mi amiga abriendo los ojos por la sorpresa.

—Y me ahogo. Me ahogo, Valeria —le dije muy seria—. No, muchas no, solo Nerea y una amiga suya, Alejandra.

—Ah, bueno, supongo que es lo normal.

—No, yo no lo veo lo normal.

—La gente está con gente, forma familias, Sofía.

—Vale, entonces soy yo la rara —le dije haciendo una mueca, molesta.

—No, yo no he dicho eso —colocó una de sus manos sobre la mía—, solo digo que son vidas diferentes. Ellos son felices así, tú eres feliz sintiéndote realizada en tu trabajo, devorando libros. Y yendo a pubs ochenteros. ¿Qué hay de malo?

—No, nada. No tiene nada de malo, pero ¿y si no soy lo que ellos esperan? Sentía una presión en el aire, ¿sabes?

Valeria parpadeó varias veces.

—Una presión en el aire —repitió ella despacio.

—Sí. Incluso uno de sus amigos, Víctor, le dijo a Dani que para cuándo iba a tener otro

churumbel. Era como si, ahora que estamos juntos, nada ni nadie nos pudiera separar, como si por obligación tuviéramos que estar juntos toda la vida. Yo lo percibí así.

Casi sentí de nuevo la presión en mi pecho, esa sensación que me impedía respirar con normalidad, el sudor de manos, los latidos agolpados en mi garganta.

«Eso se llama ansiedad».

—Eso se llama miedo al compromiso —dijo Valeria para después dar un trago a su café.

«También me vale».

—Pero no es nada que no supiéramos.

—Pero yo quería estar con él a pesar de eso.

—¿Querías?

—Quiero.

—¿Por qué no hablas con él? Explícale lo que sientes, que te agobiaste por un momento, que no estás acostumbrada a este tipo de cosas. Él lo entenderá, es tu primera relación seria, yo lo veo normal. Pero él ya tiene experiencia, estuvo mucho tiempo con Nerea.

—Joder, Nerea...

—¿Qué pasa con ella?

—La complicidad que tienen es...

Valeria arqueó una ceja.

—¿Estás celosa?

—Son...

¿Cómo explicarlo con palabras? Verlos juntos era como ver a una familia, solo que no había nada romántico entre ellos. Era algo extraño a la par que extraordinario. Era algo precioso. No sabía cómo habían podido llegar a ese punto tan sano habiendo roto su relación sentimental después de estar tan quemada, pero lo habían hecho y era lo más beneficioso para ellos, pero, para mí, casi mortífero.

Vi cómo se miraban. Cómo, sin necesidad de palabras, se entendían. Se reían juntos, incluso se hacían muestras cariñosas y, aunque de ahí no pasaban, mi macabra mente no paraba de maquinar cosas absurdas que me ponían enferma.

A eso súmale mi miedo al compromiso, a ser madre; mi agobio por la presión social que sentí en esa cena; mi ignorancia en cuanto a relaciones sentimentales se refiere; mi inexperiencia en aquel terreno que a mí se me hizo pantanoso desde aquel momento.

—Increíbles —dije al fin.

—¿Increíbles?

—Es como si estuvieran juntos, pero sin estarlo. No sé cómo explicártelo, a nivel emocional están conectados, y a nivel sentimental también, pero sin nada romántico de por medio.

—Me está dando *yuyu*, tía.

—No, al contrario, es genial.

—Sí, bueno, lo es para ellos, claro. Y para la niña, sobre todo para la niña.

Asentí con la cabeza, acordándome entonces de Carmen.

Claro que era bueno para ella y, vale que no tenía ni la más pajolera idea de niños, pero quizá todo eso lo hubieran hecho por ella, por su bienestar; y yo también quería el bienestar de Carmen.

Lo pensé dos veces, traté de calmarme. Quizá Valeria tenía razón y hablando con él pudiera sentirme mucho mejor e ir más despacio.

—Quizá hable con él, no sé.

—Debes, amiga. Debes.

Le sonreí de forma débil y al rato me despedí de ella para irme a casa.

Pero de camino tenía claro que llamaría a Dani para darle una explicación.
No, no cantes victoria: acuérdate, cobarde era mi segundo nombre.

Capítulo 23

Él

Cuando recibí la llamada de Sofía no voy a negar que no me sorprendiera, estaba pegado al maldito móvil porque todavía tenía esperanzas de que lo hiciera.

Me citó en su casa para que habláramos, pero no la noté lejana, al contrario, la noté más cercana de lo que la había percibido días atrás. Sin embargo, tampoco era la misma de siempre.

Volví a preguntarle qué le pasaba, si es que acaso yo había hecho algo que le hubiera hecho daño, algo que pudiera haberla molestado.

Sin embargo, yo no era el culpable de nada; estaba agobiada porque tenía mucho trabajo en la biblioteca y llegaba a casa muy cansada, pues estaban llegando colecciones nuevas y donaciones de habitantes del barrio y había que etiquetarlas, clasificarlas y todo tipo de tareas bibliotecarias. Además, estaba teniendo algún que otro problema con el casero.

—¿Quieres que le diga cuatro cosas? —le pregunté cogiéndola de la cintura y atrayéndola hacia mí una vez la tuve delante.

—¿Qué? ¡No! No seas bestia —dijo riendo.

—Te recuerdo que soy abogado, tengo contactos.

Volvió a reírse y por un momento vi a la Sofía que había conocido, esa inseguridad y pasotismo que había visto en los últimos días había desaparecido.

—¿Seguro que estás bien y es eso?

—Sí, sí —me dijo. Luego hizo una mueca—. Hay veces que necesito desconectar.

—De acuerdo.

Deposité un beso en su frente y luego nos abrazamos.

Aquel día Cris estaría fuera, y también la noche sería solo nuestra, por lo que me quedé a dormir.

Vimos un par de pelis dando cuenta de sendos platos de palomitas, cenamos comida china para llevar y después hicimos el amor lentamente en su cama.

Volví a estar completo, a sentirme seguro a pesar de que no terminaba de notarla bien, pero haber recibido sus besos y haber tenido entre mis manos su cuerpecito de nuevo, me hacía sentirme vivo.

No fue hasta la mañana siguiente cuando entonces fui yo el que se rompió.

Cuando me desperté, Sofía ya se había levantado, por lo que no estaba en la cama y desde el exterior de la habitación me llegaba el olor a café recién hecho.

Me moría por verla con aquel moño mal hecho que se ponía en lo alto de la cabeza, y observarla deambular por la casa haciendo cualquier cosa con una de mis camisetas puestas y con sus pies descalzos.

Fíjate, la tontería. Pero aquello me hacía feliz, esa sencillez me flipaba.

Escuché su voz y deduje que estaría en medio de una llamada telefónica, quizá con su hermano o con su amiga Valeria.

—¿Sofía? —pregunté, al tiempo que salía de la habitación y seguía el sonido de su voz como si ella fuese realmente una sirena de cabellos rojos y yo un marinero que se acerca a su merced. Pero no lo hice demasiado alto, porque ella no me escuchó y siguió parlotando en aquella llamada.

Fue entonces cuando escuché algo que me hizo sentir mal, algo que no me esperaba en absoluto.

—No, ¿vale? Y deja de culparme, Valeria.

(...)

—Pues sí, sí, le mentí. Le mentí, ¿y qué?

Arrugué el ceño. ¿De qué estaba hablando? ¿En qué me había mentido? ¿O no se trataba de mí?

—Bueno, pues dime tú si te atreverías a decirle eso.

(...)

¿Decirme qué? Ahí ya sí me di por aludido, até cabos, recordé lo rara que había estado aquellos últimos días atrás.

No sabía de qué iba todo aquello, pero no me olía nada bien y allí, tras el marco de la puerta del comedor, donde ella estaba hablando por teléfono mientras paseaba por la estancia, seguí escuchando.

Y sabía que estaba mal, que no debería haber hecho eso, pero lo hice porque lo creí necesario.

—¿Y qué quieres que le diga? Oye, mira, Dani, salí por patas el otro día de tu casa porque estaba más agobiada que un gorrión enjaulado. Había muchos niños, muchas madres. ¿Qué pretendían que hiciéramos, casarnos? A mí no me amenes con eso.

Abrí los ojos por la sorpresa. ¿De qué iba? ¿Qué demonios estaba diciendo?

—No, Valeria, tía, pero es la verdad. Ya te lo dije, sentía la presión entrar en mi cuerpo por cada poro de mi piel y encima tenía que aguantar cómo se miraban Nerea y él.

(...)

—Ya, ya sé que dije que era algo maravilloso. Pero maravilloso para la niña, que necesita a sus padres unidos, no para mí, que siento que siempre voy a estar a su sombra. Porque Nerea es perfecta, Valeria. Nerea, esto. Nerea, aquello. Nerea, Nerea, Nerea.

No pude soportarlo más y salí de mi escondite, no quería seguir escuchando, no podía.

—Pues Nerea es la primera que me animó a que estuviera contigo —le dije lentamente.

Ella dio un respingo sobre sí misma, de espaldas a mí.

Seguramente cerró los ojos con fuerza, sabiéndose descubierta en su traición.

Porque aquello era lo que había hecho para mí. Traicionarme, mentirme en la cara.

—Valeria, luego te llamo, tengo un problema.

Solté una risa amarga.

—¿Ahora soy un problema?

—Joder... no. Tú, no.

—Pero sí mis amigos. Sí lo es Nerea, ¿verdad? Y Carmen. Y toda mi vida. Menos mal que preferí dejar lo de presentarte a mis padres para más adelante, te hubiera dado un infarto.

—Ya te digo —dijo en un susurro. Pero un susurro que pude escuchar perfectamente.

—¿Qué? ¿Me estás vacilando, Sofia? —le dije acercándome a ella, mis ojos reflejando el dolor que sentía por dentro.

—No, Dani. Te lo puedo explicar. Te puedo explicar por qué he dicho todo eso.

—Ya se lo has explicado a tu amiga y lo he entendido todo.

—No, no. De verdad, Dani.

—Me has mentido. ¿Por qué me has mentido? Lo hubiera entendido. Hubiera entendido que era mucho para ti, que nunca has estado con nadie de forma seria. Hubiera entendido tu agobio, pero has preferido mentirme en la cara, follarme y después criticar a mis espaldas a mi gente, la que tenía tantas ganas de conocerte.

Se quedó parada un segundo.

—A ver, a ver, que... diciéndolo así soy la bruja mala del cuento.

—Pues yo soy el parguela que se queda sin la princesa. Otra vez.

Vi cómo el labio inferior le temblaba.

—No metas tu relación con Nerea en esto.

Me reí de forma amarga.

—¿Que no la meta yo?

Esperé a que contestara, pero guardó silencio, mirándome con temor en sus ojos, a los míos, sabiéndose culpable hasta la médula.

—La has metido tú en esto, Sofia. Desde el principio. Sé que puede confundirte, pero créeme que yo de Nerea hace mucho tiempo que no estoy enamorado, que aprendí que no era para mí. Si tengo la relación de amistad y de cariño que tengo con ella es porque es parte de mi vida, mi primer amor y la madre de mi hija. Si no lo entiendes es tu problema, porque yo te he respetado en todo momento y lo haría siempre, porque te quiero, ¿vale? Te quiero, Sofia. No sé cómo, pero me he enamorado de ti y es algo que no he elegido. Y es una pena que tú no me entiendas a mí. Ni me quieras, porque si me quisieras no me hubieras mentido así.

Tragó saliva e hizo un puchero, sus ojos llenos de lágrimas.

—Dani...

—Has dicho cosas horribles —le dije dolido, porque así es como me sentía—, pero lo que más me ha dolido ha sido que me evites y luego me mientas.

—Lo siento mucho... siento haber hecho esto. No sé hacer las cosas bien.

Suspiré.

—Creía que mi corazón no se podía permitir romperse de nuevo, he descubierto que sí.

—Dani...

—No quiero seguir con esto, no puedo... prefiero retirarme ahora antes de estar todavía más loco por ti.

—Dani, por favor —suplicó acercándose a mí—. Te lo diré, te diré que le tengo pánico al compromiso, que me agobié por un momento porque sentí que teníamos que ser perfectos a ojos de tus amigos, que me sentí inferior a Nerea porque la vi perfecta.

Sonreí de forma triste.

—Tienes que superar ese miedo, Sofia. Por tu bien y por el de la persona que esté a tu lado.

—Pero esa persona eres tú. Solo tú has conseguido enamorarme.

Asentí con la cabeza, en eso tenía razón.

—Ya tienes tu primera experiencia, espero que en la segunda lo hagas mejor. Somos humanos, tenemos errores.

—Yo... no me he encontrado bien estos días —me dijo tragando saliva y tranquilizándose un

tanto.

—Yo me marcho, Sofi. No quiero seguir con esto, yo tampoco he estado bien estos días.

Acto seguido fui a su dormitorio y me puse la ropa del día anterior, pues tan solo llevaba puesto un pantalón de pijama.

Me iría de allí. Una vez saliera de aquella casa, mi historia con la princesa sin corona, habría terminado.

Y salí.

Y mi corazón lloró.

Capítulo 24

Ella

La presión desapareció automáticamente de mi cuerpo.

Ya no tendría que poner buena cara cuando viera las muestras de cariño entre Dani y Nerea; tampoco hacer de tripas corazón.

Ni soportar los comentarios agrios de Cayetana.

Ni tener que parar la conversación porque Alejandra tendría que atender el llanto de su hija.

Ni el correteo de Carmen, ni la perfección de Nerea.

Tampoco comentarios acerca de una futura maternidad que, por mi parte, tardaría mucho en llegar.

Ya no me ahogaba ni me sentía agobiada por tener que lidiar con situaciones para las que no estaba preparada.

Y fui realista, bajé de la nube en la que me había montado la ilusión por Dani.

No es que ya no estuviera ilusionada o no le quisiera.

Le quería, claro que le quería, le quería mucho, muchísimo. Y puede que me hubiera quitado la presión que me apretaba el pecho, como una piedra que nunca se va, puede que ya no me fueran a sudar las manos por no saber dónde meterme, pero me había quedado rota.

Y eso sabía que era algo a lo que me había expuesto al mentirle y no contarle las verdaderas razones por las que me marché corriendo de su casa.

Seguía siendo una cobarde, una patética cobarde a la que salir de su zona de confort había hecho que se hiciera caquita en los pantalones.

Una pusilánime que le tenía pánico al amor.

Una huidiza del compromiso.

Dani había cerrado la puerta de mi casa, se había marchado dejando claro que no iba a volver, y yo todavía sentía en mi piel sus últimas caricias y sus últimos besos.

Llevaba su camiseta y un moño mal hecho, a lo que acostumbraba cuando estaba en casa y a lo que él estaba acostumbrado a ver y tanto le gustaba.

Claro, claro que me sentía mejor, pero ahora me sentía vacía; ahora que había experimentado aquellas sensaciones que leía una y otra vez en las novelas románticas que tanto me gustaba devorar desde adolescente, ahora que sabía lo que se sentía cuando esas famosas mariposas revoloteaban en mi estómago, ahora que sabía lo que era suspirar por alguien que no fuera yo misma... me sentía vacía.

Dani había cerrado la puerta de mi casa, y con ella mi corazón, solo abierto para él.

Tantos hombres me habían hecho el amor y ninguno había conseguido que yo los amara.

Tantos, hasta que llegó Dani.

Daniel.

Tan absurdo y real al mismo tiempo. Te decía las cosas tal y como las sentía, tanto las buenas

como las malas.

Fumaba un cigarrillo y sonreía de forma ladeada. Después, un rato más tarde, otro. Y qué vicio más malo, eso de verle fumar.

Y tú solo te podías preguntar cómo podía tener una sonrisa tan blanca y un cuerpo tan atlético.

Cómo después de haber estudiado abogacía podía preferir trabajar en un almacén de carga y descarga.

Cómo podía sacar esa dulzura con Carmen, esa paciencia infinita; cómo había podido sobrevivir a la separación de Nerea y reparar su corazón si tenía que verla más a menudo de lo que le gustaría.

Fortaleza. Dani estaba hecho de fortaleza y yo había picado su coraza.

Sencillez. Cualquier plan le venía bien, a cualquier cosa se adaptaba.

Superación. Él se empeñaba en decir que su capa de príncipe estaba desvaída, pero a mi parecer estaba perfecta.

Carisma.

Sensualidad.

Bondad.

Ahogué un sollozo en ese momento, dándome cuenta de lo que había perdido por no saber querer, por no saber amar.

Me llevé una mano a la boca, intentando contener el llanto de una manera inútil, pues de mis ojos manaban lágrimas sin cesar.

Yo lo había intentado, en eso podía estar tranquila. Al menos, lo había intentado. Y creía que no lo había hecho tan mal hasta ese momento en el que me había visto superada, en el que había visto que no podría dirigir mi vida tanto como antes, tanto como me hubiera gustado.

Estaba acostumbrada a aceptar de los chicos solamente el sexo, un buen rato entre copas, como mucho un desayuno compartido al día siguiente. Después, adiós.

Y había pasado de eso a querer compartir mi vida con una persona.

Por amor.

Ay, por amor...

Santo M.R Darcy, por amor se hacen demasiadas locuras.

Por amor ha habido guerras entre territorios, traiciones, peleas entre hermanos, amigos, incluso familias enteras enfrentadas.

El amor mueve montañas, es lo más poderoso que existe, el sentimiento más potente y enérgico.

Lo entendí entonces, cuando me rebasó el pecho al cerrar Dani aquella puerta.

Dani, que me había llevado a ver las estrellas, que había sido capaz de enseñarme aquellos puntitos brillantes como nunca antes nadie, ahora me había dejado a solas en un universo oscuro y lleno de soledad.

Cristóbal bufó después de escucharme llorar y moquear sobre sus muslos un buen rato.

—Tranquila —susurró por enésima vez al tiempo que me acariciaba el pelo.

—¿Cómo puedo ser así? —le pregunté entre hipidos y mocos chorreantes que manchaban mi nariz.

Entonces él me acercó otro pañuelo desechable.

—No es culpa tuya.

—Cris...

—Bueno, vale, eso sí. En eso la has cagado, pero eres inexperta. Creo que eso debería darte un poco de ventaja.

—Precisamente porque él ya tiene experiencia en el amor, pasará de mi culo, Cris, que es lo que está haciendo.

—Ya.

—Y lo entiendo.

—Yo también. Pero, Sofi, no puedes hundirte así.

—¡Acaba de suceder! ¿Qué quieres que haga?

—Nada, nada, solo... Bueno, grita y llora todo lo que necesites, esto terminará pasando.

—¿Tú crees?

—La gente no se muere de amor, Sofi.

—Mentira. Mira Romeo y Julieta o Calisto y Melibea.

—Sofi, la gente normal no se muere de amor.

—Esa gente era normal.

—Esa gente son personajes de libros que no existen en la vida real.

Moví mi cabeza hacia un lado, mi nariz todavía moqueante y mis ojos puestos en el techo.

—Pues también es verdad.

—¿Por qué no haces un voluntariado?

—Porque ya te he dicho que solo lo haría si salvo tortugas.

—¿Y si te encuentro uno de tortugas?

—Pues a lo mejor me lo pienso y todo.

La cuestión era huir, ¿verdad? Huir de todo lo que me supusiera una situación distinta a las que estaba acostumbrada.

Huir, huir, huir. Siempre huyendo.

Pero en algún momento tendría que parar y enfrentarme a la realidad que tenía delante.

Capítulo 25

Él

—Me parece surrealista, joder —di un pequeño puñetazo a la mesa y Nerea dio un respingo sobre sí misma. —Lo siento —susurré al darme cuenta.

Pasé las manos por mi cabeza, tenía el pensamiento enmarañado de ella, de sus ojos y su cara y de su pelo. De tanto pensarla.

De tanto flagelarme mentalmente, recriminándome haberme precipitado.

—En parte puedo entenderla —me dijo entonces Nerea.

La miré a los ojos acto seguido.

—¿Me lo estás diciendo en serio? ¿Después de todo lo que ha dicho?

Ella resopló.

—¿No la estoy justificando, Dani! —exclamó entonces—. Solo digo que puedo entender qué la ha llevado a decir esas cosas, a sentirse así, pero no digo que no lo haya hecho mal. Ha hecho mal en mentirte así, eso sí lo pienso.

—Pues yo no lo entiendo. ¿Acaso no se me nota?

Ella asintió.

—¿Acaso no se me nota que estoy loco por ella? —repetí diciéndolo en voz alta, a ver si así se disipaba un poco la intensidad de cómo lo sentía yo por dentro.

Yo me creía que era el más cabrón, pero me estoy notando el corazón, como en aquella canción de C Tangana de la que no recordaba el nombre. Así es cómo me sentía en aquellos instantes.

Había ido de fuerte, había querido proteger a mi corazón a pecho y a espada de los sentimientos, del amor, de la ilusión de las primeras veces, ignorando el hecho de que todo eso no lo podía controlar. Ni yo, ni nadie.

Nerea volvió a asentir con la cabeza.

—Se ha equivocado, Dani, y no pasa nada —me dijo entonces.

Entrecerré los ojos, intentando entender aquellas palabras que venían de parte de Nerea, como si la benevolencia fuera su mayor virtud y estuviera dispuesta a perdonarlo todo, después de lo que había dicho Sofía.

—¿Cómo puedes decir eso después de lo que ha dicho de ti? —le pregunté, no comprendía.

Ella entonces sonrió.

—No me ha sentado bien, obviamente. Pero es alguien que está en otro momento de la vida, alguien a quien le ha agobiado la maternidad que ha visto tan cerca.

—Sigue sin convencerme —admití.

—Nuestra relación es...

—Creo que es lo mejor que hemos hecho nunca, aparte de Carmen.

Ella agarró mi mano entre las suyas, acercándose un poco más a mí.

—Por supuesto. Esto es lo más sano que hemos hecho, Dani. Por Carmen, por nosotros

mismos, por nuestra felicidad.

—Pues ella no lo entiende —dije encogiéndome de hombros, derrotado.

—No lo entiende ahora. No lo entiende porque, si ni siquiera está preparada para una relación sentimental normal, ¿cómo quieres que lo esté para una en la que su pareja se lleva así con su ex y encima tiene una niña?

Sopesé sus palabras unos instantes; quizá tuviera razón. Aun así...

No. Me había hecho daño, me había mentido, sentía incluso que había jugado con mis sentimientos.

—Ya no hay relación, Nerea —le confesé.

Ella se mordió el labio inferior en una mueca y cerró los ojos un instante.

—Lo siento mucho, de verdad. Tú... Yo te veía feliz.

Sonreí de manera triste.

—Lo era. Ha sido breve, lo sé, pero ha sido muy, muy intenso. Yo me he enamorado de ella, ¿sabes? Sin pretenderlo, sin poder controlarlo, porque en las decisiones del corazón nada ni nadie se puede inmiscuir.

Nerea sonrió.

—Lo sé, Dani. Créeme que lo sé, te comprendo.

Me acodé en mis propias rodillas, luchando por contener las lágrimas, por reparar interiormente aquel corazón partido en dos.

—Llora si tienes que hacerlo.

La miré entonces, mis ojos aguados y rojos.

—Pero...

—Soy yo, Dani. Soy yo —me dijo acariciando mi espalda arriba y abajo.

Fue entonces cuando no lo pude evitar y lloré todos los besos de Sofía, sus caricias, su locura, su aliento a fresa en las discotecas, su pequeña cintura, sus rizos rojos...

Lloré por todos los deseos que habíamos pedido juntos.

Por aquel futuro que parecía prometedor porque intentábamos que así fuera hasta decir basta.

Por ella. Sobre todo, lloré por ella.

Necesitaba tiempo; puede que haya personas que no me entiendan o no lo hicieran en su momento, pero me había hecho mucho daño.

Lo peor que se puede hacer con una persona es ilusionarla; reparar, aunque sea en parte su corazón, para más tarde volverlo a romper, traicionando así su amor y su confianza.

Me había mentido en la cara para después decir aquellas cosas horribles.

No, me dolía hasta decir basta, pero no podía volver a verla, no de momento, no podía dejar que volviera a entrar en mi pecho una vez la sacara fuera.

Capítulo 26

Ella

Nunca una Navidad me había parecido tan triste. Cris y yo viajamos a Asturias, donde mis padres habían decidido alquilar una casita una vez se hubieron jubilado porque les encantaba aquella zona de España llena de verde.

De verde y de vacas.

Descubrí entonces que también adoraba a las vacas, al igual que a las tortugas.

Ojalá Cris me hubiera encontrado un voluntariado sobre de vacas.

Yo qué sé... Estaba desvariando, ¿verdad?

Lo más seguro, no te digo a ti que no.

Habían pasado semanas desde que Dani salió de mi casa para no volver a entrar.

Era irónico. Tiempo atrás, cuando todavía no le conocía, los hombres entraban en mi casa, más las puertas de mi corazón permanecían cerradas.

Ahora, quien se había ido de mi casa, quien había cerrado la puerta, había sido él, pero en mi corazón sentía que sería bienvenido siempre.

No había vuelto a verlo, por supuesto, ni tampoco habíamos hablado.

Pero aquella situación se remedió, muy a mi pesar (y digo muy a mi pesar por lo que vi), muy pronto, justo cuando volví a incorporarme al trabajo, después de que las fiestas navideñas hubieran terminado.

La tienda Primark de Gran Vía era gigantesca. Bien, pues no lo suficiente como para pasar desapercibidos el uno del otro.

No pude evitar acordarme de Carmen cuando vi un disfraz de Elsa precioso colgado de una percha. Extendí la mano para cogerlo y....

¡Chas!

Otra mano hizo lo mismo, una que conocía demasiado bien. Sus tatuajes eran inconfundibles. Un vuelco en mi corazón, corriente eléctrica en mi piel.

Al instante, quité la mano como si la suya me hubiera quemado.

Ambos alzamos las miradas y nuestras pupilas chocaron.

—Vaya... eh... hola.

—Hola —contesté yo con un hilo de voz.

No debí mirar a la izquierda y posar los ojos sobre aquellos que me eran desconocidos. Unos ojos femeninos que me escrutaban de arriba abajo.

Arrugué el ceño sin pretenderlo, como si haciéndolo dejara a la vista lo que opinaba de aquello que, créeme, no era nada bueno.

¿Así era como se sentían los celos? Qué desagradable.

Carraspeé y Dani miró a la chica para más tarde volver a mirarme a mí.

—Estaba... A Carmen le trajeron los Reyes Magos el disfraz de Ana, pero resulta que quería

el nuevo disfraz de Elsa. Este —dijo señalando la prenda.

Asentí con la cabeza.

—Bueno, es que Carmen prefiere siempre a Elsa —dije.

Dani asintió.

—Esta es Mónica —me dijo señalando con el dedo a su acompañante.

Sonreí de manera forzada, luchando por contener las ganas de llorar que se habían comenzado a formar dentro de mi pecho.

—Encantada.

—Sofía, mi... Bueno, nos conocimos hace tiempo —dijo entonces.

«Estúpido, canalla...».

La tal Mónica asintió con la cabeza, pero no dijo nada.

—Bueno, que tengas un buen día. Me alegro de volverte a verte —le dije queriendo salir de allí por patas.

Nada sorprendente, creo que ya me conoces.

—Espero que estés bien —me dijo cuando yo ya me había alejado unos cuantos metros.

Alcé mi dedo pulgar en su dirección y me marché de allí, dispuesta a no mostrar mi malestar por aquella situación delante de él.

¿Y él era el que no quería abrir su corazón? ¿El que decía que no estaba preparado?

Me reí yo de eso entonces.

¿Cómo se atrevía? Yo estaba rota. ROTA. RO-TA. Y él... él ya estaba acompañado de otra mujer.

Otra que no era yo, alguien ajeno a mí, que ni siquiera conocía.

Alguien más perfecto que yo, con experiencia en relaciones.

Alguien valiente, sin miedo al futuro, sin miedo al amor.

Suponía que ese era el “alguien” que Dani merecía, a pesar de que verlo con ella me hubiera dolido, a pesar de que me hubiera partido en dos.

No me encontré bien de repente, haberlo visto acompañado por aquella chica, la cual era despampanante, por cierto, me había descompuesto, por lo que me marché a casa sin comprar aquello que había ido a buscar, ya ni siquiera recordaba lo que era.

¿De verdad era así el amor? Me negaba en redondo, entonces.

Un sentimiento tan grande, tan bonito, que te hacía sentir como si estuvieras flotando en una nube esponjosa y suave, no podía doler. No, no podía doler así.

Había leído millones de historias de amor, me había refugiado en los libros desde que tenía memoria.

Había sido una fiel espectadora de las relaciones afectivas y románticas más famosas de la literatura.

Me había volcado junto a esos protagonistas, a través de las páginas; había incluso empatizado con ellos, a pesar de no sentir nunca lo que ellos sentían.

Pero nunca había estado en su lugar en la vida real; nunca, hasta que Dani apareció.

Después de haber sentido todo lo que él me hizo sentir, me negaba a que el amor pudiera tener doble cara y doler de forma tan intensa.

Supongo que eso tenía otro nombre y se llamaba desamor.

Al menos, así lo bauticé yo.

Dani parecía haber rehecho su vida y yo...

Yo a pesar de no haber vuelto a besar otra boca ni tocar otro cuerpo, seguía tan sola como siempre.

Llena de libros, llena de páginas que contaban historias de las que volvería a ser una espectadora, pues había comprobado que, y tal vez por eso nunca me había enamorado, el destino no tenía preparada para mí una gran historia de amor.

No era digna, no.

Capítulo 27

Él

Admito que no fue nada acertado encontrarme con Sofia en aquel lugar. Y mucho menos acompañado de Mónica.

Seré sincero. No, no es lo que piensas, no estábamos liados por mucho que ella quisiera.

Ni siquiera un beso.

No, de verdad, no estoy mintiendo.

No tuve nada con Mónica. Era una compañera del gimnasio con las que me llevaba muy bien, pero, sin más.

Quizá cometí el error de no presentarle en condiciones a Sofia.

Pude ver un atisbo de dolor en su cara, y no negaré que verla me transportó de nuevo a aquellos momentos en los que estábamos juntos.

Estaba preciosa, todo hay que decirlo. Triste, pero preciosa.

Vi cómo el gesto de su cara se transformó cuando se percató de la presencia de Mónica a mi lado.

No pretendía herirla, no pretendía hacerle daño a pesar de que ella me lo hubiera hecho a mí.

Joder.

Sentí que todo se complicó aquel día. Tan solo quería cambiar el disfraz de Carmen por otro.

Mónica quiso acompañarme. Pasábamos tiempo juntos, pero, repito que no pasaba de una amistad, al menos por mi parte.

Fue un tanto incómodo. ¡Ni siquiera supe qué decirle! Ni tampoco cómo comportarme.

Fui tan estúpido. Un idiota rematado.

Y se fue. Aunque aquello no era ninguna novedad para mí, era su vía de escape. El espacio para correr era la vía de escape de la chica pelirroja.

Me pregunté si ella habría rehecho su vida, si habría besado ya otros labios con la tranquilidad de no tener compromiso con ellos.

Era lo que ella quería, lo que necesitaba para vivir en calma, para ser feliz.

¿Cómo había podido hacerme ilusiones de que alguien tan libre como Sofia querría estar con alguien como yo, con mi historial?

Pensé entonces que había sido un error pensar que alguien con ese modo de vida aceptaría mi relación con Nerea y aceptaría que Carmen para mí era lo primero en mi vida.

Me equivoqué.

Aun así, pensar que ella ya estaba lista para una nueva aventura, que quizá ya la había tenido con alguien que no era yo, me mataba por dentro, hasta el punto de querer reventar la cabeza del dichoso tío que sí fuera apto para ella porque, a las claras había quedado, que yo no lo era.

Capítulo 28

Ella

—¿Me estás diciendo que una tía iba con él? —me preguntó Valeria al otro lado de la línea al día siguiente.

Era viernes y estaba en la biblioteca, justo un rato antes de que comenzara la obra de títeres que hacíamos cada viernes.

Aquel día estaba vacía prácticamente. Incluso dudaba de que niños y niñas vinieran.

Hacía frío en Madrid, y acababan de pasar las fiestas navideñas, por lo que los peques preferían quedarse en casa jugando con sus nuevos juguetes. Y, para qué mentir, los padres también.

Como he dicho, hacía frío en Madrid y, además, aquel día también estaba lloviendo.

Un par de estudiantes hincaban los codos en las mesas, dando el último esfuerzo de la semana antes de descansar el par de días que duraba el *finde*.

—Sí, Val, iba con él —contesté suspirando al tiempo que paseaba por el *hall* de la biblioteca, mirando hacia el exterior, observando cómo las gotas de lluvia repiqueteaban placenteramente contra el suelo.

—No me lo puedo creer —dijo mi amiga.

Volví a suspirar.

—Estaba claro que yo no era para él y ya está.

—Tuviste un error. ¿Acaso él no es humano y no comete errores? Todos lo hacemos —me contestó indignada.

—Ya, ya sé que todos lo hacemos. Me equivoqué y todo el mundo tiene derecho a hacerlo. Aun así, no soy para él —admití, porque realmente lo pensaba, sobre todo después de haberlo visto junto a otra mujer—. Ni para él, ni para nadie.

—¿Puedes dejar ya de flagelarte? ¿Quieres también una cruz para clavarte de pies y manos y hacer la versión femenina de Jesucristo, Dios del universo?

Hice una mueca. ¿Estaría exagerando?

—Estás siendo demasiado dura contigo misma, ¿sabes?

—Es posible, pero es que no termino de perdonarme.

—¿Por qué no?

—Porque conseguí sentir el amor, ¿lo entiendes? Conseguí sentirlo gracias a él, pero por ser como soy, lo he perdido.

—Volverás a enamorarte.

—¿Qué pasa si no lo hago? —le pregunté con verdadera angustia, pues lo cierto es que era una cuestión que me carcomía las entrañas.

Me vampirizaba por dentro.

Era un pensamiento demoledor.

—Te estás auto exigiendo, y creo que ese ha sido el problema que has tenido desde el principio. Te has auto exigido para estar a la altura de Dani. Has pensado desde el minuto uno, que él era mejor que tú, que no estabas a su altura porque él ya tenía experiencia y tú no. Primero ha sido Dani, después ha sido Nerea. ¿No te das cuenta?

Parpadeé un par de veces. Valeria tenía razón.

Tan ensimismada estaba en aquellos momentos que no me percaté de que algunos niños y niñas estaban entrando en la biblioteca.

Suerte que los que se encargaban del teatrillo estaban en todo y a punto de comenzar.

Unos rizos rubios y alborotados corrieron frente a mí en dirección a la sala infantil.

«Carmen».

—La verdad es que no sé qué decirte, Valeria. Pero tienes razón en todo lo que me has dicho.

—¿Lo pensarás para dejar de hacerte daño? —me preguntó al tiempo que yo seguía observando a la pequeña.

En un primer momento esperé ver a Dani acompañándola tanto a ella como a su amiga María como en otras ocasiones. No lo vi, sin embargo, pues era Mónica la acompañante.

Arqueeé una ceja, Valeria esperaba al otro lado de la línea mi contestación. No obstante, tuvo que esperar cuando observé cómo la tal Mónica cogía a Carmen del pelo disimuladamente, un manojo de rizos en su puño, para frenarla en su carrera hacia el teatro.

Ahogueé un grito.

—Valeria, te tengo que dejar.

—¿Estás bien?

—Luego te llamo, acabo de ver algo que...

—¿Qué?

—Hablamos luego.

Colgué la llamada y me dirigí hacia la sala infantil.

Carmen había parado de correr y María se había agarrado a su mano.

No lo pensé, no lo pensé ni siquiera un minuto. Me acerqué a ellas.

—Hola, princesas —les dije dulcemente.

Carmen se dio la vuelta cuando me escuchó y al verme se le iluminaron los ojitos.

—¡Sofi!

Se tiró a mis brazos y me abrazó más de lo normal. La apreté entre los míos y le susurré al oído:

—¿Estás bien?

La pequeña asintió con la cabeza para un instante más tarde mirarme y sonreírme.

—Ya no vienes a casa.

Carraspeé y la bajé al suelo.

—No, pero tú puedes venir a verme aquí cuando quieras. Hoy hacen el cuento de *La Cenicienta*.

Carmen dio unas cuantas palmaditas con sus pequeñas manos y acto seguido cogió a su amiga María para sentarse a ver la obra de teatro.

Sentí la fría mirada de Mónica sobre mí, me escrutaba y por un momento me hizo sentir realmente incómoda.

—¿Qué? —le pregunté.

—Nada.

La miré de arriba abajo de manera reprobatoria, si por mí hubiese sido le hubiese arrancado la cabellera en ese preciso instante.

—Dani se va a enterar de lo que has hecho.

Ella abrió mucho los ojos, volviéndome a mirar.

—¿De lo que he hecho?

—Sí —le dije muy segura, aunque llamarlo por teléfono me diese un canguelo que ni yo misma me creía—. Lo he visto.

Mónica se rio.

—Corría demasiado.

—¿Estás de coña?

—Corría demasiado —me repitió encogiéndose de hombros—. Haz lo que quieras, dudo que a Dani le haga gracia que su exnovia celosa y psicópata me haya montado un numerito delante de su hija y su amiga.

—¿Disculpa? Yo no...

Entonces comprendí lo que quería hacer: inventarse esa patraña para que yo perdiera credibilidad.

Fruñí los labios hastiada y me marché de allí, pues las luces se apagaron, puesto que la obra iba a comenzar, pero antes, le dije:

—Eso ya lo veremos.

Debía hacerlo, debía hacerlo de inmediato, además. No podía permitir que la bruja de Mónica le fuese con aquel cuento chino antes de saber la verdad, antes de saber que Carmen, en las manos de esa mujer, no estaba en un lugar seguro.

Marqué su número de teléfono y esperé.

Un tono, dos, tres...

Pensé entonces que, si Mónica había llevado a las niñas, sería porque ni Dani, ni Nerea, ni siquiera Nacho, podían llevarlas, por lo que era muy probable que no me cogiera la llamada.

Pero, para mi sorpresa, lo hizo.

Jadeaba y le faltaba la respiración.

—¿Dani? —pregunté un poco preocupada—. ¿Estás bien?

—Estoy en un entrenamiento muy importante, he ido un momento al vestuario y justo he visto tu llamada. ¿Qué pasa?

—Oh. Bueno, no quería molestarte. No sé ni cómo me he atrevido a llamarte. Es Carmen.

—¿Carmen? ¿Le ha pasado algo? Iba a la biblioteca con...

En ese momento guardó silencio.

—Verás, he visto algo que... ¿podríamos vernos luego, cuando termines?

—Esto no será una excusa, ¿verdad? —dijo entonces.

—¿Disculpa?

—¿Carmen está bien?

—Sí, pero... Mónica...

Le escuché bufar al otro lado de la línea.

—Sé lo que vas a decirme, que cómo es que la ha llevado ella... En fin, estoy entrenando, Sofía.

—Pero, Dani, no, espera.

—¿Qué?

—Le ha estirado del pelo.

—¿Cómo?

—Lo he visto.

—Oye, Sofi... Mira, sé que la última vez que nos vimos no estuve muy acertado. Quizá tuve que aclararte que Mónica y yo... En fin, entre Mónica y yo no hay nada.

—¿Eres imbécil? No te estoy diciendo nada de ella —le recriminé bajando la voz, pues la había subido sin querer—. Te estoy diciendo que no me gusta cómo ha tratado a Carmen.

—¿Ahora te preocupas por Carmen? —preguntó. A continuación, le escuché reírse de forma amarga.

—Siempre me he preocupado por Carmen —le contesté, dolida.

—Deja ya el numerito, ¿vale? La cagaste y no hay más. Tengo un entrenamiento muy importante del que tú me estás robando tiempo. Nunca le dejaría a Carmen a nadie que pudiera hacerle daño.

Parpadeé varias veces, intentando digerir las palabras que acababa de escuchar.

—¿Estás siendo tan rastrero en serio? —le pregunté al borde de las lágrimas.

—Seré lo que quieras, pero soy el único que consiguió enamorarte. Te guste o no.

—Gilipollas.

Colgué la llamada, tan frustrada que apreté el teléfono móvil entre los dedos hasta que mis nudillos se pusieron blancos, llena de ira, dolida hasta decir basta.

Controlando las lágrimas, cerré los ojos y respiré hondo para intentar calmarme.

Dani no me escuchaba, pero sabía de alguien que sí lo haría.

Capítulo 29

Él

—¡No puedo creérmelo! —exclamó Nerea nada más entrar en mi casa como un vendaval.

Habían pasado tres días desde que Mónica llevase a las niñas a la obra de teatro de la biblioteca.

Desde que Sofía me llamase por teléfono para contarme... ¿qué? ¿Qué me había contado realmente?

Un ataque de celos, eso es lo que le sucedía.

Me pareció como el perro del hortelano: no comía, pero tampoco dejaba comer a los demás.

Mónica ya me lo había advertido, aunque leyera su mensaje después de cogerle la llamada a mi exnovia.

Le montó un numerito de celos, en plena biblioteca, delante de Carmen y María.

Vaya tela...

Mucha tela. Demasiada.

Aquel día tenía un entrenamiento muy importante, estaba a punto de cumplir mi objetivo del mes, y Mónica se ofreció a llevar ella misma a las niñas para que yo lo consiguiera. De lo contrario, tendría que haber faltado al entrenamiento o haberlo hecho más tarde, y yo el deporte me lo tomaba muy en serio.

Más tarde entendí que me había equivocado.

No se lo dije a nadie, por supuesto. Nadie, salvo Sofía, sabía que había sido Mónica quien había llevado a las niñas a la obra de teatro aquella tarde.

Era mejor así, aunque lo que no me imaginaba era el motivo por el que Nerea había entrado tan enfadada a mi casa.

—¿Qué pasa? —le pregunté sin entender nada.

—¿Tú de qué vas? ¿Eres imbécil?

—¿Cómo? Eh, te calmas, ¿vale? ¿Qué pasa, Nerea?

—¿Cómo puedes ser tan cínico y tener la bragueta tan floja?

—¿Perdona?

—¿Me estás vacilando, Daniel? —me preguntó muy seria.

Fue en ese instante en el que comprendí que pasaba algo grave, algo de lo que yo era completamente ignorante.

—Nerea, no. No te vacilo, pero es que no entiendo nada. ¿Puedes decirme qué pasa?

—Tú no llevaste a Carmen a la obra de teatro —me afirmó con el rostro muy serio.

Me humedecí los labios con lengua y tragué saliva. Suspiré. ¿Cómo lo sabía?

—No, no lo hice —admití, porque odiaba las mentiras.

—Y no te imaginas cómo de grave es esto.

—¿Cómo? —Seguía sin entender nada.

—¿Qué mierda te pasa, Dani? ¿Qué mierda te está pasando para que pongas en peligro a

Carmen?

—¿Para que ponga en peligro a Carmen?

—¡Sofía te avisó! —exclamó entonces airada.

Entrecerré los ojos.

—¿Sofía?

—Sí, y no le hiciste caso.

—Espera, espera, espera, porque estoy flipando.

—Yo sí estoy flipando contigo. ¿Cómo se te ocurre dejar a Carmen con esa mujer? ¿Estás pirado?

Debo reconocer que hacía mucho tiempo que no la veía así de enfadada.

—¿Cómo lo sabes? ¿Cómo te has enterado de esto?

Ella se rio, pero lo hizo por no partirme la cara, estoy seguro.

—¿Lo has hecho más veces?

—¿El qué?

—Eludir tus responsabilidades con Carmen.

—¿Sabes de sobra que no! ¡Joder, Nere! Tenía un entrenamiento muy importante, iba a conseguir el objetivo. Mónica se ofreció a llevar a las niñas para que yo fuera al gimnasio. Me entendió porque ella también entrena. Las hubiese llevado yo, de lo contrario.

—Mónica no trató bien a Carmen, Dani.

—¿Qué? ¿Cómo? ¿Sofía ha hablado contigo?

—Sofía llamó a la madre de tu hija, ya que su padre estaba demasiado ocupado para escucharla.

—¿Y te la crees? —me reí socarrón—. Le montó un numerito absurdo de celos a Mónica en plena biblioteca. Me mintió a mí mismo en la cara tiempo atrás.

—No lo hizo.

—¿La crees a ella antes que a mí? ¿Antes que a Mónica? ¿Qué te pasa? ¿Tú también vas a montarme el espectáculo?

—A esa Mónica no la conozco y tú me ocultaste que no llevaste a las niñas a la biblioteca. Además, ¿por qué criticas los numeritos si tú eras el primero en hacerlos?

Suspiré y me dejé caer en el sillón del salón. Nerea me siguió y se sentó en el sofá que había enfrentado a mi asiento.

Solo una pequeña mesa de cristal nos separaba. Eso y mi mentira.

—Yo no estoy con Mónica —le aclaré.

—Bien, porque no la quiero cerca de Carmen.

La miré a los ojos tras escuchar esa última frase.

—Crees a Sofía.

—Sí. Y tú también la vas a creer en cuanto lo veas.

—¿Ver qué?

Nerea sacó un pendrive de su bolso y lo conectó a mi televisor. Unas imágenes en blanco y negro aparecieron en la pantalla y comencé a reconocer a las personas que salían en ella.

—Ahí está, la tarde del viernes en la que tú debiste llevar a Carmen y María a la biblioteca —dijo remarcando muy bien la palabra “tú”.

Y así, ante mis ojos, pude ver cómo Mónica resultaba ser la mentirosa y no Sofía.

Sofía, mi Sofía, la que me había pedido que la llevase a ver las estrellas meses atrás, contagiándome su locura infinita.

La que me había enamorado y a la vez me había permitido acceder a su corazón, virgen de

amor.

La que después, como humana que era, había errado; la que me había dejado ir, marchar de su casa.

La que me había llamado en cuanto había avistado peligro relacionado con Carmen.

A la que no había creído, con la que me había comportado como un estúpido imbécil.

Vi a Carmen seguida de María correr por el *hall* de la biblioteca, ya se sabía el camino hacia la zona infantil, donde los pequeños disfrutaban de las obras de teatro.

A Sofia hablando por teléfono sin percatarse de eso en un principio.

Mónica se acerca a Carmen y toca su cabeza.

Me acerqué más al televisor, fijándome con brillante interés en los movimientos de mi compañera del gimnasio.

Cierra su mano en un puño con los tirabuzones de Carmen enredados en él.

Mi niña para de caminar. Mónica pega el estirón de forma tan disimulada, que es prácticamente imperceptible.

Sofía se percató de ello, sin embargo.

Y me llamó acto seguido.

Vi también cómo corrió hacia Carmen y cómo la niña se tiró a sus brazos, contenta de verla.

Después unas palabras entre las dos mujeres.

Me llevé las manos juntas hacia la cara, apoyando los dedos sobre la nariz, cerrando los ojos fuertemente de cuando en cuando, dándome cuenta de mi error.

Un error que nos afectaba a todos. Desde Carmen hasta Sofía, pasando por Nerea.

Me cercioré, también, de que el vínculo de esas tres personas, de esas dos mujeres y de mi niña, era yo.

Y qué casualidad, joder, que las tres eran importantes en mi vida.

—¿La crees ahora?

—Ella fue a buscarte, ¿verdad?

Nerea asintió con la cabeza.

—¿Cómo se te ocurrió?

—Yo... no pensé que... Joder —me fustigué mentalmente, sintiendo cómo mis ojos se llenaban de lágrimas.

—Ha sido un error —dijo Nerea.

Asentí con la cabeza, mis labios apretados.

—Pero por suerte no ha ido a más. Sofía se dio cuenta.

Volví a asentir.

—Y yo me he portado como un capullo con ella.

—Pues sí.

—Pensaba... yo estaba... me hizo daño.

—También me lo hiciste tú a mí. Y a ella cuando quiso advertirte para proteger a Carmen. Todo el mundo se merece segundas oportunidades.

—Y yo tuve muchas —dije más para mí mismo que para ella.

—Y Sofía no ha tenido ninguna —me recordó.

—¿Podrás perdonarme? ¿Otra vez? —le pregunté con la voz rota y mis ojos deseando explotar en lágrimas.

Deseé en ese momento tener a Carmen delante. Pedirle perdón una y mil veces por mi descuido, por anteponer el deporte a estar con ella, a llevarla a ver la obra de teatro.

Deseé poder besar su pequeña cabeza rubia y rizada, sus manos.

Abrazarla.

Nunca, nunca había dejado mis responsabilidades con ella.

Y encima...

—¿Podrás perdonar tú a Sofía? —me preguntó Nerea haciendo que despertara de mi ensimismamiento.

«Antes tengo que perdonarme a mí».

Capítulo 29

Ella

Días atrás

Sentía que debía actuar con rapidez, tenía esa necesidad. Dani no había querido escucharme; es más, habíamos tenido aquella discusión absurda en la que, suponía, había dejado ver una de sus sombras: la prepotencia.

Esa chulería con la que me había hablado, la forma en la que me había tratado, era nueva para mí, pero ya estaba empezando a acostumbrarme a salir de mi zona de confort y enfrentarme a cosas nuevas, por lo que, aunque me dolió, intenté dejarlo a un lado para hacer lo que tenía que hacer, y hacerlo bien, que era lo importante.

—No te imaginas lo que me cuesta venir hasta aquí y enfrentarme a ti —le dije a Nerea una vez la tuve delante.

Había acudido a su casa a pesar del temblor de piernas que me provocaba hacerlo y tenerla cara a cara.

Dani me había grabado tiempo atrás su número de teléfono en mi móvil por si algún día había alguna urgencia.

Y eso, para mí, lo era. No importaba el tiempo que hubiéramos estado Dani y yo sin hablarnos, ni la distancia, ni tampoco el error que cometí meses atrás o el error que había cometido él al no creerme. No importaba porque Carmen había estado custodiada por una persona que no me había parecido trigo limpio.

Cuando llamé a Nerea y le pedí hablar con ella se sorprendió, cosa que no me extrañó en absoluto, yo también lo hubiera hecho.

Le demandé la dirección de su casa y ese mismo día, cuando terminé mi jornada laboral en la biblioteca, acudí siguiendo las señas que me había dicho y, bueno, ahí estaba, cara a cara.

—Me has asustado —me dijo apartándose de la puerta para que yo entrara en su casa.

—¿Estás sola? —le pregunté.

—Sí. Nacho ha quedado con un compañero del colegio para tomar algo.

Asentí con la cabeza.

—Sofía, ¿pasa algo? A ver, no me malinterpretes, pero no entiendo qué haces aquí.

Suspiré.

—He llamado a Dani.

Nerea abrió la boca formando una perfecta “o” con sus labios.

—Vale. Siéntate, por favor. ¿Qué quieres tomar?

—Agua está bien. Gracias.

Nerea se marchó a la cocina y al poco volvió con un botellín de agua pequeño y un refresco de naranja para ella. Un plato de patatas de bolsa adornó el centro de la pequeña mesa que nos

separaba entre sillón y sillón.

—¿Qué te ha dicho? —me preguntó.

—No le he llamado por lo que tú piensas.

Entonces ella arrugó el ceño.

—¿No?

—Le he llamado por esto —dije al tiempo que hurgaba en mi bolso para dar con el objeto que me interesaba.

No caería de nuevo en la misma trampa, no me arriesgaría a que Nerea tampoco me creyera, por lo que mi ingenio me obsequió con la idea de copiar en un pendrive las imágenes de la cámara de seguridad de la biblioteca.

—¿Qué es?

—Dani no me ha creído cuando se lo he contado, así que he pensado que sería buena idea que tú lo vieras.

Nerea cogió el pendrive cuando se lo tendí y no tardó en conectarlo al televisor.

Se puso pálida cuando vio las imágenes, cuando vio a Mónica tratar a Carmen de manera inadecuada.

Y se llevó la mano a la boca cuando me acerqué para hablar con la niña y la pequeña me abrazó.

Tragué saliva.

—No sé qué significa esto, pero... —dijo airada. Luego se levantó del sillón y paseó por la estancia, nerviosa.

—Sé que lo que hice no estuvo bien. Imagino que lo sabrás, que Dani te lo habrá contado —le dije.

Nerea asintió con la cabeza.

—Pero eso no significa nada, Dani y yo nos lo contamos todo.

Agaché un poco la cabeza y dije en un susurro:

—Me hago cargo.

Ella se acercó a mí y se sentó a mi lado, sobre el brazo del sillón.

—Ey, Dani te quiere más de lo que piensas.

La miré.

—¿En serio?

—Sí. Y no, no estuvo bien lo que hiciste, pero en parte puedo entenderte. La presión social es muy mala, éramos desconocidos para ti, que nunca habías tenido una relación seria. Te agobiaste.

—Sí, me agobié.

—Y también entiendo que tuvieras celos.

—¿Celos?

—De mí.

Hice una mueca.

—No eran celos exactamente, era... parecéis una familia.

Nerea sonrió.

—Es que somos una familia. Sigo yendo a casa de los padres de Dani a comer, a cenar... Él a casa de los míos, aquí... En fin, cuesta, pero es lo mejor para Carmen y para nosotros. Al final, el uno en la vida del otro somos importantes, aunque te aseguro que no volverá a pasar nada romántico entre nosotros. Pero había hueco para ti en nuestra familia, Sofía.

Se me humedecieron los ojos.

—Lo siento mucho, no... supe hacerlo bien. Y le hice tanto daño a Dani... No debí mentirle.

—Dani está enamorado de ti. Nunca lo había visto así.

—Pues hoy se ha comportado como un imbécil —le dije con toda la confianza del mundo.

—¿Te cuento un secreto? Dani es un imbécil, y cuanto antes lo aprendas, mejor para ti.

Sonreí.

—Pero cuando quiere a alguien, lo quiere de verdad, y por ti, Sofía, está loco.

Sonreí.

—Ahora, también te digo que va a cagarse. De primeras, no entiendo por qué no ha llevado él a las niñas.

—Tenía un entrenamiento muy importante, al menos eso me ha dicho.

Nerea se rio de forma amarga.

—Se va a cagar —me dijo mirándome muy seria.

—Esa mujer... no sé cómo es capaz de hacer eso.

—Y a esa... no quiero verla cerca de mi hija nunca, porque no respondo.

Negué con la cabeza.

—Estoy segura de que, si Dani ve las imágenes, la echará de su vida.

—Más le vale. ¿Vas a seguir mi consejo?

—¿Tu consejo? —le pregunté confundida.

—Dani va a volver a ti. Hazme caso. Ahora, quien se ha equivocado, ha sido él.

Asentí con la cabeza y me levanté del sillón. Ni siquiera había probado el agua o las patatas, la conversación había sido intensa, pero había terminado.

—¿Puedo quedarme con el pendrive para hablar con él? —me preguntó.

—Claro. ¿Yo... puedo quedarme con tu número por si... no sé...?

—Ven aquí —dijo abriendo los brazos. Me acerqué a ella y, no sé la razón, pero sentí aquel abrazo como uno de los mejores de mi vida—. Mereces la pena, y si Dani no se da cuenta, es que es más estúpido de lo que pensaba.

Sonreí sobre su hombro y le susurré al oído:

—Gracias.

—Llámame cuando lo necesites, no importa lo que pase con el cabezón ese. Tú, llámame.

Me marché de casa de Nerea con una energía renovada que no descubrí que me hacía falta hasta ese momento, cuando la sentí dentro.

No, Nerea seguramente no fuera perfecta, pero mi inseguridad la había idealizado. La incertidumbre por enfrentarme a la importancia que tenía en la vida de Dani, que tanto él me había remarcado, se había apoderado de mí y me había hecho sentir miedo.

Y sí, me había equivocado, pero Dani también, y se lo dejaría claro si llegaba el momento de enfrentarnos cara a cara.

Capítulo 30

Él

Cambié de gimnasio, por fin me apunté al de Víctor, como tantas veces me había insistido. Eso sí, pedí que mi entrenador no fuera él, ya sabíamos por experiencias anteriores que aquello no funcionaba, acabábamos siempre discutiendo.

Demandé a Mónica, tenía pruebas suficientes para hacerlo y, además, si hubiera podido hubiera llevado el caso yo mismo, pero preferí dejarlo en manos de mi abogado.

Volví a pedir perdón a Nerea. Pasé tiempo con Carmen, tratando de alguna manera de paliar mi error con ella.

Me replanteé las cosas, dándole muchas vueltas a la cabeza, tantas que conseguí que me doliera durante un par de días seguidos.

Tenía el cerebro inflamado de tanto pensar en Sofía, en lo nuestro, en su error, en el mío, en cómo le había hablado y en lo capullo que había sido.

Tenía claro que en algún momento volvería a salir el Dani que había sido, uno de los motivos también por los que no me había dedicado a ejercer la abogacía. Era arrogante y, en ocasiones, chulesco. Me había partido la cara en la calle más de una vez, sabía de sobra que no podía ponerme a defender lo indefendible o a debatir con el fiscal cosas absurdas.

Me había pasado con Sofía, ella no se merecía que le hablase así. ¿Qué importaba ese estúpido entrenamiento? Solamente me estaba advirtiendo y yo creí antes a Mónica que a ella después de todo lo que habíamos vivido.

Después de la intensidad con la que nos habíamos enamorado y lo fuerte que todavía me seguía latiendo el corazón al pensar en ella o escuchar su voz.

Menudo gilipollas, todavía no había tenido huevos de plantarme frente a ella y obsequiarla con una disculpa.

No, hasta aquel día, en el que me dije que ya era suficiente y que tenía que arreglarlo.

Para cuando Sofía me abrió la puerta de su casa, yo ya tenía la boca como el esparto de los nervios.

Incluso tartamudeé al saludarla.

Llevaba puestas unas mallas ajustadas y una sudadera ancha.

—¿Dani?

—¿Puedo pasar?

—Cris no está.

Asentí con la cabeza, sin querer repetirle de nuevo la pregunta. Ella se apartó de la puerta para dejarme espacio y entré dentro de la vivienda, recorriendo el pasillo hasta llegar al salón.

—¿Qué haces aquí? —me preguntó entonces.

Iba sin maquillaje y llevaba hecho un moño bajo despeluchado.

Estaba preciosa y yo... yo había sido un idiota.

Carraspeé, no sabía ni por dónde empezar.

—Cometí un error.

Ella se sorprendió ante aquella afirmación, pude verlo en el gesto de su cara.

—Bueno, yo también. Somos humanos —dijo al tiempo que se abrazaba los brazos ella misma.

—Fui injusto contigo. Tú solo me estabas avisando de algo muy importante sobre Carmen y yo... Dios —me senté en el sofá y me llevé las manos a la cara—, no sé ni cómo he podido venir hasta aquí y ponerme delante de ti.

Ella se sentó a mi lado y me miró. Estaba cerca, podía oler el aroma del suavizante que usaba para la ropa.

Posó su pequeña mano en mi hombro y me dio un ligero apretón.

—Pero has venido.

La miré.

—Perdóname, yo...

Ella asintió con la cabeza.

—Tranquilo, no importa —me dijo, aunque su rostro permaneció serio.

—No he sabido comprenderte, Sofia.

Hizo una mueca y yo me armé de valor y cogí una de sus manos entre las mías.

—Y yo te mentí. Además, no he sabido quererte —me contestó para mi sorpresa. Después miró hacia arriba, sus ojos aguados—. Creo que no voy a ser capaz de querer a nadie —añadió sonriendo de forma triste, volviéndome a mirar a la cara.

Algo dentro de mí se encogió, seguramente mi corazón por verla así, tan rota.

E incluso en ese estado me parecía el ser más precioso del mundo.

No era perfecta, por supuesto que no, y todavía me dolía lo que hizo, pero no era el más indicado para recriminarle nada.

—¿Estás bien? —le pregunté, y ella negó con la cabeza, conteniendo las lágrimas. — A mí me quieres —le afirmé.

—No, no estoy bien desde ese día. Y claro que te quiero, es tan fuerte lo que siento que no sé cómo manejarlo.

—No puedo verte llorar —le dije con la voz cortada—. Me parte en dos, Sofia...

—Pues es mi única salida. Eso y los libros —dijo encogéndose de hombros.

Se limpió las lágrimas que le habían mojado las mejillas y sentí el inmenso deseo de abrazarla, algo que ni siquiera pensé, y que hice acto seguido.

Abrí mis brazos, me acerqué a ella y sentí su pequeño cuerpo entre mis manos, el olor de su pelo, de su piel...

—Lo siento mucho —susurró con la boca pegada a mi cuello.

—Yo también lo siento —le dije en un susurro.

Cortó el abrazo y me miró a la cara. Cerca, tan cerca que si hubiera querido hubiera podido besarla.

Se mordió el labio de forma inconsciente y le dije:

—¿Sabes que alguien que se muerde el labio es porque tiene ganas de dar un beso?

Se rio.

Me reí.

Nos reímos y la tensión del principio se rompió.

—No sé por qué soy así, pero...

—Así, ¿cómo? —la interrumpí.

—Un desastre.

—A mí me encantas, siendo desastre o no.

Sonreí.

—Y tú a mí, aunque seas a veces un poco capullo.

Me reí, avergonzado.

—Quizá hemos empezado la casa por el tejado. Ahora lo pienso y veo normal que te agobiaras.

—Bueno, quizá yo también me lancé demasiado rápido a la piscina. Total... ¿qué me enseñaste? Las estrellas, ya ves tú —dijo con fingido desinterés—. Debería haberte dicho la verdad desde el primer momento.

La atraje de nuevo hacia mí y quedamos cara a cara, tan cerca que nuestras respiraciones se entremezclaban.

—¿Sabes qué pensaba en el fondo estos días, cuando no te he tenido cerca?

Ella negó con la cabeza, sonriendo, conteniendo el aliento.

—Que seguramente estarías llena de libros, empapándote el cerebro de historias de amor y, esto suena egoísta, pero, pensaba que ojalá te estuvieras lamentando por la nuestra, por mí, que ojalá me echaras tanto de menos que se te hiciera insoportable.

»Y mientras, yo deseaba que pudieras tocarme a mí como tocas a los libros, que ojalá pudiera estar entre tus brazos y acariciases mi piel de la misma forma que acaricias los lomos. E hicieras cosquillas en mi pelo, como siempre, de la misma forma que pasas las páginas: con deleite, con placer.

»Pensaba... deseaba, mejor dicho, que me quisieras tanto... porque era eso exactamente lo que yo sentía. Y lo que sigo sintiendo.

Ya estaba dicho, y mi pecho estaba tranquilo. Había tenido esas palabras revoloteando dentro de mí hasta el último momento, pesadas, deseosas de salir por mi boca.

Entonces ella hizo algo, algo que no me esperaba en absoluto. Se puso en pie y fue a su habitación, saliendo así del comedor.

—¿Sofía? —la llamé, preocupado, al tiempo que me puse de pie.

Pero ella no tardó en llegar de nuevo al salón, con algo en la mano que no supe identificar hasta que me lo tendió.

—¿Qué es?

—Pasajes.

Arqueé una ceja, no entendía.

—Cris ha encontrado un voluntariado de tortugas.

—De tortugas —repetí. Sabía de sobra que era el animal favorito de Sofía.

—Me iré este verano.

—¿Cuánto tiempo? —le pregunté.

—Todo el verano —me dijo despacio, para que entendiera así todas y cada una de esas tres palabras.

Tragué saliva. Mi nuez subió y bajó en mi garganta.

—Perdona, pero ¿qué tiene que ver conmigo? —le pregunté en un susurro.

Después de lo que le había dicho, después de cómo le había abierto mi corazón, no entendía qué significaba aquello.

Cristóbal le había encontrado un voluntariado de tortugas. Bien. ¿Cuál era mi lugar en la

ecuación? Ninguno, pues ella había sido clara al decir: *Me iré este verano*.

—Es una aventura.

—Ya veo —dije leyendo los pasajes—. Costa Rica.

—¿Vendrías?

Abrí los ojos por la sorpresa.

—¿Yo?

—¿Quién, si no? —me dijo ella entonces de forma dulce—. Tú me llevaste a ver las estrellas, déjame enseñarte lo fascinantes que pueden ser las tortugas.

—Pero...

—Lo entenderé si me dices que no, después de todo. Pero tras lo que me acabas de decir... no pensaba pedírtelo a pesar de que Cris ha sacado dos pasajes. Él estaba convencido de que podría pedírtelo a ti, pero yo no, la verdad. Quizá hemos empezado la casa por el tejado, hemos sido demasiado rápido, sin conocernos, sin saber los límites del otro. Pero podemos empezar de nuevo, solo si tú quieres.

Suspiré, la miré y sus ojos me hablaron, sinceros.

—Yo te quiero, Sofía. Si mi corazón te eligió a pesar de estar roto, es por algo.

Ella se humedeció los labios con la lengua.

—Y tú conseguiste algo que nadie había conseguido hasta ahora: enamorarme.

No pude soportarlo más y la besé. La besé con hambre, porque era lo que sentía de ella. Hambre, necesidad, como si fuera un puto adicto que no tiene control sobre sí mismo.

No sabía si Costa Rica sería la solución a nuestros problemas, si el tiempo debía poner de su parte en lo nuestro para que saliera bien o si nosotros mismos estábamos cavando nuestra propia tumba.

Pero ahí estábamos, aceptando que en unos meses cometeríamos otra locura, que marcaríamos la diferencia.

Costa Rica nos esperaba y, a decir verdad, me parecía un lugar idóneo para curar heridas y pasar páginas en las que no debíamos quedarnos anclados.

Incluso podíamos empezar un libro nuevo, ¿quién sabe?

Epílogo

Meses después

Sofía saca la cabeza por la ventana y el aire le revuelve el pelo. Está chiflada y Dani lo sabe. *Juramento eterno de sal* suena en el dial de la radio del coche.

Me perderé en tu boca una vez más...

Sé que te mueres por saberlo, querida lectora, así que me alegro mucho de informarte de que Costa Rica, aquel lugar mágico al que los protagonistas de esta historia fueron para salvar tortugas después de que Dani pidiera una excedencia en el trabajo, los unió más de lo que esperaban.

Miraron las estrellas junto al mar, abrazados, besándose y haciendo promesas que no sabían si se cumplirían o no.

Jurándose amor cada día, como dos adolescentes que piensan que van a vivir eternamente.

Sofía era especial y, aunque Dani ya lo sabía, en aquel viaje se lo demostró todavía más.

Habían ayudado a nacer a cientos de pequeñas tortugas que después se lanzaron al mar para vivir.

Dani decidió lanzarse a sus brazos y Sofía a su cuello, sin importarles la duración de aquellos instantes, de aquella vida que decidieron compartir.

El corazón de ella acompasado con el de él en aquellos días calurosos y llenos de sal.

—¡Pelirroja! —le grita para que lo escuche por encima de la música y del viento—. ¿Qué tal si abro el techo?

Le guiña un ojo cuando ella lo mira.

—Por favor y gracias.

Acciona el botón para que el soporte superior del coche se retire y ella canta a grito pelado aquella canción de Álvaro de Luna que tantas veces le ha pedido a él que le cantase junto al mar.

Sofía no sabe todo lo que le ha hecho sentir en esos tres meses y desde que la conoció. Y Dani no entiende cómo le late el corazón a Sofía.

*Quiero verte soñar bajo las estrellas, quiero ser de tus labios centinela.
Y volverán las ganas de bailar, aquellas noches locas recorriendo Portugal.*

Sofía no sabe que jamás ha estado tan enamorado de alguien, que le hace suspirar con solo verla sonreír. Dani ignora el nerviosismo que se apodera del cuerpo de su novia cuando se acerca para besarla, es un cosquilleo exquisito.

Fundiendo nuestros cuerpos con el sol al despertar.

Sofía no sabe que en la guantera hay guardada una caja con un anillo, que a Dani le gustaría estar con ella hasta tener arrugas en la cara, hasta ser un anciano que ha vivido mil vidas gracias a ella y a su forma de ver la existencia.

No le importa cuánto tiempo tenga que esperar, lo hará.

Dani no sabe que, en un tiempo, cuando se atreva a pedirselo, la chica pelirroja le dirá que sí.

—¡Nena! —le grita de nuevo.

—¡¿Qué?! —le contesta mirándolo desde arriba, pues está de pie sobre el asiento del copiloto.

—¡Que quiero estar contigo siempre! —Se ríe.

—¡Deseo concedido!

Juramento eterno de sal.

FIN